

Contemporánea

**JEAN
RHYS**
**El ancho
mar de los
Sargazos**

DEBOLSILLO

Lectulandia

Situada en Dominica y Jamaica durante la década de 1830, "Ancho Mar de los Sargazos" narra la vida de la heredera criolla Antoinette Cosway, con quien estaba casado Rochester antes de conocer a la protagonista de "Jane Eyre". Brevemente, al final de la novela, Jean Rhys la presenta ya loca y prisionera en la torre de Thornfield Hall ("Jane Eyre"), lo que ha dado lugar a un título emblemático en la literatura feminista: "La loca del ático".

Lectulandia

Jean Rhys

Ancho mar de los Sargazos

ePUB v1.0

Nephtys 21.05.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Wild Sargasso Sea*

Jean Rhys, 1966.

Traducción: Andrés Bosch

Editor original: Nephtys (v1.0)

ePub base v2.1

Introducción

Jean Rhys nació en Roseau, Dominica, una de las Islas Windward, y pasó allí la infancia. Su padre era un médico galés, y su madre era criolla, es decir, antillana blanca. A los dieciséis años se trasladó a Inglaterra, en donde pasó los años de la I Guerra Mundial. Luego, contrajo matrimonio con un poeta holandés y, durante diez años, vivió sin arraigo en el continente, principalmente en París y Viena. Corrían los años veinte del presente siglo, y la esencia de la vida artística europea, durante este período, queda reflejada en la primera obra de Jean Rhys, *The Left Bank* (Cape, 1927) que, en la solapa era calificada como «apuntes y estudios del París bohemio de nuestros días». En un entusiasta prólogo, Ford Madox Ford se refiere al «aterrador instinto y a la terrible pasión —casi alucinante— por defender al desamparado...» Ford Madox Ford prosigue, diciendo: «Cuando, después, dirigí una publicación periódica, la señorita Rhys me mandó varias colaboraciones que me impresionaron en gran manera, y de las que publiqué cuantas pude. Lo que más me llamó la atención, desde el punto de vista técnico, fue el singular sentido que de la forma tenía aquella muchacha, un sentido de la forma que muy pocos escritores ingleses, varones, poseen, y que casi ninguna escritora inglesa tiene». En este prólogo hay ciertos matices de superioridad y deseos de protección (en realidad, Ford fue el protector de Jean Rhys), pero debemos reconocer al prologuista el mérito de haber percibido, ya desde los primeros momentos de la carrera de la escritora, los principales elementos literarios que (en creciente intensidad, a medida que su arte maduró) la situarían entre los escritores de mayor pureza de nuestro tiempo. Estos elementos son «la pasión por defender al desamparado» y «el singular sentido de la forma», combinación rara pero imprescindible. Sin este sentido de la forma, la pasión hubiera podido caer fácilmente en lo sentimental o sensacionalista. Sin la pasión, el sentido de la forma hubiera podido conducir a una belleza puramente formal. Una y otro juntos dan lugar a un arte original, exquisito y profundamente conmovedor, al mismo tiempo.

Es probable que Ford Madox Ford quedara un tanto sorprendido por la obra siguiente de su protegida, novela publicada en Inglaterra con el título *Postures* (Chatto and Windus, 1928) y, en los Estados Unidos, con el título *Quartet* (Simon and Schuster). Incidentalmente, digamos que Jean Rhys prefiere el título norteamericano. Es posible que el personaje llamado H. J. Heidler, diletante alemán de frío mirar y anglófilas tendencias, estuviera inspirado en el propio Ford Madox Ford. En *Quartet* encontramos la primera encarnación de la heroína de Jean Rhys. Sí, ya que sus cuatro primeras novelas tratan, esencialmente, de una misma mujer en diferentes etapas de su vida, pese a que su nombre y circunstancias de menor importancia varían de una novela a otra. Marya Zelli ha sido corista en Inglaterra y,

ahora (corre el año 1926), vive a la deriva en Montparnasse con un encantador y frívolo polaco, con el que está casada. Esta existencia pasiva y sin rumbo queda bruscamente interrumpida cuando el marido es encarcelado. Entonces, Marya Zelli traba amistad con los Heidler, matrimonio formado por un marchante de cuadros, ya de media edad, y su esposa, mujer muy inglesa, un tanto dominante, y «emancipada». El matrimonio da por sentado que Marya se convertirá en la amante del marido. Al principio, la muchacha siente repulsión hacia Heidler, pero, luego, se enamora apasionadamente de él, aunque siempre le contempla con una especie de hipnotizado terror. El relato describe el sórdido *ménage á trois* que se forma (esposa de tolerantes miras y con sentido práctico, el amante engreído y egoísta, y la víctima pasmada y doloridamente cándida) hasta el momento en que el marido sale de la cárcel. Atontada por la desdicha, Marya no sabe enfrentarse con la situación y pierde a ambos hombres. En el estilo literario de *Quartet* se advierten ciertas inseguridades que, posteriormente, Jean Rhys superó, pero la obra está concebida con aquella mezcla de trémula intimidad y lúcida objetividad que constituye uno de los más extraordinarios rasgos de la autora.

After Leaving Mr. Mackenzie (Cape, 1930) también comienza en París, hacia 1928. Julia Martin acaba de ser despedida por su amante y protector, quien le ha asignado una pensión. Ahora, Julia lleva una vida solitaria y ensoñada, en un hotel barato parisiense. Una mañana, llega el cheque semanal que el abogado del señor Mackenzie manda a Julia, pero, en esta ocasión, va acompañado de una carta que dice que es el último cheque. Julia no tiene dinero y comienza a perder la confianza en su capacidad de atraer a los hombres. Decide visitar Londres, entrar en relación con anteriores amantes y pedirles dinero. La visita a Londres (vive en casas de huéspedes de Bayswater y Notting Hill Gate) es un fracaso. Julia es recibida con reacciones de superioridad e incompreensión, así como con una desesperante censura moral. Tiene una aventura amorosa con un hombre joven llamado Horsfield, que termina de forma grotescamente desastrosa. Regresa a París para enfrentarse con un futuro vacío y amenazador. La novela está escrita en tercera persona, y tiene una calidad amarga y cristalina a la vez, aun cuando el principal personaje carece de la profundidad que poseen los de las dos novelas siguientes, cuyas protagonistas cuentan la historia por sí mismas.

Después de escribir este libro, Jean Rhys regresó a Inglaterra, y allí situó la acción de *Voyage in the Dark* (Constable, 1934). El tiempo de los hechos narrados se revela hacia la mitad de la obra, es 1914. Anna Morgan, que cuenta diecinueve años, trabaja en el coro de una compañía de comedias musicales, que efectúa una gira por provincias. Los recuerdos de su infancia en una isla de las Antillas, con cariñosos criados negros y en un ambiente de tropical belleza, forman un nostálgico contrapunto de sus aventuras en una tierra helada y suspicaz. En Southsea conoce a

un hombre llamado Walter Jeffries que la seduce y le ofrece mantenerla. Anna Morgan se enamora de él («Una cierra la puerta y corre las cortinas, y, entonces, parece que dure mil años, pese a lo pronto que termina»). Muchacha temblorosa y ensoñada, pasa a vivir cerca de Chalk Farm. Pero la casa de su amante, en Green Street, es «oscura y fría, y no le gusto. Me desprecia levemente, me desprecia con discreción, como hacen los criados. ¿Quién es esta mujer? ¿De dónde diablos la sacó el amo?» El aire ausente de Anna Morgan inquieta al señor Jeffries, a veces, y, otras veces, su brusca franqueza le escandaliza. Cuando el señor Jeffries se cansa de la muchacha, es el apuesto primo de aquél, Victor, quien se lo dice a ésta en una carta. «Mi querida niña, te escribo desde el campo, y puedo asegurarte que, cuando uno entra en un jardín y huele el aroma de las flores y demás, esta clase de amor un tanto bestial pierde toda importancia. Pero, como imagino que creerás que te estoy echando un sermón, me callo... ¿Conservas cartas de Walter? Si es así, debes devolvérselas». Atontada por este *coup de grâce* (pese a que siempre lo ha esperado), Anna termina prostituyéndose. En su tratamiento de tal tema, a menudo falseado por la literatura, la obra puede compararse con las novelas de Charles Louis Philippe, y con la película de Godard *Vivre sa Vie*. El relato termina cuando Anna convalece de un aborto, y oye decir al médico: «Quedará perfectamente, lista para volver a empezar, sin duda alguna».

En la siguiente novela, la más terrible, *Good Morning, Midnight*^[1] (Constable, 1939), vemos como Sasha Jansen vuelve a París, en 1937, con más de cuarenta años, desconfiando de los hombres a los que pretende atraer, esperando insultos aunque sin estar preparada para afrontarlos, e intentando, tal como dice, matarse a copas. No puede entrar en ciertos restaurantes debido a los recuerdos que en ella suscitan, la atmósfera de otros restaurantes es sutilmente hostil, no puede permitirse el esfuerzo anejo a comprar un sombrero, a teñirse el cabello, a dar continuidad a un prometedor inicio de amistad. Todo es demasiado para ella. Sasha conoce a un hombre joven que resulta gigoló. Engañado por el abrigo de pieles de Sasha, el gigoló imagina que ésta es rica. Se embarcan en una complicada relación, en la que los dos persiguen finalidades ocultas. Sasha quiere proyectar en el muchacho su resentimiento hacia los hombres. Le gusta ver, mientras planea su venganza, como el muchacho procura desesperadamente complacerla. «Ahí es donde puede devolver algunos de los golpes recibidos. Una habla con ellos, una finge sentir simpatía, y, entonces, en el momento en que menos lo esperan, una dice: "Vete al cuerno"». Pero no es fácil desprenderse del gigoló, quien también parece planear su propia venganza. Lo que había comenzado siendo un juego de pincharse recíprocamente termina siendo recíproca tortura. Este complejo episodio se expresa con gran sutileza. Su desenlace, que da fin a la novela, está brillantemente escrito, y su lectura resulta indescriptiblemente conmovedora.

Sasha es la culminación de la protagonista, desglosada en varias, de Jean Rhys. Pese a que Sasha es agresivamente desdichada, siempre resulta de agradable trato; el conocimiento que de sí misma tiene es exacto, y el conocimiento que tiene de los demás es cómico y paralizante a la vez. A menudo se comporta de manera absurda, y hay momentos en que el lector incluso se apiada de los hombres, llevados por las mejores intenciones, que la encuentran de tan difícil trato. Sin embargo, en Sasha no hay maldad, y no sólo siente piedad hacia sí misma sino que su piedad abarca a cuantos sufren. Sí, debido a que los sufrimientos de Sasha trascienden la causa que les ha dado nacimiento. No es sólo el estudio de una mujer solitaria, entrada en años, que ha sido abandonada por maridos y amantes y se ha entregado a la bebida, sino que también es la tragedia de una mente brillante y de un carácter generoso que no han sido comprendidos por un mundo convencional y carente de imaginación. Víctima de la incomprensión de los hombres con respecto a las mujeres, encarnación de la desconfianza de las mujeres con respecto a los hombres, Sasha es un tipo universal acerca del que rara vez se ha escrito bien, debido a que el escritor debe tratar este tipo tal como lo hace Jean Rhys, con comprensión y sobriedad.

Después de *Buenos días, medianoche*, Jean Rhys desapareció y sus cinco libros dejaron de publicarse. Pese a que estas obras consiguieron buen éxito de crítica, su verdadera calidad no fue apreciada debidamente. La razón es fácil: eran novelas adelantadas a su tiempo, tanto por su espíritu como por su estilo. Basta comparar las primeras obras de Jean Rhys, escritas durante los años veinte, con las obras, del mismo período, de Katherine Mansfield, Aldous Huxley, Jean Cocteau y otros escritores célebres del momento, para percatarse de que la prosa no ha envejecido. Son novelas escritas con el estilo de nuestros días. Más importante todavía, las novelas de Jean Rhys de los años treinta están más cerca, en cuanto a sentimiento, a la vida tal como se vive y comprende en los años sesenta, que a las actitudes aceptadas en los tiempos en que fueron escritas. La elegante superficie y el paranoico fondo, la brutal honestidad de la psicología femenina y la acallada nostalgia de una belleza perdida, producen, en conjunto, un efecto específicamente actual.

Las pocas personas que recuerdan la admiración con la que leyeron estos libros, y aquellas otras, menos todavía, que, como yo, los leyeron más tarde y consiguieron, con grandes dificultades, hacerse con ejemplares de segunda mano, formaron, durante un tiempo, un grupo de admiradores pequeño pero apasionado. Sin embargo, nadie pudo encontrar a Jean Rhys, y nadie volvía a publicar sus novelas. Después, a consecuencia de una versión teatral de *Buenos días, medianoche*, transmitida en el Tercer Programa, en 1958, se averiguó por fin el paradero de Jean Rhys, en Cornualles. Tenía un conjunto de relatos breves inéditos, escritos durante la II Guerra Mundial e inmediatamente después, y estaba trabajando en una novela.

Entre estos relatos, *Till September Petronella*, *The Day They Burned the Books* y

Tigers are Better Looking han sido publicados en «The London Magazine» (que también publicó un nuevo relato más largo, titulado *Let Them Call it Jazz*, escrito en 1961); *Outside the Machine* apareció en la sexta edición de «Winter's Tales» (Macmillan, 1960) y *A Solid House* se incluyó en una antología titulada *Voices* (Michael Joseph, 1963). *I Spy a Stranger*, *The Sound of the River*, *The Lotus* y *Temps Perdi*, aparecieron en las ediciones octava, nona, decimoprimer y decimosegunda de «Art and Literatura».

Durante muchos años, Jean Rhys ha estado obsesionada por la figura de la primera señora Rochester, la esposa loca de la novela *Jane Eyre*. La presente novela, escrita después de efectuar muchas correcciones y de rechazar, con harto dolor, anteriores versiones, es la historia de esta mujer. Sin embargo, las anteriores palabras no deben interpretarse literalmente, por cuanto, en modo alguno es una imitación de Charlotte Brontë, y la obra tiene vida propia, totalmente independiente de *Jane Eyre*. Pero la obra de Charlotte Brontë fue el impulso inicial de una hazaña de la imaginación casi pavorosa por su vívida intensidad. Basándose en su conocimiento personal de las Antillas y en la lectura de su historia, Jean Rhys llegó a conocer bien a las enajenadas herederas criollas de principios del pasado siglo, cuyas dotes no representaban más que otra carga para ellas. Fruto de una sociedad físicamente degenerada, decadente y exiliada, odiadas por los esclavos recientemente liberados cuyas supersticiones compartían, languidecían torturadas en la opresiva belleza tropical, propicias a ser víctimas de la explotación. Jean Rhys escogió a una de estas mujeres para el papel de heroína de su última novela. Y Antoinette Cosway parece la lógica evolución de Marya, Julia, Anna y Sasha, que también eran mujeres alienadas, amenazadas, e inadaptadas a la vida.

La novela está dividida en tres partes. La primera de ellas se cuenta en las propias palabras de la protagonista. En la segunda, el joven señor Rochester narra su llegada a las Antillas, su matrimonio y el desastroso desarrollo del mismo. La esposa vuelve a narrar la tercera parte. Pero, ahora, el escenario es Inglaterra y Antoinette escribe desde una buhardilla de Thornfield Hall...

Todas las anteriores obras de Jean Rhys discurren en un ambiente moderno y ciudadano, cafés de Montparnasse, baratos hoteles de la orilla izquierda, pensiones de Bloomsbury, habitaciones amuebladas en las cercanías de Notting Hill Gate... Estos ambientes son evocados con una amarga poesía exclusivamente propia de Jean Rhys. Únicamente los recuerdos de las Antillas en *Voyage in the Dark* y en algunos episodios de *The Left Bank* dan una nota diferente, una nota de nostalgia de una inocente sensualidad en una tierra lujuriente y seductora. En *Ancho mar de los Sargazos*, cuya acción discurre en Jamaica y la Dominica, durante los años treinta del siglo pasado, Jean Rhys regresa a su patria espiritual, como si de un distante sueño se

tratara, y descubre que, a pesar de toda su belleza (que evoca con abismal perfección), no ha sido más que una pesadilla.

F. W. (Francis Wyndham)

Primera parte

Dicen que en los momentos de peligro, hay que unirse, y, por esto, los blancos se unieron. Pero nosotros no formamos parte del grupo. Las señoras de Jamaica nunca aceptaron a mi madre, debido a que era «muy suya, muy suya», como decía Christophine.

Era la segunda esposa de mi padre, muy joven para él, según decían las señoras de Jamaica, y, peor todavía, procedía de la Martinica. Cuando le pregunté por qué era tan poca la gente que nos visitaba, me dijo que la carretera que iba desde Spanish Town a Coulibri Estate, donde vivíamos, era muy mala y que, ahora, la reparación de carreteras había pasado a la historia. (Mi padre, las visitas, los caballos y sentirse segura en cama, también habían pasado a la historia.)

Otro día la oí hablar con el señor Luttrell, nuestro vecino y único amigo:

—Desde luego, también tienen sus problemas. Todavía esperan la compensación que los ingleses les prometieron cuando aprobaron la Ley de Emancipación. Algunos esperarán mucho tiempo.

¿Cómo podía saber que el señor Luttrell sería el primero que se cansaría de esperar? Una tranquila tarde, el señor Luttrell le pegó un tiro a su perro, se echó al mar y nadó mar adentro, y desapareció para siempre. De Inglaterra no vino agente alguno a cuidar su finca —Nelson's Rest se llamaba—, y gentes desconocidas, de Spanish Town, fueron allá para chismorrear y comentar la tragedia. Se decía:

—¿Vivir en Nelson's Rest? Por nada del mundo. Es lugar de mal augurio.

La casa del señor Luttrell quedó vacía, y el viento hacía batir los postigos. Pronto los negros dijeron que la casa estaba hechizada, y no querían siquiera acercarse a ella. Y nadie se acercaba a nuestra casa.

Me acostumbré a la vida solitaria, pero mi madre todavía trazaba planes y concebía esperanzas. Quizá tenía que concebirlas siempre que pasaba ante un espejo.

Todavía montaba a caballo todas las mañanas, sin importarle que los negros, agrupados, se burlaran de ella, de modo especial cuando sus ropas de montar a caballo comenzaron a ser harapientas (se fijan en las ropas, saben si hay dinero).

Y un día, muy a primera hora de la mañana, vi el caballo de mi madre tumbado en el suelo, bajo el franchipán. Me acerqué y vi que no estaba enfermo, sino muerto, y que tenía los ojos negros de moscas. Me fui corriendo y nada dije a nadie porque pensé que si no lo decía quizá no fuera verdad. Pero aquel mismo día, más tarde, Godfrey descubrió el caballo, que había sido envenenado. Mi madre dijo:

—Hemos quedado aisladas, ahora. ¿Qué será de nosotras?

—No podía vigilar al caballo noche y día —dijo Godfrey—. Soy muy viejo. Cuando llega la vejez es que llega y es que uno es viejo. De nada sirve no querer ser

viejo. El Señor no hace distinciones entre blancos y negros, blancos y negros son lo mismo para Él. Esté tranquila porque los justos nunca serán abandonados.

Pero mi madre no podía estar tranquila. Era joven. No podía quedarse sin intentar recuperar todas las cosas que habían desaparecido tan de repente, sin aviso. Con ferocidad, mi madre dijo:

—Se es ciego cuando se quiere ser ciego y se es sordo cuando se quiere ser sordo. ¡El viejo hipócrita! ¡Sabía muy bien que iban a hacerlo!

—El diablo es príncipe de este mundo —replicó Godfrey—, pero este mundo poco dura para el hombre mortal.

Mi madre consiguió que un médico de Spanish Town visitara a mi hermano menor, Pierre, quien se tambaleaba al andar y no podía hablar con claridad. No sé lo que el médico le dijo ni lo que mi madre dijo al médico, pero sí sé que el médico no volvió y que, a partir de entonces, mi madre cambió. Y de repente, no poco a poco. Se convirtió en una mujer delgada y silenciosa, y, por fin, se negó a salir de casa.

Nuestro jardín era amplio y hermoso como el Jardín de la Biblia: allí crecía el árbol de la vida. Pero se había transformado en un lugar salvaje. La hierba borraba los senderos y el olor de las flores muertas se mezclaba con el fresco olor de la vida. Bajo los helechos arborescentes, altos como los árboles del bosque, la luz era verde. Las orquídeas crecían fuera del alcance de la mano, o bien, por alguna razón, u otra, jamás podían tocarse. Una de ellas tenía aspecto serpentino y tortuoso, y otra parecía un pulpo con largos tentáculos delgados y castaños, desnuda de hojas, colgante de una retorcida raíz. Dos veces al año florecía la orquídea como un pulpo, y, entonces, ni un dedo de tentáculos se le veía. Era una acampanada masa de blanco, malva y profundos púrpuras, que maravillaba mirar. El aroma era muy dulce y muy fuerte. Nunca me acerqué a ella.

La finca de Coulibri, en su totalidad, se había asilvajado igual que el jardín, toda ella era salvaje floresta. Ya no había esclavos, ¿quién iba a trabajar? Esto no me entristecía. No recordaba el lugar en sus días de prosperidad.

Mi madre solía pasear arriba y abajo por el *glacis*, terraza enlosada y con techumbre que corría a lo largo de toda la anchura de la casa y que formaba una cuesta ascendente hasta el lugar en que crecía una masa de bambúes. En pie junto a los bambúes, mi madre veía un panorama que se extendía hasta el mar, pero cuantos pasaban podían verla. A veces, la dejaban en paz, y otras veces se reían. Mantenía los ojos cerrados y las manos crispadas hasta mucho después de que el sonido de las carcajadas sonara lejos, débilmente. Entre las negras cejas aparecía un frunce que parecía cortado a cuchillo. Yo odiaba aquel frunce, y una vez le toqué la frente para borraré. Pero me apartó, no con rudeza sino con fría calma, sin decir palabra, como si hubiera decidido, de una vez para siempre, que, para ella, yo era un ser inútil.

Mi madre quería estar sentada junto a Pierre o ir a pie donde quisiera sin que nadie la molestara, quería paz y tranquilidad: Y yo tenía edad suficiente para cuidar de mí misma. Mi madre decía:

—Dejadme en paz, quiero estar sola.

Y, cuando supe que hablaba en voz alta, sola, para sí, me dio un poco de miedo.

Por esto, pasaba, yo, mucho tiempo en la cocina, que se encontraba en un edificio independiente, algo alejado. Christophine dormía en la habitación contigua.

Al llegar la noche, Christophine me cantaba canciones, si estaba de humor. No siempre comprendía sus canciones en *patois* —también era de la Martinica—, pero me enseñó una que decía «Los pequeños crecen, los niños nos dejan, ¿volverán algún día?», y aquella otra que hablaba de la flor del cedro, que sólo dura un día.

La música era alegre, pero las palabras tristes, y la voz de Christophine a menudo se estremecía y se quebraba en la nota alta. «*Adieu*». No era *adieu* tal como lo decimos, sino *á dieu*, lo que, a fin de cuentas, parece más lógico. El hombre enamorado estaba solo, la muchacha abandonada, los niños jamás volvían. *Adieu*.

Sus canciones no eran como las canciones de Jamaica, y ella no era como las demás mujeres.

Era mucho más negra, negro—azulada, con la cara muy delgada y las facciones alargadas. Vestía de negro, lucía pesados pendientes de oro y se tocaba con un pañuelo amarillo, cuidadosamente anudado y con las puntas colgando delante. No había mujer negra, salvo Christophine, que vistiera de negro o se atara el pañuelo al modo de la Martinica: Tenía la voz grave y grave la risa (cuando reía), y, a pesar de que sabía hablar buen inglés, si quería, así como francés y el *patois*, se esforzaba en hablar como las demás negras. Pero éstas nada querían saber de ella que, por otra parte, nunca veía a su hijo, quien trabajaba en Spanish Town. Sólo tenía una amiga, una mujer llamada Maillote, y Maillote no era de Jamaica.

Las muchachas de la bahía, que a veces venían a ayudarnos en la limpieza de la casa y la colada, le tenían terror. Y no tardé en descubrir que ésta era la única razón por la que venían, puesto que jamás las pagaba. A pesar de ello, venían con regalos de fruta y verduras, y, después de anochecer, a menudo oía voces bajas en la cocina.

Por esto hice preguntas, referentes a Christophine. ¿Era muy vieja? ¿Había estado siempre con nosotros?

—Christophine fue el regalo de bodas que me hizo tu padre, uno de los regalos que me hizo. Pensó que me gustaría tener una muchacha de la Martinica. No sé qué edad tenía cuando la trajeron a Jamaica, muy joven sería. Y no sé qué edad tiene ahora. ¿Importa? ¿Por qué me molestas preguntándome sobre estas cosas que ocurrieron hace tanto tiempo? Christophine se quedó conmigo porque quiso quedarse. Puedes estar segura de que tenía buenas razones para quedarse. Y me atrevería a asegurar que hubiéramos muerto si Christophine se hubiese puesto contra nosotros, lo

cual habría sido un destino mejor. Morir, ser olvidados y quedar en paz. No saber que una ha sido abandonada, calumniada, que una ha quedado sin amparo. De todos los que murieron, ¿quién habla bien, ahora?

—Godfrey también se quedó —dije—. Y Sass.

Irritada, mi madre replicó:

—Se quedaron porque querían un techo bajo el que dormir, y algo que comer. ¡Sass, este muchacho! Cuando su madre se fue contoneándose y le dejó aquí, poco le importaba su hijo... No era más que un pequeño esqueleto. Ahora, se está convirtiendo en un muchacho alto y fuerte y se va. No volveremos a verle. Godfrey es un sinvergüenza. Esos negros nuevos no tratan bien a los viejos. Y Godfrey lo sabe. Por esto se queda. No hace nada, pero come igual que dos caballos. Finge ser sordo. Pero no es sordo, es que no quiere oír. ¡Menudo zorro!

—¿Y por qué no le dices que se vaya a vivir a otra parte?

Mi madre se rió:

—No se iría. Lo más probable es que intentara echarnos a nosotros. He aprendido que más vale no despertar a los perros que duermen.

Pensé: «¿Se iría Christophine, si le dijera que se fuera?» Pero guardé silencio. Temía decirlo.

Aquella tarde hizo mucho calor. Veía gotitas de sudor encima del labio superior de mi madre, y oscuras ojeras bajo sus ojos. Comencé a abanicarla, pero apartó la cabeza. Dijo que, si la dejaba en paz, quizá descansara.

En otros tiempos, hubiera regresado en silencio para verla dormida en el sofá azul, en otros tiempos habría buscado algún pretexto para estar cerca de ella cuando se cepillaba el cabello, suave manto negro con el que cubrirme, bajo el que esconderme, en el que sentirme segura.

Pero, ahora, ya no. No más.

Esta era toda la gente de mi vida, mi madre y Pierre, Christophine, Godfrey y Sass, quien nos había dejado.

Jamás miraba a los negros desconocidos. Nos odiaban. nos llamaban cucarachas blancas. Más vale no despertar a los perros dormidos. Un día, una niña pequeña me siguió, cantando: «Vete, cucaracha blanca, vete, vete». Yo comencé a caminar de prisa, pero más de prisa caminó ella. «Cucaracha blanca, vete, vete. Nadie te quiere aquí. Vete». Cuando me encontré en casa, segura, me senté cerca del viejo muro, al término del jardín. Verde musgo suave como el terciopelo cubría el muro, y no quería volver a moverme jamás. Todo sería mucho peor, si me movía. Christophine me encontró allí, cuando faltaba poco para la anochecida, y me había quedado con el cuerpo tan envarado que Christophine tuvo que ayudarme a ponerme en pie. Christophine nada dijo, pero, la mañana siguiente, Tia se encontraba en la cocina con

su madre, Maillote, la amiga de Christophine. Pronto me hice amiga de Tia, y casi todas las mañanas nos encontrábamos en la curva de la carretera que llevaba al río.

A veces, nos íbamos de la lagunilla en que nos bañábamos hacia el mediodía, y a veces nos quedábamos hasta última hora de la tarde. Entonces, Tia encendía una hoguera (para ella los fuegos siempre se encendían, las piedras agudas no le herían los pies desnudos, y jamás la vi llorar.) Hervíamos plátanos verdes en una vieja olla de hierro, los poníamos en una calabaza y nos los comíamos con los dedos. Después de comer, Tia se dormía en seguida. Yo no podía dormir, pero no estaba totalmente despierta mientras yacía a la sombra mirando el agua de la laguna, profunda y verde —oscura bajo los árboles, castaño—verde si había llovido, pero de destellante y de claro verde, al sol. Tan clara era el agua que se podía ver los guijarros del fondo, en la parte menos profunda. Eran azules y blancos y con rayas rojas. Muy bonitos. Tarde o temprano, nos separábamos en la curva de la carretera. Mi madre nunca me preguntaba dónde había estado o lo que había hecho.

Christophine me había dado unos peniques nuevos que me guardé en el bolsillo del vestido. Se me cayeron del bolsillo y los puse encima de una piedra. A la luz del sol brillaban como si fueran de oro, y Tia los miraba. Tenía los ojos pequeños, muy negros, y hundidos.

Entonces me dijo que yo no sabía dar una voltereta en el agua, «como dices que sabes», y que se jugaba tres de mis peniques a que no. Le dije:

—Claro que sé.

—Pues nunca te lo he visto hacer. Decirlo sí, pero hacerlo no.

—Pues me juego todo mi dinero.

Pero, al terminar la voltereta, di otra sin querer y salí a la superficie ahogándome. Tia se rió y dijo que realmente había parecido que fuera a ahogarme de veras. Y, entonces, cogió el dinero. Cuando pude hablar, le dije:

—La he dado.

Pero Tia meneó negativamente la cabeza. No la había dado bien y, además, los peniques no valían gran cosa. Yo estaba cansada y el agua que había tragado me había dejado mareada por lo que le dije:

—Pues guárdate los peniques, negra tramposa. Puedo tener más, si quiero.

Dijo que no era eso lo que se iba diciendo por ahí. Que se decía que éramos pobres como ratas. Que comíamos pescado salado porque no teníamos dinero para pescado fresco. Que la casa era vieja y con tantas goteras que, cuando llovía, teníamos que ir de un lado para otro poniendo calabazas para que en ellas cayera el agua de la lluvia. Había en Jamaica mucha gente blanca. Gente blanca de veras, que tenía dinero de oro. Y esa gente blanca ni nos miraba, y nadie nos había visto con ella. Los blancos de los viejos tiempos no son más que negros blancos, ahora, y los negros negros valen más que los blancos negros.

Me envolví con la harapienta toalla, y me senté en una piedra, de espaldas a Tia, temblando de frío. Pero el sol no me calentó. Quería irme a casa. Cuando volví la cabeza, vi que Tia se había ido. Estuve buscando durante largo rato antes de poder creer que Tia se había llevado mi vestido —pero no mi ropa interior; Tia nunca usaba estas prendas—, el vestido que me había puesto aquella mañana, recién lavado, planchado y almidonado. Tia me había dejado su vestido. Por fin me lo puse y me fui a casa, bajo el sol ardiente, mareada y odiando a Tia. Pensaba dar la vuelta a la casa e ir a la cocina, pero al pasar ante el establo me detuve para mirar tres caballos desconocidos, mi madre me vio y me llamó. Estaba en el *glacis* con dos señoras jóvenes y un caballero. ¡Visitas! Con desgana subí los peldaños. En otros tiempos había ansiado que vinieran visitas, pero hacía años de esto.

Me parecieron los tres gente muy bella, y las ropas que llevaban eran tan bonitas que bajé la vista a las piernas, y, cuando se rieron —el caballero fue quien más alto rió—, me fui corriendo hacia la casa y, allí, a mi dormitorio. Me quedé con la espalda apoyada en la puerta, y el corazón me llenaba todo el cuerpo. Les oí hablar y les oí partir. Cuando salí del dormitorio, mi madre estaba sentada en el sofá azul. Me miró durante cierto tiempo antes de decirme que me había comportado de una manera muy rara. Y mi vestido estaba más sucio que de costumbre.

—Es el vestido de Tia.

—¿Y por qué llevas el vestido de Tia? ¿Tia? ¿Cuál de ellas es, Tia?

Christophine, que había estado escuchando en la despensa, vino inmediatamente, y mi madre le dijo que fuera a buscar un vestido limpio.

—Y tira esa cosa. Quémala.

Entonces, se pelearon.

Christophine dijo que yo no tenía un vestido limpio.

—Tiene dos vestidos. Lleva uno cuando se lava el otro. ¿Quiere que los vestidos limpios caigan del cielo? Las hay que están locas, realmente.

Mi madre dijo:

—Forzosamente ha de tener otro vestido. En alguna parte, no sé dónde.

Pero Christophine le dijo claramente que era una vergüenza. Que se estaba volviendo loca, que no valía para nada. Y que nadie le hacía caso.

Mi madre se acercó a la ventana («Varados», decía su recta y estrecha espalda, su cabello cuidadosamente enroscado. «Varados»).

—Tiene un viejo vestido de muselina. Búscalo.

Mientras Christophine me frotaba la cara con una toalla y me ataba las trenzas con un cordel, me dijo que los visitantes eran los nuevos dueños de Nelson's Rest. Se hacían llamar Luttrell, pero, ingleses o no, no eran como el viejo señor Luttrell.

—El viejo señor Luttrell les hubiera escupido en la cara si hubiera visto la manera de mirarla a una. El mal ha entrado en esta casa, hoy. Sí, el mal ha entrado.

Encontró el viejo vestido de muselina, que se rasgó cuando, con dificultades, me lo puse. Pero Christophine no se dio cuenta.

¡No más esclavitud! ¡Qué risa!

—Esos de ahora, esos nuevos, tienen el Poder de la Ley. Es lo mismo que antes. Y tienen su magistrado. Y viven bien. Y tienen su cárcel y sus cadenas. Y tienen el aparato para destrozar los pies de los negros. Los nuevos son peores que los viejos. Son más astutos, ésta es la única diferencia.

Durante toda la noche, mi madre no me dirigió la palabra, ni me miró, y yo pensé: «Está avergonzada de mí, y lo que ha dicho Tia es verdad».

Me acosté temprano y me dormí al momento. Soñé que caminaba por un bosque. No iba sola. Alguien a quien odiaba estaba contraigo, pero se encontraba fuera del alcance de mi vista. Oía el sonido de fuertes pisadas acercándose, y, a pesar de debatirme y gritar, no podía moverme. Me desperté llorando. La sábana con que me cubría estaba en el suelo, y mi madre, en pie, me miraba.

—¿Has tenido una pesadilla?

—Sí, un mal sueño.

Suspiró y me cubrió con la sábana.

—Has gritado mucho. Ahora tengo que ir al cuarto de Pierre, lo has asustado.

En cama, pensaba: «Estoy a salvo. Hay este rincón que forma la puerta del dormitorio, y están los muebles amigos. Hay el árbol de la vida en el jardín, y el muro con musgo verde. Hay la barrera de los acantilados y las altas montañas. Y la barrera del mar. Estoy a salvo. A salvo de desconocidos».

La luz de la vela, en el cuarto de Pierre alumbraba todavía cuando volví a dormirme. La mañana siguiente desperté con la certeza de que nada volvería a ser igual. Todo cambiaría y seguiría cambiando.

No sé de dónde sacó el dinero para comprar la muselina blanca y los adornos de color de rosa. Metros y metros de muselina. Seguramente había vendido su último anillo, sí, porque le quedaba uno. Lo vi en su cajita de joyas. Vi el anillo y un relicario con un trébol dentro. A primera hora de la mañana se pusieron a coser, y todavía cosían cuando me acosté. Al cabo de una semana, mi madre tenía un vestido nuevo, y yo también.

Los Luttrell le prestaron un caballo, y salía con él a primera hora de la mañana para no regresar hasta el día siguiente, muy tarde, y cansada, por cuanto había ido a un baile o a una cena campestre, a la luz de la luna. Estaba alegre y reía, más joven de lo que jamás la había visto, y en la casa había tristeza cuando ella no estaba.

Por esto, también yo me iba, y estaba fuera hasta que anochecía. Nunca me quedaba mucho rato junto a la laguna, y nunca encontré a Tia.

Iba por otro camino que pasaba junto a la vieja refinería de azúcar y a la rueda del molino de agua que llevaba años sin rodar. Iba a lugares de Coulibri que no había

visto antes, en donde no había carreteras, caminos o sendas. Y si las duras hojas de la alta vegetación me producían cortes en las piernas y en los brazos, pensaba: «Es mejor que la gente». Hormigas negras u hormigas rojas, altos hormigueros de hormigas blancas, lluvia que me calaba. Una vez vi una serpiente. Todo mejor que la gente.

Mejor. Mejor, mejor que la gente.

Contemplar, sin pensar en nada, las rojas y amarillas flores al sol fue como si una puerta se abriera y yo me encontrara en otro sitio y fuera otra. Ya no era yo.

Sabía la hora del día, a pesar de que, cuando hace calor y el aire es azul, y no hay nubes, el cielo puede parecer muy negro.

Asistí a la boda de mi madre con el señor Mason, en Spanish Town. Christophine me rizó el cabello. Llevé un ramo de flores y todo lo que vestía era nuevo, incluso los lindos zapatos. Pero sus miradas se apartaban de mi cara animada por el odio. Había oído lo que aquella gente de suave sonrisa decía de mi madre, cuando ésta no podía oírles, y no sabían que yo les escuchaba. Escondida en el jardín, cuando nos visitaban, yo les escuchaba.

—Es un matrimonio insensato y lo lamentaré. ¿Por qué ha de casarse con ella un hombre tan rico que puede escoger entre todas las muchachas de las Antillas y, probablemente, incluso de Inglaterra?

Otra voz decía:

—¿*Probablemente?* ¡*Con toda seguridad!*

—Entonces, ¿por qué se casa con una viuda sin un céntimo, y sólo con Coulibri, que es una finca que nada vale? Dicen que los problemas de la emancipación mataron al viejo Cosway... ¡Tonterías! La finca ya llevaba años hundiéndose. Se mató con la bebida. Miles de veces, ni siquiera... ¡En fin! ¡Y las mujeres! Su esposa nada hacía para que se moderase, al contrario, lo empujaba a seguir hundiéndose. Y siempre, en Navidad, regalos y sonrisas para los bastardos. ¿Vieja costumbre? Ciertas viejas costumbres merecen estar muertas y enterradas. Ahora, Su nuevo marido tendrá que gastarse una fortuna para adecentar la casa de manera que se pueda vivir en ella. Está de goteras como un colador. Y el establo, y la cochera negra como boca de lobo, y las dependencias de la servidumbre, y la serpiente de tres metros que vi con mis propios ojos enroscada en la tapa del retrete, la última vez que fui allá... ¿Que si me alarmé? ¡Chillé! Y, entonces, vino aquel horrible viejo que no sé por qué razón tiene en su casa, y se rió como un loco. Y esos dos hijos... El chico, un idiota al que tienen que esconder, y la niña va camino de serlo también, en mi opinión... Tiene esa expresión *embrutecida*.

Y la otra voz:

—¡De acuerdo, totalmente de acuerdo! Pero Annette es una mujer muy linda. ¡Y

qué bien baila! Me trae a la memoria aquella canción que dice «leve como la flor del algodón en la no sé qué brisa», ¿o dice «aire»? Ahora, no lo recuerdo.

Sí, qué bien bailó, aquella noche en que regresaron de la luna de miel en Trinidad, y bailaron en el *glacis*, sin música. Cuando mi madre bailaba, la música no hacía falta. Dejaron de bailar y mi madre se inclinó hacia atrás, apoyándose en el brazo del señor Mason, hasta que el negro cabello rozó las losas, y más y más se inclinó. Luego, se irguió en un centelleo, y se rió. Lo hacía de tal manera que parecía muy fácil, pero sólo ella sabía hacerlo. El señor Mason la besó. Fue un largo beso. En aquella ocasión también yo estaba allí, pero se olvidaron de mí, y pronto dejé de pensar en ellos. Recordaba aquella mujer que dijo:

—¡Bailar! Su marido no vino a las Antillas para bailar, sino para ganar dinero, como hacen todos. Algunas grandes fincas se venden a poco precio, y las pérdidas del desafortunado son ganancias para el inteligente. No, este matrimonio me parece un misterio. No cabe duda de que siempre es útil tener en casa a una mujer de la Martinica que practica el *obeah*^[2].

Se refería a Christophine. Lo dijo en tono burlón, pero no tardó en llegar el momento en que otra gente también lo dijo, y seriamente.

Mientras se reparaba la casa y el nuevo matrimonio se encontraba en Trinidad, Pierre y yo vivimos con la tía Cora, en Spanish Town.

El señor Mason no sentía simpatía hacia la tía Cora, ex propietaria de esclavos que había conseguido hurtarse a la miseria, burlarse de los designios de la Providencia. El señor Mason preguntó:

—¿Y cómo es que no os ayudó?

Le dije que el marido de la tía Cora era inglés, y que no le gustábamos, a lo que el señor Mason repuso:

—¡Tonterías!

—No son tonterías. Vivían en Inglaterra y el tío se enfadaba cuando la tía nos escribía. Odiaba las Antillas. Cuando el tío murió, la tía Cora volvió aquí, y no hace mucho de esto. Antes, ¿qué podía hacer? No era rica, *ella*.

—Esto es lo que ella dice. No lo creo. Es una frívola. Si estuviera en el lugar de tu madre, me hubiera ofendido.

Pensé: «Nadie nos comprende».

La finca de Coulibri parecía la misma, cuando la volví a ver, a pesar de que todo estaba limpio y ordenado, de que no crecía la hierba entre las losas y de que no había goteras. Pero producía una sensación diferente. Sass había regresado, lo que me alegró. Alguien dijo, esa gente huele el dinero. El señor Mason contrató nuevos

criados, y ninguno de ellos me gustó salvo Mannie, el mozo de cuadra. Fueron sus habladurías acerca de Christophine lo que cambió Coulibri, y no las reparaciones, los nuevos muebles y las caras nuevas. Sus habladurías acerca de Christophine y del *obeah* cambiaron la finca.

Conocía muy bien la habitación de Christophine, con el cuadro de la Sagrada Familia y el de la oración para morir felizmente. Tenía una colcha hecha con coloridos retazos de tela, un desvencijado armario ropero, y mi madre le había regalado una vieja mecedora.

Sin embargo, un día en que me encontraba allí, esperándola, sentí mucho miedo, de repente. La puerta estaba abierta y por ella entraba la luz del sol, alguien silbaba cerca del establo, pero yo tenía miedo. Estaba segura de que, oculta en la estancia (¿detrás del armario negro?) había la mano seca de un muerto, blancas plumas de pollo, y un gallo con un corte en el cuello, muriendo lentamente, muy lentamente. Gota a gota, la sangre caía en una roja jofaina, e imaginaba que la oía caer. Nadie me había hablado del *obeah*, pero yo sabía lo que vería si osaba mirar. Entonces, llegó Christophine, sonriente y contenta de verme allí. No ocurrió nada terrible, y lo olvidé todo, o me dije a mí misma que lo había olvidado.

El señor Mason se hubiera reído, caso de enterarse del miedo que pasé. Se hubiera reído todavía más de lo que se rió cuando mi madre le dijo que quería irse de Coulibri.

Esto comenzó cuando llevaban algo más de un año casados. Siempre decían lo mismo y, ahora, rara vez escuchaba yo sus discusiones. Sabía que éramos odiados. Pero, irnos... Por una vez en la vida estaba de acuerdo con mi padrastro. Era imposible.

Mi padrastro decía:

—¿Y por qué razón quieres que nos vayamos?

Y ella contestaba:

—Necesito un cambio.

O bien:

—Así podríamos visitar a Richard.

(Richard, hijo del señor Mason, habido en su primer matrimonio, estudiaba en Barbados. Pronto iría a Inglaterra, y le habíamos visto muy poco.) Un día, mi madre dijo lisa y llanamente:

—Podríamos dejar la finca en manos de un administrador. Aquí, la gente nos odia. Por lo menos me odia a mí.

Entonces fue cuando el señor Mason soltó una gran carcajada, y dijo:

—Annette, debes ser razonable. Eres viuda de un propietario de esclavos, hija de un propietario de esclavos, y llevabas cinco años viviendo sola, con tus dos hijos, cuando nos conocimos. Fueron los peores momentos para ti. Pero nunca te

molestaron, nunca te causaron el menor daño.

—¿Y cómo sabes que no me causaron daño? Éramos muy pobres entonces. Dábamos risa. Pero ahora no somos pobres. Tú no eres un hombre pobre. ¿Crees que no saben que tienes esa finca en Trinidad? ¿Y la propiedad de Antigua? Están siempre hablando de nosotros. Inventan historias referentes a ti, y mentiras de mí. Todos los días intentan averiguar lo que comemos.

—Sienten curiosidad. Es natural. Has vivido sola demasiado tiempo, Annette. Ves enemigos donde no los hay. Siempre pasas de un extremo a otro. Te pusiste como una tigresa el día en que me referí a los negros llamándoles «la negrada».

—Es que no te gusta ni siquiera ver la parte buena que hay en ellos. Y tampoco crees en la parte mala.

—Yo sólo sé de cierto que son demasiado perezosos para ser peligrosos.

—Perezosos o no, tienen más vitalidad que tú, y pueden ser peligrosos y crueles, por razones que no alcanzas a comprender.

Y el señor Mason siempre contestaba:

—Efectivamente, no lo comprendo, no lo comprendo en absoluto.

Pero mi madre volvía a hablar de irnos. Con insistencia. Con irritación.

Aquella tarde, al regresar a casa, el señor Mason detuvo el coche junto a las cabañas vacías, y dijo:

—Todos se han ido a uno de esos bailes suyos. Jóvenes y viejos. Qué aspecto de desolación tienen esas cabañas...

—Si hay baile, oiremos los tambores —dije.

Tenía esperanzas de que el señor Mason no tardara en reemprender la marcha, pero prefirió quedarse junto a las cabañas, para contemplar la puesta del sol, y el cielo y el mar llameaban cuando, por fin, nos alejamos de Bertrand Bay. Desde muy lejos, vi la sombra de nuestra casa, alzándose sobre los cimientos de piedra. Olía a helechos y a agua de río, y volví a sentirme segura, igual que si fuera justa. (Godfrey decía que no éramos justos. Un día en que estaba borracho, me dijo que estábamos todos condenados, y que de nada nos serviría rezar.)

El señor Mason dijo:

—Han escogido una noche muy calurosa para su baile.

Y la tía Cora salió al *glacis*:

—¿Qué baile? ¿Dónde?

—Parece que van a celebrar una fiesta. Las cabañas están vacías. ¿Una boda, quizá?

—No es una boda —dije—. Nunca hay bodas.

El señor Mason me dirigió una severa mirada, pero la tía Cora sonrió. Cuando los dos se hubieron ido, apoyé los brazos en la fresca baranda del *glacis*, y pensé que

nunca llegaría a quererle mucho. En mi fuero interno, todavía le llamaba el señor Mason. Una noche, le dije: «Buenas noches, papaíto blanco», y no se enfadó, sino que se echó a reír. En cierta manera, vivíamos mejor antes de que el señor Mason viniera, a pesar de habernos rescatado de la miseria. «En el último instante». Los negros no nos odiaban tanto, cuando éramos pobres. Éramos blancos pero no nos habíamos salvado del desastre, y pronto estaríamos muertos, porque no teníamos dinero. ¿Qué motivo de odio tenían?

Ahora, el odio había comenzado de nuevo, y era peor que antes, lo cual mi madre sabía aunque no podía conseguir que el señor Mason lo creyera. De buena gana le hubiera dicho que aquí las cosas no eran como los ingleses creían. De buena gana...

Le oía hablar, y oía las risas de la tía Cora. Y oía el murmullo de los bambúes al estremecerse y oía sus gemidos, a pesar de que no había viento. Llevábamos días de calor, quietud y sequedad. Los colores habían desaparecido del cielo, la luz era azul, y aquello no podía durar mucho tiempo. Christophine decía que no era aconsejable estar en el *glacis*, al caer la noche. Cuando entré, mi madre hablaba excitada:

—Muy bien. Ya que te niegas a escucharme, seré yo quien se vaya, y me llevaré a Pierre. ¿Supongo que no te opondrás a esto?

La tía Cora dijo:

—Tienes toda la razón, Annette.

Y estas palabras me sorprendieron. La tía Cora rara vez hablaba cuando mi madre y el señor Mason discutían. El señor Mason también parecía sorprendido, y en manera alguna complacido.

—Cuando hablas —dijo— te exaltas, y estás muy equivocada. Desde luego, si quieres, puedes irte una temporada, para cambiar de aires. Te lo prometo.

—Ya me lo habías prometido. Pero no cumples las promesas.

El señor Mason suspiró:

—Me encuentro bien aquí. De todos modos, algo haremos... Y pronto.

Mi madre dijo:

—No quiero quedarme en Coulibri. Es peligroso. Es peligroso para Pierre.

La tía Cora afirmó en silencio, con la cabeza.

Como ya era tarde, cené con ellos, en lugar de hacerlo sola, como de costumbre. Myra, una de las nuevas criadas, estaba en pie, junto al aparador, para cambiar los platos. Ahora, comíamos comida inglesa, buey y cordero, pastelones...

Me gustaba vivir como una niña inglesa, pero echaba en falta el sabor de los guisos de Christophine.

Mi padrastro habló de sus proyectos de importar trabajadores —a los que llamaba *coolies*— de la India. Cuando Myra se fue, la tía Cora dijo:

—En tu lugar, yo no hubiera hablado de este asunto. Myra estaba escuchando.

—Es que, aquí, la gente no quiere trabajar. No le gusta trabajar. Fíjate en la finca.

Parte el corazón verla.

Tía Cora dijo:

—Muchos han sido los corazones que han quedado partidos, puedes estar seguro. De todos modos, supongo que sabes lo que haces.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, salvo que sería mejor no hablar de tus proyectos delante de esta mujer. No cabe duda de que tus proyectos son necesarios y benéficos. Pero no confío en esta mujer.

—Parece mentira, habéis vivido aquí casi toda vuestra vida y todavía no sabéis cómo es esa gente. Son como niños, incapaces de matar una mosca.

La tía Cora dijo:

—Desgraciadamente, los niños matan moscas.

Myra volvió a entrar con expresión lúgubre, como siempre, aunque sonreía cuando hablaba del infierno. Me dijo que todo el mundo iba al infierno, y, para salvarse, hacía falta pertenecer a su secta, aun cuando, ni siquiera entonces se podía estar seguro. Tenía los brazos delgados y las manos y los pies grandes. El pañuelo que llevaba en la cabeza era siempre blanco. Nunca a rayas o de un alegre color.

Por esto, aparté la vista de ella, y la fijé en mi cuadro preferido, *La hija de Miller*, que representaba a una bella muchacha inglesa con rizos castaños y ojos azules, y un vestido que parecía resbalarle de los hombros. Luego, cruzando mi mirada por encima del blanco mantel y del jarrón con las rosas amarillas, miré al señor Mason, tan seguro de sí mismo, tan indubitavelmente inglés. Y miré a mi madre también tan indubitabilmente no inglesa, aunque tampoco era una negra blanca. No, no lo era. Nunca lo había sido. Nunca podría serlo. Sí, pensé, mi madre hubiera muerto, si no hubiese conocido al señor Mason. Y, por primera vez, le tuve simpatía al señor Mason y me sentí agradecida. Hay muchas maneras de ser feliz, y quizá más valga sentirse en paz, satisfecha y protegida, como me sentía ahora, vivir en paz durante años, durante largos años, y, después, salvar al alma, a pesar de lo que decía Myra. (Cuando pregunté a Christophine qué le ocurría a una al morir, me contestó: «Quieres saber demasiado».) Recuerdo que aquella noche me despedí de mi padrastro con un beso. La tía Cora me había dicho:

—Está muy disgustado porque nunca le das un beso.

La contradije:

—Pues no pone cara de disgustado.

—Es un grave error juzgar por la cara, en uno u otro sentido.

Fui al cuarto de Pierre, que estaba al lado del mío, y era el último de la casa. Los bambúes crecían junto a la ventana. Casi se podían tocar. Pierre todavía dormía en la cuna, y cada día dormía más y más, dormía casi todo el día. Estaba tan delgado que podía levantarlo sin esfuerzo. El señor Mason había prometido llevarlo a Inglaterra,

más adelante, en donde le curarían, quedando como los demás niños. Al besarle, pensé: «¿Te gustará? ¿Te gustará ser exactamente igual que los demás?» Dormido, parecía feliz. Pero esto ocurrirá más adelante. Más adelante. Ahora, duerme. Entonces fue cuando oí que los bambúes volvían a gemir, y también oí un ruido como un murmullo. Me obligué a mirar por la ventana. Había luna llena. No vi a nadie, no vi nada, sólo sombras.

Dejé la vela sobre la silla, junto a mi cama, y esperé la llegada de Christophine, porque me gustaba verla, antes de dormirme. Pero no venía, y, a medida que la vela se consumía, la sensación de segura paz me fue abandonando. Deseaba tener un perro cubano, grande, para que yaciera junto a mi cama y me protegiese, deseaba no haber oído el ruido de los bambúes, y volver a ser muy pequeña porque entonces tenía fe en mi palo. Era una pieza de madera larga y delgada, con dos clavos que lo atravesaban al final, y cuyas puntas sobresalían. Lo recogí poco después de que mataran a nuestro caballo, y pensé: «Con el palo podré luchar, si las cosas se ponen mal, con el palo podré luchar a brazo partido, aunque en las guerras siempre caen los mejores, lo cual siempre hay que tener en cuenta». Christophine le arrancó los clavos, pero me dejó conservar el palo, al que tomé gran cariño, y pensaba que nadie podría hacerme daño si tenía el palo cerca, y que perderlo sería una gran desdicha. De esto hacía mucho tiempo, puesto que ocurrió cuando yo era aún pequeña y creía que todo estaba vivo, no sólo el río y la lluvia, sino también las sillas, los espejos, los vasos, los platos, todo.

Cuando desperté aún era negra noche, y mi madre estaba al lado de la cama. Dijo: —Levántate, vístete y baja, corriendo.

Iba vestida, pero no se había recogido el cabello. Llevaba suelta una de las trenzas. Volvió a decir:

—Corriendo.

Y se fue al cuarto de Pierre, al lado. Oí que hablaba con Myra y que Myra le contestaba. Seguí yacente, en cama, con la vista fija en la vela sobre la cómoda, hasta que oí un ruido, como si una silla se hubiera caído, y, entonces me levanté.

La casa tenía varios niveles. Descendiendo tres peldaños se iba de mi dormitorio y del de Pierre al comedor, y, de ahí, bajando tres peldaños más, se iba al resto de la casa, a aquella parte que llamábamos «abajo». Las puertas plegables del comedor no estaban cerradas, y vi que la gran sala de estar se encontraba atestada. Allí estaban el señor Mason, mi madre, Christophine, Mannie y Sass. La tía Cora se sentaba en el sofá azul, en el ángulo, con un negro vestido de seda, y los rizos muy esmeradamente dispuestos. Parecía muy altiva, pensé. Pero Godfrey no estaba, y tampoco Myra, ni la cocinera, ni todos los demás. Cuando entré, mi padrastro decía:

—No hay razón para alarmarnos. Sólo se trata de un puñado de negros borrachos.

Abrió la puerta que daba al *glacis*, y salió. Gritó:

—¿Qué significa esto? ¿Qué queréis?

Se alzó un ruido horrible, como el de gritos de animales, pero peor. Oímos el sonido de piedras cayendo en el *glacis*. Cuando mi padrastro regresó, estaba pálido, pero intentó sonreír, mientras cerraba y atrancaba la puerta.

—Son más de los que creía —dijo—, y están exaltados. Mañana por la mañana se habrán arrepentido. Me parece que recibiremos regalos de tamarindos en conserva y dulces de jengibre, mañana por la mañana.

La tía Cora dijo:

—Mañana será demasiado tarde, demasiado tarde para tamarindos y para todo.

Mi madre no les escuchaba.

—Pierre duerme y Myra está con él —dijo—. He pensado que es mejor dejarlo en su cuarto, lejos de este horrible ruido. No sé. Quizá no.

Se retorció las manos. Se le cayó el anillo de alianza, que rodó por el suelo hasta ir a parar a un rincón, junto a los peldaños. Mi padrastro y Mannie se inclinaron para recogerlo, y, al enderezarse, Mannie dijo:

—¡Dios mío! ¡Han ido a la parte trasera! ¡Han pegado fuego a la parte trasera de la casa!

Indicó la puerta de mi dormitorio, que yo había cerrado al salir, y vi que, por debajo, salía humo.

Mi madre actuó tan de prisa que ni moverse la vi. Abrió la puerta de mi dormitorio, desapareció, y sólo vi humo. Mannie corrió tras ella, igual que el señor Mason, aunque éste lo hizo más despacio. La tía Cora me abrazó. Dijo:

—No tengas miedo que no corres el menor peligro. Ninguno de nosotros corre peligro.

Durante un instante, cerré los ojos y apoyé la cabeza en su hombro. Recuerdo que olía a vainilla. Luego, a mi olfato llegó otro olor, olor a pelo quemado, miré, y vi que mi madre estaba en la estancia, con Pierre en brazos. Era su cabello suelto lo que se había quemado.

Pensé: Pierre está muerto. Parecía muerto. Estaba blanco, no hacía el más leve sonido, su cabeza colgaba por encima del brazo de mi madre como si careciera de vida, y tenía los ojos tan alzados que sólo se veía el blanco. Mi padrastro dijo:

—Annette, te has hecho daño. Las manos...

Pero mi madre ni siquiera le miró. Dirigiéndose a la tía Cora, mi madre dijo:

—La cuna ardía. Toda la habitación ardía, y Myra no estaba. Se ha ido. No estaba.

La tía Cora repuso:

—No me sorprende.

Mi madre dejó a Pierre en el sofá, se inclinó sobre él, y, después, se levantó la

falda, se quitó las enaguas blancas y comenzó a rasgarlas a tiras. En un murmullo, mi madre dijo:

—Le ha abandonado. Ha huido, dejándolo solo, para que muriera.

Más horrible fue cuando mi madre comenzó a insultar a gritos al señor Mason llamándole insensato, cruel y estúpido insensato. Gritó:

—Te lo dije. Una y otra vez te dije lo que ocurriría.

Se le quebró la voz, pero siguió gritando:

—Y no me querías escuchar, y te mofabas de mí, sonriente hipócrita... ¡No tienes derecho a vivir, tampoco! ¿Supongo que lo sabes? ¿Por qué no sales y les pides que te dejen huir? Diles cuán inocente eres, diles que siempre confiaste en ellos.

Yo estaba tan impresionada que todo lo veía de manera muy confusa. Y ocurrió de prisa. Vi que Mannie y Sass avanzaban a paso inseguro, con dos grandes jarras de tierra cocida, llenas de agua, que conservábamos en la despensa. Arrojaron el agua al dormitorio, formando un charco negro en el suelo, pero el humo cubrió el charco. Entonces, Christophine, quien había ido corriendo al dormitorio de mi madre, en busca de la jarra de agua, regresó y habló con mi tía, quien dijo:

—Parece que han pegado fuego al otro lado de la casa. Se habrán subido a ese árbol que hay fuera. La casa arderá como una tea, y nada podemos hacer para evitarlo. Cuanto antes salgamos, mejor.

Mannie preguntó al muchacho:

—¿Tienes miedo?

Sass movió negativamente la cabeza, Mannie echó a un lado, de un empujón, al señor Mason, y le dijo:

—¡Apártese!

Unos estrechos peldaños de madera llevaban desde la bodega a los edificios exteriores, a la cocina, a los cuartos de la servidumbre, al establo. Hacia allá iban. La tía Cora dijo a Christophine:

—Coge al niño y ven.

También en el *glacis* hacía mucho calor, todos rugieron cuando salimos y, entonces, sonó otro rugido a nuestra espalda. No había visto llamas, sólo humo y chispas, pero ahora vi altas llamas ascendiendo hacia el cielo, ya que los bambúes habían prendido. Cerca había unos helechos arborescentes, verdes y húmedos, y uno de ellos humeaba. La tía Cora dijo:

—Vamos, de prisa.

Y fue la primera en avanzar, cogiéndome la mano. Christophine la seguía con Pierre en brazos, y todos guardaron silencio mientras descendíamos los peldaños del *glacis*. Cuando miré alrededor, en busca de mi madre, vi que el señor Mason, roja la cara por el calor, parecía arrastrar a mi madre quien se resistía debatiéndose. Oí que el señor Mason decía:

—Es imposible. Es ya demasiado tarde.

La tía Cora dijo:

—¿Quiere ir a buscar la caja de las joyas?

El señor Mason gritó:

—¿La caja de las joyas? No. Es una insensatez mayor todavía. Quiere ir a buscar a un maldito loro. Y no se lo permitiré.

Mi madre nada dijo, siguió luchando con él en silencio, retorciéndose como un gato, y mostrando los dientes. Nuestro loro se llamaba Coco, y era verde. No hablaba muy bien, pero sabía decir, *Qui est là? Qui est là?*, y se contestaba, *Ché Coco, Ché Coco*. Después de que el señor Mason le recortara las alas, a Coco se le fue agriando el carácter, y, aun cuando se estaba quieto y en paz cuando se posaba en el hombro de mi madre, se lanzaba contra todos los que se acercaban a ella, y les picoteaba los pies. La tía Cora dijo:

—Annette, se ríen de ti. No permitas que se ríen de ti.

Entonces, mi madre dejó de debatirse, y el señor Mason, en parte sosteniéndola y en parte arrastrándola, lanzando maldiciones, la trajo a donde nosotros estábamos. Todos seguían guardando silencio, y eran tantos que apenas veía árboles o hierba. Seguramente había muchos procedentes de la bahía, pero no reconocí a ninguno de ellos. Todos eran iguales, una misma cara repetida una y mil veces, ojos relucientes, bocas medio abiertas, gritando. Cuando pasábamos junto al poyo montador, vieron a Mannie que, llevando el coche, daba la vuelta a la esquina de la casa. Sass le seguía, montado a caballo, y llevando a otro de la brida.

Alguien gritó:

—¡Mirad al inglés negro! ¡Mirad a los blancos negros!

Y, entonces, todos gritaron:

—¡Mirad a los blancos negros! ¡Mirad a los malditos blancos negros!

Una piedra pasó junto a la cabeza de Mannie, quien los maldijo, y ellos se apartaron ante los caballos, que, asustados, se encabritaban. El señor Mason dijo:

—¡Vamos, por el amor de Dios! Subid al coche y montad en los caballos.

Pero no podíamos movernos porque ellos nos rodeaban. Algunos reían y agitaban palos, y otros, al fondo, llevaban antorchas, y parecía que fuese de día. La tía Cora me tenía cogida la mano muy prietamente, y sus labios se movían pero yo no podía oír lo que decía porque me lo impedía el ruido. Tenía miedo porque sabía que aquellos que se reían serían los peores. Cerré los ojos y esperé. El señor Mason dejó de lanzar maldiciones, y comenzó a rezar en voz alta y pía. La oración terminaba con las palabras: «Y que Dios Todopoderoso nos proteja». Y Dios, que es verdaderamente misterioso, que no dio signo alguno cuando quemaron a Pierre mientras dormía —ni un trueno, ni un relámpago—, el misterioso Dios prestó oídos a la oración del señor Mason. Los gritos cesaron.

Abrí los ojos, todos miraban hacia arriba y señalaban a Coco, en la baranda del *glacis*, con las plumas en llamas. Intentó volar hacia abajo, pero las alas recortadas le fallaron y cayó chillando. Era una bola de fuego.

Me eché a llorar, y la tía Cora me dijo:

—No mires, no mires.

Se inclinó y me rodeó con sus brazos. Escondí la cara, pero me daba cuenta de que ya no estaban tan cerca. Oí a alguien decir algo acerca de mala suerte, y recordé que matar un loro traía muy mala suerte, y que incluso la traía el verlo morir. Entonces, comenzaron a irse, de prisa, en silencio, y los que se quedaron se echaron a un lado, contemplando nuestro lento avance sobre la hierba. Ya no reían.

El señor Mason dijo:

—Vayamos hacia el coche, vayamos hacia el coche. De prisa.

El señor Mason inició la marcha, sin soltar el brazo de mi madre, luego iba Christophine con Pierre en brazos, y tía Cora, cogiéndome la mano, era la última. Ninguno de nosotros volvió la vista atrás.

Mannie había parado los caballos en la curva del camino empedrado, y, al acercarnos al coche, le oímos gritar:

—¿Es que sois bestias brutas?

Hablaba a un grupo de hombres, con alguna que otra mujer, que rodeaba el coche. Un mulato, con un machete en la mano, retenía con la otra a un caballo por la brida. No vi a Sass y los otros dos caballos. El señor Mason dijo:

—Subid. No hagáis caso de este hombre.

Pero el hombre del machete dijo que no. Iríamos a la policía y contaríamos muchas mentiras. Una mujer dijo que nos dejara irnos. No había sido más que un accidente y tenían muchos testigos. La mujer dijo:

—Myra será nuestro testigo.

El hombre dijo:

—Cierra la boca. Aplastas un ciempiés, sí, lo aplastas, y si dejas un trocito vuelve a crecer. ¿A quién crees que hará caso la policía? ¿A ti o al blanco negro?

El señor Mason lo miró. No parecía asustado, sino tan pasmado que no podía hablar. Mannie cogió el látigo del coche, pero uno de los hombres más negros se lo arrancó de la mano, partió el látigo contra su muslo y arrojó lejos los trozos.

—Huye, inglés negro —dijo—. Escóndete en el bosque. Huye como un niño. Es lo mejor que puedes hacer.

Entonces, la tía Cora se adelantó y dijo al hombre que retenía el caballo:

—El niño está malherido. Si no lo cuidamos se morirá.

El hombre dijo:

—De manera que el negro y el blanco arden lo mismo, ¿verdad?

La tía Cora repuso:

—Así es. En esta vida y en la otra, como descubrirás. Y lo descubrirás muy pronto.

El hombre soltó la brida y, bruscamente acercó su cara a la de la tía Cora. Dijo que la arrojaría al fuego si le lanzaba maldiciones que daban mala suerte. La llamó vieja bruja blanca. Pero la tía Cora no retrocedió ni un centímetro, le miró rectamente a los ojos, y, en voz calma, le amenazó con el fuego eterno:

—Y jamás te darán ni una gota de agua para refrescarte la lengua ardiente.

El hombre volvió a insultarla, pero retrocedió. El señor Mason dijo:

—Subid. Primero tú, Christophine, con el niño.

Christophine subió. Dirigiéndose a mi madre, el señor Mason dijo:

—Ahora, tú.

Pero mi madre se había vuelto y miraba la casa. Cuando el señor Mason le puso la mano en el brazo, mi madre gritó.

Una mujer dijo que ella sólo había acudido a ver lo que pasaba. Otra mujer comenzó a llorar. El hombre con el machete dijo:

—Lloras por ella, ¿cuándo lloró ella por ti? ¡Contesta!

También yo me volví. La casa ardía, el cielo amarillo rojizo parecía el propio del ocaso, y supe que jamás volvería a ver Coulibri. Nada quedaría, ni los helechos dorados, ni los de plata, ni las orquídeas, ni las lilas y las rosas, ni las mecedoras y el sofá azul, ni los jazmines, ni las madreselvas, ni el retrato de la hija de Miller. Cuando hubieran terminado, nada quedaría, salvo muros ennegrecidos y el poyo para montar a caballo. Esto siempre quedaba. No podía arder, ni se podía robar.

Entonces, no muy lejos, vi a Tia y a su madre, y corrí hacia ella porque era cuanto quedaba de mi vida, tal como había sido. Habíamos compartido la comida, habíamos dormido la una al lado de la otra, y nos habíamos bañado en el mismo río. Mientras corría, pensé, viviré con Tia y seré como ella. No dejaría Coulibri. No me iría. No: Cuando me acerqué, vi la piedra de rugosa superficie que sostenía en la mano, pero no vi como la arrojaba. Tampoco la sentí. Sólo noté que algo húmedo se deslizaba por mi cara. La miré y vi que su cara se contraía, como si fuera a echarse a llorar. Nos miramos; con sangre en mi cara y lágrimas en la suya. Tuve la impresión de verme a mí misma. Como en un espejo.

—Cuando me he levantado —dije—, he visto mi trenza, atada con una cinta roja, sobre la cómoda. Y he creído que era una serpiente.

La tía Cora dijo:

—Tuvimos que cortarte el cabello. Has estado muy enferma, pequeña. Pero, ahora, estás a salvo, conmigo. Todos estamos a salvo, como dije que estaríamos. Pero debes guardar cama. ¿Por qué te levantas? El cabello te volverá acrecer. Más largo y más espeso.

—Pero más oscuro.

—¿Es que no te gusta que sea más oscuro?

Me cogió, y me gustó sentir el contacto con el suave colchón, y, luego, con la fresca sábana que me cubría. La tía Cora dijo:

—Es la hora de tomar el arrurruz.

Y se fue. Cuando me lo hube tomado, cogió la taza, y se quedó mirándome.

—Me he levantado porque quería saber dónde estaba —le dije.

Con acento de ansia, me preguntó:

—Y lo sabes, ¿verdad?

—Claro. Pero ¿cómo llegué a tu casa?

—Los Luttrell se portaron muy bien. Tan pronto Mannie llegó a Nelson's Rest, nos mandaron cuatro hombres con una camilla. De todos modos, te llevaste un buen meneo. Pero hicieron cuanto pudieron. El joven señor Luttrell fue a caballo, a tu lado, durante todo el trayecto. Qué amable, ¿verdad?

—Sí.

La tía Cora estaba delgada y vieja, y no llevaba el cabello bien peinado, por lo que cerré los ojos, ya que no quería verla.

—¿Verdad que Pierre se ha muerto? —pregunté.

—Murió en el camino, el pobrecillo.

Pensé, «murió antes», pero nada dije porque estaba tan cansada que no podía hablar.

—Tu madre está en el campo, descansando. Se está recuperando. Muy pronto la podrás ver.

—No lo sabía. ¿Por qué se fue?

—Has estado muy enferma durante seis semanas, casi. Y no te enterabas de nada.

¿Para qué decirle que había estado despierta, con anterioridad, y que había oído a mi madre gritando: «Qui est là? Qui est là?», y, después: «No me toques. Si me tocas te mataré. Cobarde. Hipócrita. Te mataré». Me tapé los oídos con las manos, tan altos y terribles eran sus gritos. Me dormí, y, al despertar, había silencio.

La tía Cora estaba aún junto a mi cama, mirándome.

—La venda de la cabeza me da mucho calor —dije—. ¿Me quedará una marca en la frente?

Por primera vez, sonrió:

—No, no. Quedarás bien. No te avergonzará en el día de tu boda.

Se inclinó y me dio un beso.

—¿Quieres algo? —preguntó—. ¿Una bebida fresca?

—No, no quiero beber. Me gustaría que me cantaras algo.

Con voz insegura, comenzó a cantar:

Todas las noches, a las ocho y media,

Llega pasito a paso...

—No. Esta no. No me gusta. Canta «Antes de que me dieran la libertad».

Se sentó cerca de mí, y cantó en voz muy baja «Antes de que me dieran la libertad». Oí hasta «El dolor que siente mi corazón». No oí el final, pero, antes de dormirme, oí «El dolor que siente mi corazón».

Iba a ver a mi madre. Insistí en que me acompañara Christophine y sólo Christophine, y, como sea que aún no había sanado del todo, cedieron a mi voluntad. Recuerdo el sentimiento de tristeza que me embargó durante el trayecto del coche, porque no esperaba ver a mi madre. Mi madre formaba parte de Coulibri, Coulibri había desaparecido, y con él se había ido mi madre. Estaba segura. Pero, cuando llegamos a la limpia casita en que ahora mi madre vivía (decían), salté del coche, y, a todo correr, crucé el césped. En la terraza había una puerta abierta. Entré sin llamar, y miré a la gente congregada en la estancia. Había un mulato, una mulata, y una mujer blanca, sentada, con la cabeza tan baja que no podía verle la cara. Pero reconocí su cabello, con una trenza más corta que la otra. Y su vestido. La abracé y la besé. Me abrazó con tanta fuerza que apenas podía respirar, y pensé: «No es ella». Luego, me dije: «Pero ha de serlo». Primero miró la puerta, luego me miró a mí, y, después, volvió a mirar la puerta. Yo no podía decir «Pierre ha muerto», por lo que sacudí la cabeza negativamente.

—Estoy aquí —dije—. Estoy aquí.

Y ella, en voz serena, contestó:

—No.

Luego, en voz muy alta, repitió:

—No. No. No.

Y me apartó de un violento empujón. Choqué con el tabique y me hice daño. El hombre y la mujer le sujetaban los brazos, y Christophine estaba allí. La mujer dijo:

—¿Por qué has traído a la niña a crear problemas, problemas, problemas? Bastantes tenemos sin ella.

Durante todo el camino de vuelta a casa de la tía Cora, no hablamos.

El día en que tuve que ir al convento, por primera vez, me pegué a la tía Cora tal como uno se pega a la vida, si la ama. Por fin la tía Cora perdió la paciencia, y me apartó de ella, con un esfuerzo, y apartada, anduve por el pasillo, y así bajé los peldaños hasta la calle y, tal como ya sabía, allí me esperaban, junto a la hura. Eran dos, chico y chica. El chico contaría unos catorce años, y era alto y fuerte por su edad, con la piel blanca, de un blanco mate y feo, cubierto de pecas, con labios de

negro, y ojos pequeños, como porciones de vidrio verde. Tenía ojos de pez muerto. Y lo peor, lo más horrible, era que tenía el cabello lanudo, cabello de negro, pero de vivo color rojo, como rojas eran las cejas y las pestañas. La chica era muy negra y no llevaba pañuelo en la cabeza. Se había liado el cabello en trenzas, y a mi olfato llegaba el mareante olor del aceite con que se lo había empapado, llegaba el olor hasta el lugar en que yo estaba, en los peldaños de la oscura, limpia y acogedora casa de la tía Cora, mirándolos. Parecían tan inofensivos y tranquilos que nadie hubiera reparado en los destellos de los ojos del chico.

Entonces, la chica sonrió y comenzó a hacer chascar los nudillos. A cada chasquido daba yo un salto, y el sudor comenzó a cubrirme las manos. Sostenía en la derecha unos libros escolares que me puse bajo el brazo, pero lo hice demasiado tarde, por lo que tenía ya una marca en la palma de la mano y había una mancha en la cubierta del primer libro. La chica se echó a reír, en voz muy baja, y entonces fue cuando me llegó la oleada de odio, y de valor con el odio, y pude pasar junto a ellos sin mirarlos.

Sabía que iban detrás, también sabía que, mientras tuviera a la vista la casa de la tía Cora nada harían, salvo seguirme a cierta distancia. Pero sabía cuál sería el momento en que se acercarían. Sería cuando subiera la colina. Había muros y jardines a uno y otro lado del camino de la colina, y, a esta hora de la mañana, nadie habría allí.

A mitad de la cuesta se me acercaron y comenzaron a hablar. La chica dijo:

—Mira a la loca, estás tan loca como tu madre. A tu tía le da miedo tenerte en su casa. Te manda al convento para que las monjas te encierren. Tu madre va por ahí sin zapatos y sin medias, *sans culottes*. Intentó matar a su marido, y también intentó matarte el día que la fuiste a ver. Tu madre tiene ojos de *zombie*, y tú también tienes ojos de *zombie*. No te atreves a mirarme.

El chico sólo dijo:

—Algún día te pillaré sola, espera, espera que algún día te pillaré sola.

Cuando llegué a lo alto de la colina, los dos me empujaban, y yo olía el cabello de la chica.

Una larga y estrecha calle llevaba al convento, al muro del convento y a la puerta de madera. Para poder entrar, tendría que tocar la campanilla. La chica dijo:

—No quieres mirarme... Y te obligaré a que me mires.

Me dio un empujón, y mis libros cayeron al suelo. Me incliné para recogerlos, y vi que un muchacho alto, que caminaba por el otro lado de la calle, se paraba y nos miraba. Entonces, este muchacho cruzó, corriendo. Tenía largas las piernas, y sus pies apenas tocaban el suelo. Tan pronto le vieron, dieron media vuelta y se alejaron. El muchacho alto les miró intrigado. Antes me hubiera muerto que huir, cuando el chico y la chica estaban junto a mí, pero, ahora, eché a correr. Dejé uno de los libros en el

suelo, y el alto muchacho me siguió.

—Se te ha caído esto —dijo.

Y sonrió. Sabía quien era, se llamaba Sandi, hijo de Alexander Cosway. En otros tiempos, le hubiera llamado «el primo Sandi», pero los sermones del señor Mason me habían inducido a avergonzarme de mis parientes mulatos. Murmuré:

—Gracias.

—Hablaré con ese chico, y no volverá a molestarte.

A lo lejos, vi el rojo cabello de mi enemigo, que se alejaba a toda prisa, pero no tenía la menor posibilidad de escapar. Sandi le atrapó, antes de que el chico con el cabello rojo llegara a la curva. La chica había desaparecido. No quise ver lo que ocurría, sino que tiré y tiré de la campanilla.

Por fin, la puerta se abrió. La monja era una mulata que parecía molesta.

—No debes tocar la campana de esta manera —dijo—. He venido tan de prisa como he podido.

Oí que la puerta se cerraba a mi espalda. Entonces, me eché a llorar. La monja me preguntó si me encontraba mal, pero no podía contestarle. Me cogió de la mano, sin dejar de chascar la lengua y de murmurar con mal humor, y así cruzamos el patio, pasando por la sombra del gran árbol, y no entramos por la puerta principal, sino que nos metimos en una estancia grande y fresca, con piso de losas de piedra. De la pared colgaban ollas y cacharros, y vi un gran hogar de piedra. En el fondo había otra monja, y, cuando la campanilla volvió a sonar, la primera monja acudió a la puerta. La segunda monja, también mulata, trajo una jofaina con agua, y yo seguí llorando, mientras ella me pasaba la esponja por la cara. Cuando me vio la mano, me preguntó si me había caído, lastimándome. Moví la cabeza negando, y la monja me limpió la mancha con la esponja, suavemente.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿Qué te ha ocurrido?

Pero yo aún no podía contestar. Me trajo un vaso de leche que intenté beber, pero me atraganté. La monja dijo:

—Oh, oh...

Encogió los hombros y se fue.

Cuando regresó, lo hizo en compañía de una tercera monja que dijo con voz serena:

—Bueno, parece que ya has llorado bastante por lo que, ahora, debes dejar de llorar. ¿Tienes un pañuelo?

Recordé que se me había caído al suelo. La nueva monja me secó los ojos con un pañuelo muy grande, me lo dio, y me preguntó cómo me llamaba.

—Antoinette —repuse.

—Claro, claro... Tú eres Antoinette Cosway, bueno, ahora, Antoinette Mason. ¿Te han dado un susto?

—Sí.

—Mírame. Yo no doy miedo a nadie.

La miré. Tenía grandes ojos castaños, de muy suave mirar, e iba de blanco, sin el delantal almidonado que llevaban las otras. La banda que enmarcaba su cara era de lino, y, encima, llevaba un velo negro, muy sutil, que le caía sobre la espalda, formando pliegues. Tenía la cara alegre, propicia a la risa, con las mejillas rojas y dos hoyuelos. Sus manos pequeñas, parecían hinchadas y torpes, incongruentes con el resto de su persona. Después descubrí que el reuma las había deformado. Me llevó a una sala sobriamente amueblada con sillas de recto respaldo, y, en medio, una mesa barnizada. Cuando me hubo hablado, le conté un poco de lo que me había ocurrido, y le dije que no me gustaba ir sola, a pie, a la escuela.

—Bueno, procuraremos solucionar el problema. Escribiré a tu tía. Y, ahora, la madre St. Justine te está esperando. He mandado llamar a una chica que lleva casi un año con nosotros. Se llama Louise, Louise de Plana. Ella te lo explicará todo.

Louise y yo recorrimos un sendero con losas que llevaba a la clase. A uno y otro lado del sendero crecía el césped, y había árboles y sombras de árboles, y, a trechos, arbustos con flores de vivo color. Louise era muy linda, y, cuando me sonrió, me pareció casi imposible que alguna vez en mi vida yo hubiera sido desdichada. Louise me dijo:

—A la madre St. Justine siempre la llamamos madre Juice of Lime^[3]. No es muy inteligente, pobre mujer. Ya lo verás.

Rápidamente, mientras pueda, he de recordar la ardiente aula. La ardiente aula, los pupitres de madera de pino, el calor del banco que se transmitía a mi cuerpo, me recorría los brazos y me llegaba a las manos. Pero podía ver, fuera, la fresca sombra azul de un muro blanco. La aguja está pegajosa y gime al atravesar la tela. En un murmullo, le digo a Louise, que se sienta a mi lado:

—La aguja dice palabrotas.

Cosemos rosas de seda sobre un fondo pálido. Podemos elegir el color de las rosas, y las mías son verdes, azules y púrpuras. Debajo, escribiré mi nombre en letras del color del fuego, Antoinette Mason, née Cosway, Convento del Monte Calvario, Spanish Town, Jamaica, 1839.

Mientras trabajamos, la madre St. Justine nos lee vidas de santas, santa Rosa, santa Bárbara, santa Inés. Pero tenemos nuestra propia santa, y el esqueleto de la muchacha de catorce años se encuentra bajo el altar de la capilla del convento. Las reliquias. Pero ¿cómo se las arreglaron las monjas para transportar el esqueleto hasta aquí? ¿En un baúl? ¿En un paquete especial? ¿Cómo? El caso es que aquí está, y santa Inocencia es su nombre. No sabemos su historia porque no está en el libro de

las vidas de santas. Las santas de que nos hablan eran muy hermosas y ricas. Todas ellas eran amadas por jóvenes ricos y apuestos.

La madre St. Justine recita con voz dormida:

—Más hermosa y más ricamente ataviada de lo que Theophilus la había visto jamás, en vida. Entonces, sonrió y dijo: «Toma Theophilus, una rosa del jardín de mi Esposo, en quien tú no creías». Al despertar, Theophilus encontró la rosa a su lado, y la rosa nunca se ha marchitado. Todavía existe.

(¡Oh! ¿Dónde, dónde?) La madre St. Justine sigue leyendo, ahora muy de prisa:

—Theophilus se convirtió al cristianismo y fue uno de los Santos Mártires.

Con seco sonido cierra el libro, y nos dice que debemos echar hacia atrás la cutícula de las uñas, cuando nos lavemos las manos. Limpieza, buenos modales, y dar amable trato a los pobres de Dios. Un torrente de palabras. (Hélène de Plana dice, «Es la edad, la vieja Justine no puede evitarlo, la pobre».)

—Cuando ofendéis o insultáis a los pobres y a los desgraciados, insultáis a Nuestro Señor Jesucristo, quien nunca lo olvidará, porque aquéllos son sus elegidos.

Esta observación la hace en tono distraído, de puro trámite, y pasa a hablar del orden y de la castidad, ese objeto de inmaculado cristal que, cuando se rompe, ya no hay quien lo arregle. También habla de urbanidad. Al igual que todas, también ha quedado conquistada por el encanto de las hermanas de Plana, y las pone como ejemplo a la clase entera. Las dos siguen impecablemente sentadas, imperturbables, mientras la madre St. Justine nos hace reparar en las excelencias del peinado de la señorita Hélène, conseguido sin mirarse al espejo.

—Por favor, Hélène, dime cómo te peinas porque, cuando sea mayor, quiero ir peinada como tú.

—Es muy fácil. Peinas el cabello hacia arriba, así, y, luego, hacia delante, así, y te pones alfileres aquí y aquí. Nunca pongas demasiados alfileres.

—Sí, Hélène, pero resulta que mi peinado nunca es igual que el tuyo, haga lo que haga.

Hélène pestañeó y se alejó, porque sus buenos modales le impedían decir la clarísima realidad. En el dormitorio no teníamos espejos, y una vez vi a la nueva y joven monja irlandesa mirándose en una vasija de vidrio, sonriendo, para ver si seguía teniendo hoyuelos. Cuando me vio mirándola, se ruborizó, y yo pensé que, a partir de aquel momento, me tendría antipatía..

A veces, los elogios iban dirigidos al cabello de la señorita Hélène, otras al impecable comportamiento de la señorita Germaine, y a veces a los cuidados que la señorita Louise prestaba a su dentadura. Y si bien es cierto que nosotros nunca mostrábamos envidia, tampoco cabe negar que ellas nunca se entregaban a la vanidad. Hélène y Germaine eran un poco desdeñosas, altivas quizá, pero Louise ni eso. Sencillamente, no se daba por aludida, como si supiera que había nacido para

más altos empeños. Los ojos castaños de Héléne sabían dirigir heladas miradas, y los grises ojos de Germaine eran hermosos, suaves, de vaca. Germaine hablaba despacio, y, a diferencia de casi todas las chicas criollas, era de carácter estable. Resultaba fácil imaginar como sería la vida de esas dos, si no mediaban accidentes. Pero, ¡ah, Louise! Su cintura estrecha, sus manos delgadas y morenas, sus negros rizos que olían a césped, su voz dulce y aguda que, en la capilla, tan despreocupadamente cantaba acerca de la muerte... Cantaba como un pájaro. A Louise podía ocurrirle cualquier cosa, y fuera lo que fuese lo que le ocurriera, no me sorprendería. Teníamos otra santa, decía la madre St. Justine, que vivió más tarde, aunque fue en Italia, o quizás en España. Italia es columnas blancas y agua verde. España es sol ardiente sobre piedras, Francia es una dama de negro cabello y blanco vestido, porque Louise nació en Francia, quince años atrás, y mi madre a la que debo olvidar y por la que debo rezar como si estuviera muerta, aunque está viva, solía vestir de blanco.

Nadie hablaba de mi madre, ahora que Christophine nos había dejado para ir a vivir con su hijo. Rara vez veía a mi padrastro. Al parecer, no le gustaba Jamaica, en especial Spanish Town, y pasaba largos meses ausente.

Una ardiente tarde del mes de julio, mi tía me dijo que se iba a Inglaterra, en donde pasaría un año. No gozaba de buena salud y necesitaba un cambio. Me habló mientras trabajaba en la confección de una colcha formada por retazos cosidos. Los retazos de seda, en forma de diamante, se combinaban unos con otros, rojos, azules, púrpura, verdes, amarillos, formando un solo color cambiante. Había dedicado horas y horas a la colcha, y, ahora, estaba casi terminada. Me preguntó si me sentiría sola, y yo, con la vista fija en los colores, dije:

—No.

Pensaba, horas y horas y horas.

Este convento era mi refugio, un lugar de sol y de muerte en el que muy a primera hora de la mañana el sonido de un golpe contra una madera despertaba a las nueve chicas que dormíamos en el alargado dormitorio. Al despertar, veíamos a la hermana Marie Augustine sentada, serena y compuesta, muy erguida, en una silla de madera. La larga estancia parda estaba inundada de luz del sol, con las sombras de los árboles moviéndose en silencio. Aprendí a decir muy de prisa, igual que las demás, «ofrezco todas las oraciones, trabajos y sufrimientos de este día». Pero, al principio, pensaba, ¿y la felicidad qué?, ¿es que no hay felicidad? Ha de haberla. Oh la felicidad, claro, la felicidad, bueno...

Pero pronto me olvidaba de la felicidad, y bajaba corriendo la escalera hacia el gran baño de piedra en donde nos chapuzábamos, vestidas con largas camisas grises que nos llegaban hasta los tobillos. Olía el aroma del jabón, mientras me jabonaba cautelosamente, por debajo de la camisa, habilidad que era preciso aprender, lo

mismo que otra habilidad, la de vestirse con recato. Sol a raudales, cuando subíamos la escalera de madera, camino del refectorio. Café caliente, panecillos y mantequilla fundida. Pero, después del desayuno, ahora y en la hora de nuestra muerte, y, al mediodía y a las seis de la tarde, ahora y en la hora de nuestra muerte. Que la luz perpetua les ilumine. Esto es para mi madre, pensaba, sea cual fuere el lugar en que su alma vaga, ya que ha abandonado su cuerpo. Entonces, recordaba lo mucho que a mi madre le desagradaba la luz fuerte, y lo mucho que le gustaba la fresca penumbra. Pero me decían que la luz a que se refería la oración era una luz diferente. De todos modos, no decía la oración. Pronto volvíamos a las móviles sombras del exterior, más hermosas que todas las luces perpetuas, y pronto aprendí a murmurar fórmulas, sin pensar en ellas, igual que hacían las otras chicas. Ahora y en la hora de nuestra muerte, que es cuanto tenemos, había cambiado.

Todo era luz u oscuridad. Los muros, los llameantes colores de las flores del jardín, y los hábitos de las monjas eran luz, pero los velos, los crucifijos que colgaban de su cintura, las sombras de los árboles, eran negros. Así era todo, luz y tinieblas, sol y penumbra, Cielo e Infierno, y una de las monjas sabía todo lo referente al Infierno, pero ¿quién no? Sin embargo, otra sabía todo lo referente al Cielo y a los atributos de los que gozan de la Gloria del Señor, entre los cuales el de menor importancia era la belleza trascendente. Sí, el mínimo era. Apenas podía esperar el goce de tanto éxtasis, y una vez oré durante largo rato, pidiendo morir. Entonces, recordé que esto era pecado. Era presunción o desesperación, no recuerdo cuál de las dos, pero, de todos modos, pecado mortal. En consecuencia, también oré durante largo tiempo para enmendarme, pero pensé que muchas, muchas cosas eran pecado, ¿por qué? Pensar esto era otro pecado. Sin embargo, la hermana Marie Augustine decía, afortunadamente, que los pensamientos no son pecado, si se ahuyentan en seguida. Una va y dice, Señor sálvame que perezco. Me parece muy consolador saber con exactitud lo que hay que hacer. De todos modos, luego de lo dicho no oré tan a menudo, y después casi dejé de orar. Me sentí más audaz, más feliz, más libre. Pero no me sentí segura.

Durante esta temporada, casi dieciocho meses, mi padrastro me visitaba a menudo. Primero, hablaba con la madre superiora, y, luego, yo iba a la sala de visitas vestida como si fuera a cenar o a visitar amigos en su casa. Al irse, me hacía regalos, caramelos, un relicario, una pulsera, y una vez me regaló un vestido muy bonito que, desde luego, no podía ponerme.

La última vez que vino se portó de manera diferente. Vi que así sería, sólo entrar en la sala. Me besó, me puso las manos en los hombros, con los brazos estirados, me miró cuidadosamente, examinándome, y luego sonrió y dijo que era más alta de lo que creía. Le recordé que había ya cumplido los diecisiete años y que era toda una mujer.

—No he olvidado el regalo —dijo.

La timidez y la incomodidad que sentía me indujeron a contestar fríamente:

—No puedo llevar esas cosas que me compras.

—Cuando vivas conmigo, podrás llevar lo que quieras.

—¿Dónde? ¿En Trinidad?

—En Trinidad no, desde luego. Por el momento, aquí. Conmigo y con la tía Cora que, por fin, regresa. Dice que otro invierno inglés la mataría. Y con Richard. No puedes vivir toda la vida oculta.

«¿Por qué no?», pensé.

Supongo que se dio cuenta de mi estado de desilusión, ya que comenzó a bromear, a halagarme y hacerme unas preguntas tan absurdas que, al poco rato, también yo reía. ¿Me gustaría vivir en Inglaterra? Y, antes de que pudiera contestar, me preguntó si había aprendido a bailar y si las monjas eran muy rígidas. Contesté:

—No son rígidas. El obispo que las visita todos los años dice que son laxas, muy laxas. Dice que esto se debe al clima.

—Espero que le contestaron que no se metiera en lo que no le importaba.

—Sí. La madre superiora lo hizo. Algunas se asustaron. No son rígidas, pero no me han enseñado a bailar.

—Bueno, carece de importancia. Quiero que seas feliz, Antoinette, quiero que vivas segura y protegida, y he procurado hacer lo preciso para ello, pero, en fin, más adelante tendremos tiempo sobrado para hablar de esto.

Mientras salíamos por la puerta del convento, dijo sin dar importancia a sus palabras:

—He invitado a unos amigos ingleses a pasar el próximo invierno aquí. No te aburrirás.

Dubitativa, le pregunté:

—¿Crees que realmente vendrán?

—Uno de ellos sí, sin la menor duda.

Quizá se debió a la manera en que sonrió, pero una vez más el sentimiento de desilusión, de tristeza, de vacío, casi me ahogó. Esta vez, no permití que se diera cuenta.

Fue igual que aquella mañana en que encontré el caballo muerto. Nada digas y quizá no sea verdad.

Sin embargo, en el convento, todas lo sabían. Las chicas mostraron gran curiosidad, pero yo no quise contestar sus preguntas, y, por primera vez, las caras alegres de las monjas me irritaron.

Están a salvo. ¿Cómo pueden saber lo que es vivir *fuera*?

Esta fue la segunda vez que tuve aquel sueño.

De nuevo he abandonado la casa de Coulibri. Es aún de noche y camino hacia el

bosque. Llevo un vestido largo y delgadas zapatillas por lo que avanzo con dificultad, sosteniendo alzada la falda, detrás del hombre que va conmigo. El vestido es blanco y hermoso, y no quiero que se ensucie. Sigo al hombre, muerta de miedo, pero nada hago para hurtarme al peligro. Si alguien intentara salvarme, no se lo permitiría. Ha de ocurrir. Ahora, hemos llegado al bosque. Nos encontramos bajo las copas de los altos árboles negros, y no hay viento. «¿Aquí?» Se vuelve y me mira, torvo de odio el rostro, y, al verlo, me echo a llorar. Sonríe con astucia. «Aquí. no, todavía no», dice, y yo le sigo llorando. Ahora, ya no me esfuerzo en llevar la falda levantada, y el borde de mi hermoso vestido arrastra por el suelo. Ya no estamos en el bosque, sino en un jardín cerrado, con un muro de piedra alrededor, y los árboles son árboles diferentes. No los conozco. Hay unos peldaños ascendentes. La oscuridad es tal que impide ver el muro y los peldaños, pero yo sé que uno y otros están aquí, y pienso: «Será cuando haya subido esos peldaños, cuando estemos en lo alto». Tropiezo con la falda de mi vestido, y no puedo levantarme. Toco un árbol y me abrazo a él. «Aquí, aquí». Pienso que no avanzaré más. El árbol se balancea y se estremece como si quisiera desprenderse de mí. Pero yo sigo agarrada a él, y pasan los segundos, y cada segundo parece mil años. «Aquí, aquí», dice una voz extraña, y el árbol deja de balancearse y de estremecerse.

Ahora, la hermana Marie Augustine me saca del dormitorio y me pregunta si me encuentro mal, añadiendo que no debo perturbar el sueño de las otras chicas, y, pese a que todavía tiemblo, me pregunto si la hermana Marie Augustine me llevará detrás de las misteriosas cortinas, al lugar en que ella duerme. Pero no. Me dice que me siente en una silla, desaparece y, al cabo de un rato, regresa con una taza de chocolate caliente.

—He soñado que estaba en el Infierno —le digo.

—Es un mal sueño. Apártalo de tu mente, nunca más vuelvas a pensar en esto.

Y me frotó las manos, para calentarlas.

La hermana Marie Augustine tiene el aspecto habitual, sereno y atildado, y siento deseos de preguntarle si se levanta antes del alba, o si todavía no se ha acostado.

—Bébetelo chocolate.

Mientras bebo, recuerdo que, después del funeral de mi madre, muy a primera hora de la mañana, casi tan temprano como ahora, fuimos a casa para tomar chocolate caliente y pasteles. Murió el año pasado, nadie me dijo cómo, y no hice preguntas. Con ella estaban el señor Mason y Christophine, y nadie más. Christophine lloró amargamente, pero yo no pude. Recé, pero las palabras cayeron al suelo, sin significado.

Ahora, el recuerdo de mi madre se mezcla con mi sueño. La vi, con su remendado vestido de montar, cabalgando en un caballo prestado, intentando saludar, allí, al

término de la senda empedrada de Coulibri, y las lágrimas volvieron a acudir a mis ojos.

—¿Por qué ocurren estas cosas tan terribles? —pregunté—. ¿Por qué?

La hermana Marie Augustine dijo:

—No debes ocuparte de este misterio. No sabemos por qué el diablo ha de tener sus pequeños triunfos. Todavía no podemos saberlo.

La hermana Marie Augustine nunca sonreía tan abiertamente como las otras monjas y, ahora, no sonreía en absoluto. Tenía triste la cara.

Como si hablara para sí, dijo:

—Vuelve a la cama, sin hacer ruido. Piensa en cosas que te calmen y procura dormir. Pronto daré la señal. Pronto será mañana por la mañana.

Segunda parte

Por fin, todo había terminado, los avances y los retrocesos, las dudas y las vacilaciones. Todo había terminado, para bien o para mal. Allí estábamos, cobijándonos de la densa lluvia bajo un gran mango, yo, mi esposa Antoinette, y una pequeña criada mestiza, llamada Amélie. Bajo la copa de un árbol cercano, vi nuestro equipaje, cubierto con tela de saco, los dos mozos, y un muchacho que llevaba de la brida los caballos frescos que había alquilado para que nos llevaran a la casa de la luna de miel, que nos esperaba a dos mil pies de altura.

La muchacha, Amélie, ha dicho esta mañana:

—Espero que sea usted muy feliz, señor, en la casa de su dulce luna de miel.

Me he dado cuenta de que se reía de mí. Es una muchachita hermosa, sin duda, aunque astuta, despechada, quizá malévola, como tantas otras realidades son, en este lugar.

Nerviosa, Antoinette dijo:

—Es sólo un chaparrón. Pronto terminará.

Miré las tristes y curvas palmeras, las barcas de pesca varadas en la playa, la irregular hilera de cabañas encaladas, y pregunté el nombre del pueblo.

—Massacre.

—¿Y a quién mataron aquí? ¿Esclavos?

Parecióme que estas palabras la escandalizaran.

—¡No, no! ¡No fueron esclavos! No sé qué ocurrió, hace mucho tiempo. Nadie se acuerda.

Llovía con más intensidad, las grandes gotas sonaban como el pedrisco contra las hojas del árbol, y el mar avanzaba y retrocedía perezosamente.

De modo que esto es Massacre. No es el fin del mundo, sino, tan sólo, la última etapa de nuestro interminable viaje iniciado en Jamaica, en donde comenzó nuestra dulce luna de miel. Y esto tendrá un aspecto muy diferente, bajo la luz del sol.

Se dispuso que saliéramos de Spanish Town inmediatamente después de la ceremonia, y que pasáramos unas semanas en una de las islas Windward, en una pequeña finca que había pertenecido a la madre de Antoinette. Accedí a ello. Tal como había accedido a todo.

Las ventanas de las cabañas estaban cerradas, y las puertas abiertas mostraban los interiores oscuros y en silencio. Entonces, tres muchachos de corta edad vinieron a mirarnos. El más pequeño de ellos nada llevaba sobre su cuerpo, salvo una medalla religiosa colgada del cuello, y las alas de un gran sombrero de pescador, en la cabeza. Cuando le sonreí, se echó a llorar. Una mujer le llamó desde una de las cabañas, y el chico se alejó corriendo, sin dejar de berrear.

Los otros dos le siguieron despacio, no sin volver la vista atrás, varias veces.

Como si esto hubiera sido un aviso, apareció una segunda mujer en la puerta y, después, una tercera. Antoinette dijo:

—Es Caro. Estoy segura de que es Caro.

Agitó la mano y gritó:

—Caroline.

Y la mujer contestó, agitando, asimismo, la mano. Se trataba de un extraño y viejo ser, ataviado con un colorido vestido floreado, tocado con pañuelo a rayas, y luciendo pendientes de oro.

—Antoinette —dije—, vas a quedar calada.

—No, ya está dejando de llover.

Subiose la falda de su vestido de amazona, y cruzó corriendo la calle. La contemplé con sentido analítico. Se tocaba con un sombrero de tres picos que le sentaba bien. Por lo menos, le sombreaba los ojos, que son excesivamente grandes, y llegan a desconcertar. Tengo la impresión de que nunca parpadee. Quizá sea criolla de puro linaje inglés, pero sus ojos no son ingleses, ni tampoco europeos. ¿Y cuándo comencé a darme cuenta de que mi esposa, Antoinette, era así? Después de salir de Spanish Town, supongo. ¿O acaso reparé en ello antes y me negué a reconocer lo que veía? La verdad es que poco tiempo tuve para observarla. Me casé un mes después de llegar a Jamaica y, durante casi tres semanas de este período, estuve en cama con fiebre.

Las dos mujeres se encontraban en pie bajo el dintel de la cabaña, gesticulaban, y no hablaban en inglés sino en el corrupto patois francés que emplean las gentes de esta isla. La lluvia comenzó a resbalarme por el cogote, aumentando con ello mi sensación de incomodidad y de melancolía.

Pensé en la carta que hubiera debido mandar a Inglaterra, hace una semana. Querido padre...

—Caroline dice que si quieres guarecerte en su casa.

Era Antoinette. Había hablado en tono dubitativo, cual si esperase que declinara la oferta, por lo que me fue fácil declinarla. Antoinette dijo:

—Pero es que te estás mojando.

—No me molesta.

Sonreí a Caroline y sacudí negativamente la cabeza. Mi esposa dijo:

—Caroline se sentirá defraudada.

Tras decir estas palabras, mi esposa volvió a cruzar corriendo la calle, y penetró en la tenebrosa cabaña. Amélie, quien había estado sentada de espaldas a nosotros, se volvió. Había en su gesto una expresión de tan complacida malicia, tan inteligente y, sobre todo, tan íntima, que sentí vergüenza y aparté la vista.

Pensé, «En fin, he tenido fiebres y todavía no me he recuperado totalmente».

Ahora, ya no llovía tanto, por lo que fui a hablar con los mozos. El primero de ellos no era nativo de la isla.

—Es un sitio salvaje —dijo—. No es civilizado. ¿Por qué venir usted?

Se llamaba Young Bull, Joven Toro, según me dijo, y contaba veintisiete años de edad. Tenía el cuerpo magnífico, y el rostro atontado y vanidoso. El nombre del otro era Emile, y, sí, había nacido en el pueblo, y vivía en él. Young Bull me dijo:

—Pregúntele la edad que tiene.

En tono interrogativo, Emile dijo:

—¿Catorce? Sí, tengo catorce años, mi amo.

—Imposible —repliqué.

Tenía hebras grises en su rala barba.

—Bueno, pues quizá cincuenta y seis —dijo.

Parecía ansioso de complacerme. Young Bull se rió estentóreamente:

—No sabe la edad que tiene, no piensa en los años. Ya le he dicho, señor, que esta gente no ser civilizada.

Emile murmuró:

—Mi madre lo sabía, pero estar muerta.

Luego, se sacó un harapo azul que retorció formando con él una almohadilla, y se lo puso en lo alto de la cabeza. Casi todas las mujeres estaban en la puerta de las cabañas, mirándonos, aunque sin sonreír. Sombría gente de un lugar sombrío. Algunos hombres se dirigían a sus barcas. Cuando Emile gritó, dos de ellos se le acercaron. Emile cantó con voz profunda. Ellos le contestaron, y alzaron del suelo el pesado cesto de mimbre, colocándolo, luego de un balanceo sobre la cabeza de Emile, con la almohadilla, cantando. Probó Emile el equilibrio del cesto con una mano, y echó a andar, descalzo, sobre los agudos guijarros, siendo, con mucho, el más alegre participante en aquella fiesta de bodas. Cuando a Young Bull le pusieron un cesto en la cabeza, me miró al soslayo, muy orgulloso, y se puso a cantar, en inglés.

El muchacho acercó los caballos a una gran piedra, y vi que Antoinette salía de la cabaña. El sol lucía ardiente, y, a nuestras espaldas, la tierra cubierta de verde desprendía vapor. Amélie se quitó los zapatos, los ató el uno al otro con los cordones, y se los colgó del pescuezo. Se puso en equilibrio el pequeño cesto sobre la cabeza, y echó a andar con tanto desparpajo como los mozos. Montamos, doblamos una esquina, y perdimos de vista el pueblo. Cantó un gallo, y recordé la noche anterior, que pasamos en la ciudad. Antoinette durmió en un dormitorio, sola. Estaba agotada. Y yo, yacente y despierto, escuché el canto de los gallos durante toda la noche, me levanté muy temprano, y vi a las mujeres que, con bandejas cubiertas de blancos lienzo en la cabeza, iban a la cocina. La mujer que vendía pequeñas hogazas calientes, la que vendía pasteles, la que vendía golosinas. En la calle, otra gritaba *Bon*

sirop, Bon sirop, y me sentí en paz.

La senda ascendía. A un lado, un muro de verdor, y al otro lado un cortado con la hondonada al fondo. Ascendimos, y contemplamos las colinas, las montañas y el mar azul verdoso. Soplaban un suave viento cálido, pero comprendía por qué uno de los mozos había dicho que aquel era un lugar salvaje. No sólo salvaje, sino amenazador. Las colinas se cernían sobre uno. Lo único que pude decir fue:

—¡Qué verde tan intenso!

Y, acordándome de Emile, de sus gritos a los pescadores y del sonido de su voz, pregunté dónde estaba.

—Van por atajos. Llegarán a Granbois mucho antes que nosotros.

Mientras, fatigado, cabalgaba detrás de mi esposa, pené que todo era excesivo. Demasiado azul, demasiado púrpura demasiado verde. Y esa mujer es una desconocida. Su expresión de súplica me irrita. No la he comprado, sino que ella es quien me ha comprado a mi, o eso cree. Bajé a vista a la áspera crin del caballo... Querido padre. Me han pagado las treinta mil libras, sin formular preguntas ni imponer condiciones. No se ha asignado renta o capital alguno a mi esposa (hay que enmendar esta situación). Ahora, tengo un modesto patrimonio. Nunca seré una vergüenza para ti o para mi querido hermano, el hijo a quien tú amas. No habrá cartas mendicantes, ni peticiones mezquinas. No habrá esas furtivas y sórdidas maniobras propias de los hijos menores. He vendido mi alma, o tú la has vendido, y, a fin de cuentas, ¿ha sido un mal trato? Se dice que la chica es hermosa. Es hermosa. Pero...

Entretanto, los caballos seguían adelante, por un deplorable camino. Comenzaba a refrescar. Un pájaro dio, silbando, una nota muy triste.

—¿Qué pájaro es éste?

Pero Antoinette me había sacado mucha ventaja, y no me oyó. El pájaro volvió a silbar. Un pájaro de montaña. Estridente y dulce. Un sonido de gran desolación.

Antoinette se detuvo y gritó:

—Ahora, ponte la chaqueta.

Así lo hice, y me di cuenta de que no sentía en el cuerpo agradable frescor, sino que tenía frío, bajo la camisa empapada en sudor.

Seguimos adelante, en silencio, iluminados por los rayos tangenciales del sol, con el muro de árboles a un lado, y el cortado en el otro. Ahora, el mar era serenamente azul, profundo y oscuro.

Llegamos al río. Antoinette dijo:

—Es el límite de Granbois.

Y me sonrió. Era la primera vez que la veía sonreír con sencillez y naturalidad. O quizás era la primera vez que me sentía sencillo y natural en su presencia. De una peña sobresalía un caño de bambú, y el agua que de él manaba era de color azul

plateado. Antoinette desmontó ágilmente, cogió una gran hoja en forma de trébol, hizo con ella un recipiente, y bebió. Luego, cogió otra hoja, la dobló, y me la ofreció:

—Prueba. Es agua de montaña.

Con el rostro alzado y sonriente, parecía igual que una linda inglesa, y, para complacerla, bebí. Era fría, pura y dulce, y tenía un color muy hermoso, sobre el fondo verde oscuro de la hoja. Antoinette dijo:

—Ahora, descenderemos, luego subiremos, y, entonces, habremos llegado.

Cuando volvió a hablar, dijo:

—Aquí, la tierra es roja, ¿te has fijado?

—También lo es en algunas zonas de Inglaterra.

Burlona, exclamó:

—¡Oh, Inglaterra, Inglaterra!

Y su voz siguió sonando y sonando, como un aviso que no quise escuchar.

Pronto el camino estuvo empedrado, y nos detuvimos al pie de unos peldaños de piedra. A la izquierda había un gran pino, y, a la derecha, se alzaba lo que parecía imitación de una glorieta inglesa, con cuatro postes de madera y techumbre de bardas. Desmontó y, corriendo, subió los peldaños. En lo alto había una zona de césped áspero y mal cortado, y, al término de esta zona, una destartada casa blanca.

—Estás en Granbois.

Miré las montañas de color de púrpura contra el cielo muy azul.

Construida sobre una estructura de maderas, la casa parecía querer hurtarse al bosque, detrás, para asomarse con ansia al distante mar. Antes que fea era torpona y algo triste, como si supiera que no podía durar mucho tiempo. En pie ante los peldaños de la terraza había un grupo de negros. Antoinette cruzó corriendo el césped, y yo la imité, chocando con un niño que venía en dirección contraria. El niño desorbitó los ojos, alarmado, y siguió su carrera hacia los caballos, sin una palabra de disculpa. Una voz de hombre dijo:

—Inclinaos, inclinaos, a ver si os portáis bien.

Eran cuatro. Tres de ellos estaban juntos. Se trataba de una mujer, una chica y un hombre alto, de digno aspecto. Antoinette abrazaba a otra mujer.

—Este que por poco te tira al suelo —dijo— se llama Bertrand. Estas son Rosa y Hilda. Y este es Baptiste.

Los criados sonrieron tímidamente, cuando Antoinette los nombró.

—Y esta es Christophine, que fue mi *da*, mi niñera, hace muchos años.

Baptiste dijo que aquel era un día feliz para todos ellos, y que con nosotros había venido el buen tiempo. Hablaba bien el inglés, pero, cuando se encontraba a mitad de su parlamento de bienvenida, Hilda comenzó a soltar risitas ahogadas. Era una chica joven, de unos doce o catorce años, con un vestido sin mangas, blanco, que sólo la cubría hasta las rodillas. El vestido era inmaculado, pero el cabello al descubierto,

aun cuando suavizado con aceite, y liado en muchas trenzas menudas, le daba aspecto de salvaje. Baptiste le dirigió una severa mirada, y la muchacha rió con más fuerza, hasta que se cubrió la boca con la mano, y, subiendo los peldaños, entró en la casa. A mis oídos llegó el sonido de sus pies desnudos, corriendo por la terraza.

La mujer vieja, dijo a Antoinette:

—*Doudou, ché cocotte.*

Le dirigí una penetrante mirada, pero me pareció insignificante. Era más negra que la mayoría de las mujeres que yo había visto hasta el momento, y sus ropas, incluso el pañuelo de la cabeza, tenían colores más discretos. Me miró con fijeza, aunque, a mi parecer, sin simpatía. Estuvimos mirándonos durante casi un minuto. Yo fui el primero en apartar la vista, ella sonrió para sí, dio un leve empujón a Antoinette, y desapareció en las sombras, hacia la parte trasera de la casa. Los otros criados habían desaparecido.

En pie en la terraza aspiré la dulzura del aire. A clavo olía, y a canela, rosas y azahar. Había en el aire una embriagadora pureza, como si los olores no hubieran sido jamás inhalados. Antoinette dijo:

—Vamos, que te enseñaré la casa.

La acompañé remiso por cuanto el resto de la casa me pareció abandonado y solitario. Me llevó a una amplia estancia, con las paredes sin pintar. Había un pequeño y triste sofá, una mesa de caoba en medio, varias sillas de recto respaldo, y una vieja cómoda de roble, con pies de bronce en forma de garras de león.

Teniéndome la mano cogida, se acercó al aparador, en donde nos habían dejado dos copas de tisana de ron. Me entregó una y dijo:

—Por la felicidad.

—Por la felicidad —repuse.

La estancia contigua era más amplia y aún menos amueblada. Tenía dos puertas, una que se abría a la terraza, y la otra daba menguado paso a una habitación pequeña. Había allí una gran cama, una mesa redonda junto a ella, dos sillas, y un sorprendente tocador de mármol y un gran espejo. Sobre la cama reposaban dos coronas de franchipán.

—¿Es que tengo que tocarme con una de esas coronas? —pregunté—. ¿Cuándo?

Me coroné con una de las dos coronas y, ante el espejo, hice una mueca:

—No creo que favorezca mis nobles facciones, ¿verdad?

—Pareces un rey, un emperador.

—Dios no lo quiera.

Y me quité la corona. Cayó al suelo. Y, cuando me acerqué a la ventana, la pisé. El aire de la habitación se llenó de olor a flores aplastadas. En el espejo, vi reflejada la imagen de Antoinette abanicándose con un pequeño abanico de hojas de palmera, pintadas de azul y de rojo, en sus bordes. Sentí sudor en la frente y me senté. Se

arrodilló a mi lado, y me enjugó la cara con su pañuelo.

—¿Te gusta la casa? —preguntó—. Es mi casa, y todo está de nuestra parte. Durante una temporada, dormí con un bastón al lado, para defenderme si me atacaban. Ya ves el miedo que tenía.

—¿Miedo de qué?

Sacudió la cabeza:

—De nada, de todo.

Alguien causó ruido, y Antoinette dijo:

—Es Christophine.

—¿La vieja que fue tu niñera? ¿Le tienes miedo?

—¿Miedo? No, ¿por qué iba a tenerle miedo?

—Si fuera más alta, una de esas mujeres fornidas y solemnemente vestidas, creo que le tendría miedo.

Se echó a reír.

—Esta puerta lleva a tu vestidor —dijo.

Entré, y la cerré cuidadosamente a mi espalda.

Después de ver la vaciedad de la casa, aquella estancia parecía atestada. Había una alfombra, la primera que veía, y un armario ropero de una bella madera que no conocía. Y bajo la ventana abierta, vi una pequeña mesa escritorio, con papel, plumas y tinta. Pensé, «un refugio», y, en estos momentos, alguien dijo:

—Este era el cuarto del señor Mason, señor, pero no venía a menudo porque no le gustaba.

Baptiste, en la puerta que daba a la terraza, llevaba una manta al brazo.

—Pues me parece muy cómodo —dije.

Baptiste dejó la manta sobre la cama, y comentó:

—Por la noche, a veces hace frío.

Y se fue. Pero la sensación de seguridad me había abandonado. Miré alrededor con suspicacia. La puerta que conducía al dormitorio de Antoinette podía cerrarse con llave, y la otra puerta podía atrancarse, mediante la gruesa barra de madera que la cruzaba. Esta era la última estancia de la casa. De la terraza partían unos peldaños de madera que descendían hasta otra zona de áspero césped, y un naranjo sevillano crecía junto a los peldaños. Regresé al vestidor y miré por la ventana. Vi una carretera de arcilla, a trechos embarrada, con altos árboles a lo largo de uno de sus lindes. Al otro lado de la carretera, había varias dependencias medio ocultas. Una de ellas era la cocina. No tenía chimenea, y el humo salía por la ventana. Me senté en la estrecha y blanda cama y agucé el oído. Imperaba un silencio únicamente roto por el río. Parecía que estuviera solo en la casa. Había una burda estantería para libros, formada por tres estantes unidos, sobre la mesa escritorio, y miré los títulos de los libros. Vi los poemas de Byron, unas cuantas novelas de sir Walter Scott, las *Confesiones de un*

fumador de opio, unos cuantos sobados volúmenes pardos, y, en la última estantería, *Vida y correspondencia de...* El resto del título estaba como carcomido.

Querido padre: Hemos llegado, procedentes de Jamaica, después de unos cuantos días, pocos, de incomodidades. Esta pequeña finca en las islas Windward forma parte del patrimonio familiar, y Antoinette le tiene mucho cariño. Expresó deseos de venir aquí cuanto antes. Todo va bien y todo se ha desarrollado de acuerdo con tus proyectos y deseos. Desde luego, tuve conversaciones con Richard Mason. Su padre murió poco después de que yo partiera hacia las Antillas, como probablemente sabes. Es una excelente persona, hospitalario y de agradable trato. Me tomó en seguida afecto, y confió totalmente en mí. Este lugar es muy hermoso, pero mi enfermedad me ha dejado exhausto, y no puedo apreciar debidamente la belleza de estos contornos. Te volveré a escribir dentro de pocos días.

Leí carta y añadí una posdata:

Me parece que he dejado pasar mucho tiempo sin darte noticias de mí, ya que la simple participación de mi próximo matrimonio difícilmente puede calificarse de noticia. Las fiebres me tuvieron postrado durante dos semanas, cuando llegué a Spanish Town. Nada grave, aunque muy molesto. Me alojé en casa de los Fraser, amigos de los Mason. El señor Fraser es inglés, magistrado jubilado, e insistió en relatarme detalladamente algunos de los casos en que intervino. Tenía yo dificultades en pensar o en escribir con coherencia. En este fresco y remoto lugar, llamado Granbois (Gran Bosque, imagino), me encuentro mejor, y mi próxima misiva será más larga y explícita.

Un fresco y remoto lugar... Me pregunté dónde se echan aquí las cartas. Doblé la mía y la puse en un cajón del escritorio.

En cuanto hace referencia a mis confusas impresiones, debo decir que nunca las haré constar por escrito. Hay en mi mente lagunas que no pueden colmarse.

Era todo muy vivamente colorido y muy extraño, pero nada significaba para mí. Y lo mismo debo decir de la muchacha con la que iba a contraer matrimonio. Cuando por fin la conocí, me incliné, sonreí, le besé la mano, y bailé con ella. Interpreté el papel que de mí se esperaba. La muchacha en nada intervino. Todos mis actos fueron resultado de esfuerzos de la voluntad, y a veces me preguntaba cómo era posible que nadie se percatara de ello. Escuchaba mi propia voz, y me maravillaba al oírla, tan calma, tan correcta, aunque, sin duda átona. Pero seguramente fue una interpretación

impecable. Si algún gesto de duda o curiosidad vi, en un rostro negro, que no blanco, se hallaba.

Poco recuerdo de la ceremonia propiamente dicha. Placas de mármol en las paredes rememoraban las virtudes de la última generación de plantadores. Todos ellos benévolos. Todos ellos propietarios de esclavos. Todos descansando en paz. Cuando salimos de la iglesia, tomé la mano de mi esposa. Al ardiente sol, estaba fría como el hielo.

Luego, me encontré sentado a una larga mesa, en una estancia atestada. Abanicos de hoja de palmera, una multitud de criados, entre los que las mujeres llevaban la cabeza cubierta con pañuelos a rayas rojas y amarillas, y los hombres tenían oscura la tez. El fuerte sabor de la tisana, y el más limpio sabor del champaña. Mi esposa iba de blanco, pero apenas recuerdo su aspecto. Después, en otra estancia, mujeres vestidas de negro. La prima Julia, la prima Ada, la tía Lina. Tanto si eran gordas como delgadas, parecíanme todas iguales. Pendientes de oro en orejas perforadas. Pulseras de plata tintineando en las muñecas. Dije a una de ellas:

—Esta noche nos vamos de Jamaica.

Tras de una pausa, repuso:

—Desde luego, a Antoinette no le gusta Spanish Town. Tampoco le gustaba a su madre.

Lo dijo mirándome con fijeza. (¿Se les empequeñecen los ojos, cuando envejecen? ¿Se tornan más pequeños, más duros, más inquisitivos?) Luego, me pareció ver esta misma expresión en todos los ojos. ¿Curiosidad? ¿Lástima? ¿Ridículo? Pero ¿a santo de qué tenían que compadecerse de mí? ¿Acaso no me había casado muy ventajosamente?

En la mañana de la víspera de la boda, Richard Mason entró bruscamente en mi habitación, en casa de los Fraser, en el momento en que apuraba mi primera taza de café.

—¡Dice que se niega!

—¿Que se niega a qué?

—A casarse contigo.

—Pero ¿por qué?

—No ha dicho el porqué.

—Alguna razón ha de tener.

—No da razones. He discutido con la pequeña insensata durante una hora.

Nos miramos en silencio.

—Todo está dispuesto —dijo—, los regalos, las invitaciones... ¿Qué voy a decirle a tu padre?

—Si no quiere es que no quiere, y basta —repuse—. No vamos a llevarla a rastras hasta el altar. Deja que me vista. Debo hablar con ella.

Se fue obedientemente, y, mientras me vestía, pensé que estaba en peligro de quedar en ridículo. No me gustaba la idea de volver a Inglaterra en calidad de pretendiente rechazado por esa muchacha criolla. Ciertamente, tenía que saber sus razones.

Estaba sentada en una mecedora, inclinada la cabeza. Llevaba el cabello liado en dos largas trenzas que le caían sobre los hombros. Acercándome a ella, le hablé con dulzura:

—¿Qué pasa, Antoinette? ¿Qué he hecho?

Nada dijo.

—¿No quieres casarte conmigo?

Contestó en voz muy baja:

—No.

—Pero ¿por qué?

—Tengo miedo de lo que puede ocurrir.

—¿No recuerdas que anoche te dije que, tan pronto fueras mi esposa, ya no tendrías nada que temer?

—Sí, y, entonces, entró Richard, y tú te reíste. Y no me gustó tu risa.

—Pero es que me reía de mí, Antoinette.

Me miró, la tomé en brazos y la besé.

—Nada sabes de mí —dijo.

—Confiaré en ti y tú confiarás en mí. ¿Trato hecho? Seré un hombre muy desdichado si me despides sin decirme qué he hecho para enojarte. Me iré con la tristeza en el corazón.

—Tristeza en tu corazón.

Y, después de estas palabras, me tocó la cara. La besé ardientemente, y le prometí paz, felicidad y amparo. Luego, le pregunté:

—¿Puedo decirle al pobre Richard que no ha sido más que un equívoco? También él está triste.

Pero no contestó. Sólo afirmó con la cabeza.

Mientras pensaba en todo lo anterior, en el enojado rostro de Richard, en la voz de Antoinette diciendo: «¿Es que no podéis dejarme en paz?», seguramente me dormí.

Me despertó el sonido de voces en la estancia contigua, de risas y de agua al ser vertida. Escuché, todavía adormilado. Antoinette dijo:

—No me perfumes más el cabello. No le gusta.

Y otra voz:

—¿Que al hombre no le gusta el perfume? Nunca lo había oído decir.

Ya casi había anochecido.

El comedor estaba brillantemente iluminado. Velas en la mesa, una hilera en el aparador, y candelabros de tres brazos en la vieja cómoda de marino. Las dos puertas que daban a la terraza estaban abiertas, y no soplaban viento. Las llamas ardían erguidas. Estaba, Antoinette, sentada en el sofá, y me pregunté cómo pudo ser que, hasta el momento, no me hubiera dado cuenta de lo hermosa que era. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, dejando así despejada la cara, y le caía suavemente hasta mucho más allá de la cintura. Reflejadas en él veía las luces doradas y rojas. Pareció complacida cuando elogí su vestido, y me dijo que había sido confeccionado en St. Pierre, Martinica.

—A esta moda la llaman *à la Joséphine* —dijo.

—Hablas de St. Pierre como si fuera París.

—Es el París de las Antillas.

Sobre la mesa yacían rojas flores, y su nombre despertó placenteros ecos en mi mente. Coralita Coralita. La comida, aun cuando excesivamente sazonada, era más ligera y más apetitosa que cuantos manjares probé en Jamaica. Bebimos champaña. Gran número de mariposas nocturnas y moscardones penetró en la estancia. Volaron hasta las llamas de las velas, y cayeron muertos en los manteles. Amélie los quitó de allí, con el cepillo de barrer las migas. Fue inútil. Llegaron más.

Antoinette me dijo:

—¿Es verdad que Inglaterra es como un sueño? Una de mis amigas se casó con un inglés, y me escribió diciéndome que Inglaterra era como un sueño. Me dijo que esa ciudad, Londres, a veces es como un sueño frío y oscuro. Me gusta estar despierta.

Irritado, repuse:

—Pues esta es, precisamente, la impresión que me causan tus hermosas islas. Me parecen irreales y como un sueño.

—¿Cómo pueden ser irreales los ríos, las montañas y el mar?

—¿Y cómo pueden ser irreales millones de personas, con sus casas y sus calles?

—Es más fácil, mucho más fácil. Sí, una gran ciudad ha de ser como un sueño.

Pensé, «No, esto es irreal y como un sueño».

En la alargada terraza había sillas de lona, dos hamacas y una mesa de madera con un telescopio de trípode encima. Amélie sacó velas con pantalla de cristal, pero la noche absorbió las débiles luces. Flotaba en el aire un fuerte olor de flores —las flores junto al río, que se abrían de noche, me dijo Antoinette—, y los sonidos, que se oían amortiguados en la estancia interior, eran ensordecedores. Antoinette me explicó:

—Son los crac—cracs, que hacen un ruido igual que su nombre, y los grillos y las ranas.

Me apoyé en la baranda y vi centenares de luciérnagas. Antoinette dijo:

—Sí, en Jamaica las llaman luciérnagas, pero aquí a una luciérnaga la llamamos *La belle*.

Un corpulento moscardón, tanto que lo tomé por un pájaro, fue a parar a la llama de una de las velas, la apagó, y cayó al suelo.

—Es un buen mozo, ése —dije.

—¿Se ha quemado mucho?

—Parece que sólo está atontado.

Puse al buen mozo en mi pañuelo, y lo dejé en la baranda. Durante unos instantes, se estuvo quieto, y a la débil luz de las velas vi el suave e irisado color de sus alas con intrincados dibujos. Sacudí con suavidad el pañuelo, y el moscardón emprendió el vuelo.

—Esperemos que nada malo le ocurra al alegre caballero —deseé.

—Si no apagamos las velas, volverá. Bastará con la luz de las estrellas.

Y, realmente, tan clara era la luz de las estrellas que sobre el suelo se extendieron las sombras de las columnas de la terraza y de los árboles más allá. Antoinette dijo:

—Demos un paseo y te contaré una historia.

Por la terraza nos acercamos a los peldaños que conducían al césped.

—Solíamos venir aquí, para huir del calor, en junio, julio y agosto. Vine tres veces con la tía Cora, que ahora esta enferma. Fue después...

Se detuvo y se llevó la mano a la cabeza.

—Si es una historia triste —le dije—, no me la cuentes esta noche.

—No es triste. Pero, a veces, ocurren cosas que quedan para siempre, aunque se olvide por qué ocurrieron y cuándo ocurrieron. Fue en este dormitorio pequeño.

Miré hacia el lugar que indicaba, pero sólo pude ver la silueta de una estrecha cama y de una o dos sillas.

—Recuerdo que aquella noche hacía mucho calor. La ventana estaba cerrada y dije a Christophine que la abriera porque, por la noche, sopla la brisa de las colinas. La brisa de la tierra. No la brisa del mar. Tanto calor hacía que la camisa se me pegaba al cuerpo, pero, a pesar de todo, me dormí. Y, de repente, me desperté. Vi dos enormes ratas, grandes como gatos, en el alféizar, mirándome.

—No me sorprende que te asustaras.

—Es que no me asusté. Esto fue lo raro. Las miré y no se movieron. Me veía a mí misma en el espejo al otro lado del cuarto, con mi camisón blanco, con encaje alrededor del cuello, mirando fijamente a las ratas, mientras las ratas, muy quietas, me miraban.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Me di la vuelta, me tapé con la sábana y me dormí al momento.

—¿Y así acaba la historia?

—No. Me volví a despertar muy de repente, igual que la primera vez, y las ratas ya no estaban, pero sentía mucho miedo. Salté de la cama, y salí corriendo a la terraza. Me tumbé en esta hamaca. En esta.

Indicó una hamaca lisa, con una cuerda en cada uno de sus cuatro ángulos.

—Aquella noche había luna llena, y estuve mirándola largo rato. No había nubes que cruzaran sobre la luna, por lo que parecía estar quieta, y su luz me bañaba. A la mañana siguiente, Christophine se enfadó conmigo. Dijo que era muy malo dormir a la luz de la luna llena.

—¿Y le contaste lo de las ratas?

—No, es la primera vez, que lo cuento. Pero nunca las he olvidado.

Quería decirle algo que la tranquilizara, pero el aroma de las flores del río era avasallador. Me sentía mareado. Antoinette dijo:

—¿También crees que dormí demasiado tiempo a la luz de la luna?

En sus labios había una fija sonrisa, pero la expresión de sus ojos era remota y desolada, por lo que la abracé, la mecí en mis brazos como si fuera una niña, y le canté una vieja canción que creía haber olvidado:

*Salve reina de la noche silenciosa,
Resplandece, petirrojo, mientras mueres.*

Escuchó, y, luego, cantó conmigo:

Resplandece, petirrojo, mientras mueres.

Nadie había en la casa, y sólo ardían dos velas en la estancia antes tan brillantemente iluminada. El dormitorio de Antoinette estaba en penumbra, con una vela con pantalla junto a la cama, y otra en el tocador. Había una botella de vino sobre la mesa circular. Era ya muy tarde cuando llené las dos copas, y le propuse brindar por nuestra felicidad, nuestro amor, y el día sin fin que mañana sería. Era joven, entonces. Corta juventud fue la mía.

Al día siguiente, desperté con la luz verde amarillenta, y sintiéndome inquieto, como si alguien me estuviera contemplando. Seguramente Antoinette llevaba ya algún tiempo despierta. Se había trenzado el cabello, y lucía una camisa blanca, nueva. Me volví para abrazarla y con la intención de deshacerle las cuidadosamente liadas trenzas, pero, mientras lo intentaba, sonó un discreto golpe en la puerta. Antoinette dijo:

—Ya le he dicho dos veces a Christophine que nos deje tranquilos. Aquí, solemos levantarnos muy temprano. La mañana es la mejor parte del día.

Pero, en esta ocasión, Antoinette dijo:

—Adelante.

Y entró Christophine con la bandeja del café. Iba solemnemente vestida y, por su aspecto, imponía. La falda de su vestido floreado arrastraba por el suelo, produciendo un murmullo, cuando Christophine caminaba, y se había liado de forma muy complicada el turbante de seda amarilla. Largos y pesados pendientes de oro le tensaban los lóbulos de las orejas. Sonriente, nos deseó buenos días, y dejó en la mesa circular la bandeja con el café, los pastelillos de casabe, y la mermelada de guayabo. Salté de la cama y fui al vestidor. Alguien había dejado mi bata sobre la estrecha cama. Miré por la ventana. El cielo sin nubes era de un azul más pálido de lo que había supuesto, pero, mientras lo miraba, tuve la impresión de que su color cambiara, tornándose de un azul más profundo. Sabía que al mediodía sería dorado, y, luego, con el calor, como el bronce. Ahora la temperatura era fresca y el propio aire era azul. Por fin, me alejé de la luz y del espacio abierto, y volví al dormitorio, que aún se hallaba en penumbra. Antoinette estaba recostada en las almohadas, con los ojos cerrados. Cuando entré, los abrió y me sonrió. La negra inclinada sobre ella fue quien dijo:

—Pruebe mi sangre de toro, mi amo.

El café que me dio era delicioso, y la negra tenía manos de largos dedos, delgadas y hermosas, a mi parecer. La negra dijo:

—No es ese meado de caballo que toman las señoras inglesas. Las conozco bien, a esas. Beben, beben su amarillo meado de caballo, y hablan, hablan, siempre mintiendo.

Anduvo hacia la puerta, arrastrando la cola del vestido por el suelo, que producía el consiguiente murmullo. Luego se volvió:

—He dicho a la chica que viniera a limpiar de franchipán el suelo, atrae a las cucarachas. Procure no resbalar sobre las flores, mi joven amo.

Y, como deslizándose, cruzó la puerta.

—Su café es delicioso, pero habla de una manera horrible, y bien podría levantarse un poco el vestido. Ha de ensuciarse mucho. Arrastra metros y metros.

—No levantarse el vestido es una muestra de respeto. Y tampoco se lo levantan en días festivos, o cuando van a misa.

—¿Es festivo, hoy?

—Ella desea que lo sea.

—Sea cual fuere la razón, arrastrar el vestido por el suelo no es costumbre limpia.

—Lo es. No lo comprendes. No les importa ensuciarse el vestido porque ello demuestra que no es el único vestido que tienen. ¿No te gusta Christophine?

—No dudo que sea una persona honesta. Pero no puedo decir que su manera de hablar me guste.

—Esto no tiene la menor importancia.

—Y parece muy perezosa. Camina arrastrando los pies.

—De nuevo te equivocas. Parece lenta, pero todos sus movimientos son muy precisos, por lo que, a fin de cuentas, es rápida.

Tomé otra taza de sangre de toro. (Pensé, «Sangre de toro. El Joven Toro».) Le pregunté:

—¿Cómo llegó aquí este tocador?

—No lo sé. Que yo recuerde, siempre ha estado aquí. Nos robaron muchos muebles, pero el tocador no.

En la bandeja había dos rosas rojas, cada una de ellas en una jarrita de color pardo. Una de ellas se hallaba en el más maduro momento de la floración y, cuando la toqué, se desprendieron pétalos.

—«*Rose elle a vécu*» —dije.

Y reí. Antoinette preguntó:

—¿Dicen la verdad estos versos? ¿Todas las cosas bellas tienen un triste destino?

—No, claro que no.

El pequeño abanico de Antoinette estaba en la mesa. Lo cogió riendo, volvió a tenderse en la cama y cerró los ojos.

—Me parece que esta mañana no me levantaré —dijo.

—¿Que no te levantarás? ¿En toda la mañana?

—Me levantaré cuando me dé la gana. Soy muy perezosa ¿sabes? Como Christophine. A menudo, me quedo en cama el día entero.

—La balsa en que nos bañamos está muy cerca —dijo—. Ve antes de que se caliente el agua, Baptiste te dirá dónde está. Tenemos dos balsas, a una la llamamos la balsa de champaña porque tiene un salto de agua, pequeño, desde luego, pero es muy agradable ponerse debajo y sentir el agua en los hombros. Más abajo, se encuentra la balsa del nogal, que es de color castaño, y está a la sombra de un nogal. Es pequeña pero se puede nadar en ella. Pero ten cuidado. Deja la ropa sobre una roca, y antes de volvértela poner sacúdela bien. Ten cuidado con las hormigas rojas, son las peores. Son muy pequeñas, pero de color rojo vivo por lo que las verás fácilmente, a poco que te fijes. Ten mucho cuidado.

Y agitó el pequeño abanico.

Una mañana, poco después de nuestra llegada, los altos árboles en fila, ante mi ventana, amanecieron con la copa abierta de pequeñas flores pálidas, tan frágiles que no resistieron el empuje de la brisa. Cayeron en un día, y, sobre el áspero césped, parecían nieve, una nieve con dulce y leve aroma. Después, el viento se las llevó.

El buen tiempo se prolongó. Duró aquella semana, la siguiente, la siguiente y la siguiente. No había indicios de que fuera a cambiar. La debilidad causada por las fiebres me abandonó, al igual que mis dudas.

Muy temprano, iba a la balsa y pasaba horas allí, remiso a alejarme del río y de la sombra de los árboles, y de las flores que se abrían por la noche. Estas flores estaban prietamente cerradas, arqueado el tallo, ocultándose del sol, bajo el denso follaje.

Era un lugar hermoso, salvaje, intacto, sobre todo intacto, con una extraña, conturbadora y secreta belleza. Y guardaba su secreto. A veces, me sorprendía pensando, «Lo que veo nada es —quiero lo *oculto*—, esto nada es».

A última hora de la tarde, cuando más caliente estaba el agua, Antoinette se bañaba conmigo. Pasaba algún tiempo arrojando guijarros contra una piedra plana, en medio de la balsa. Decía:

—Lo he visto. No ha muerto ni se ha ido a otra balsa. Sigue aquí. Los cangrejos de tierra son inofensivos. La gente dice que son inofensivos. Pero no me gustaría...

—Tampoco a mí. Seres de horrible aspecto.

Antoinette se mostraba indecisa, dubitativa, ante los hechos, todos los hechos. Cuando le pregunté si las serpientes que a veces veíamos eran peligrosas, contestó:

—Estas no. Las *fer de lance* lo son, desde luego, pero aquí no hay.

Luego, añadió:

—Pero ¿cómo pueden saberlo con seguridad? ¿Crees que lo saben con certeza quienes esto dicen?

Pero luego:

—Nuestras serpientes no son venenosas. Claro que no.

Sin embargo, no tenía duda alguna en lo referente al cangrejo monstruoso, y una tarde en que la estaba observando, incapaz de creer que me hubiera casado con aquella pálida y silenciosa criatura, contemplándola ataviada con su camisa azul, azul con lunares blancos, levantada por encima de las rodillas, dejó de reír, soltó un grito y arrojó una piedra grande. La arrojó igual que un chico, con un grácil y enérgico movimiento, y yo miré allá y vi las largas pinzas, melladas y cortantes, desapareciendo. Antoinette dijo:

—No te preocupes que no te perseguiré. Lo único que tienes que hacer es mantenerte lejos de esa piedra. Vive en la piedra. Es un cangrejo de una clase especial. No sé su nombre en inglés. Es muy grande y muy viejo.

Mientras caminábamos hacia casa, le pregunté quién le había enseñado a arrojar piedras con tanto tino. Repuso:

—Ah; bueno... Sandi, un chico al que no has llegado a conocer.

Todas las tardes veíamos la puesta del sol desde el cobertizo que Antoinette llamaba la *ajoupa*, y al que yo llamaba la glorieta. Contemplábamos el cielo y el

distante mar llameantes, todos los colores se hallaban en aquel fuego, y las grandes nubes, ígneos sus contornos, despedían llamas. Pero pronto me cansaba del espectáculo. Esperaba el momento del aroma de las flores junto al río, que se abrían al llegar las sombras de la noche, y llegaba muy de prisa a la casa. No era la noche y la oscuridad que yo conocía, sino una noche con esplendentes estrellas y una extraña luna, una noche llena de raros sonidos. Pero noche, no día. Antoinette decía:

—El dueño de la finca Consolation es un ermitaño. Nunca visita a nadie. Y casi no habla, dicen.

—Me parece ideal que nuestro vecino sea un ermitaño. Realmente perfecto.

—En esta isla hay cuatro ermitaños, ermitaños de veras. Otros fingen serlo, pero se van cuando vienen las lluvias. O se pasan el día borrachos. Bueno, cuando ocurren cosas malas.

Le pregunté:

—¿De modo que esta finca es tan solitaria como parece?

—Sí, lo es. ¿Eres feliz, aquí?

—¿Y quién no lo sería?

—Es el lugar que más me gusta del mundo. Esto es como si fuera una persona. Más que una persona.

Burlón, le dije:

—Pero no conoces el mundo entero.

—No. Sólo conozco esto. Y Jamaica, claro. Coulibri, Spanish Town. No conozco las otras islas. ¿Es que el mundo es más bonito?

¿Cómo contestar esta pregunta?

—Es diferente —respondí.

Me dijo que, durante mucho tiempo, nada supieron de lo que ocurría en Granbois.

—Cuando vino el señor Mason —siempre llamaba señor Mason a su padrastro— el bosque estaba invadiendo la finca.

El capataz bebía, la casa estaba cayéndose, los muebles habían sido robados, y, entonces, descubrieron a Baptiste. Mayordomo, era. En St. Kitts. Pero nacido en esta isla y con ganas de volver a ella. Antoinette dijo:

—Es un capataz muy bueno.

Y yo le di la razón, aunque reservándome el concepto que me merecían Baptiste, Christophine y todos los demás. «Baptiste dice... Christophine quiere...»

Confiaba en ellos, y yo no. Pero no podía decirlo. Todavía no podía.

Los veíamos poco. La cocina y la ajetreada vida de la cocina quedaba un tanto lejos. Y, en cuanto al dinero que Antoinette manejaba con tan poco cuidado, sin contarlo, sin saber cuánto daba, o sin fijarse en las caras desconocidas que aparecían y desaparecían, aunque no sin antes haber consumido una opípara comida y buena cantidad de ron, y que yo veía —hermanas, primos, tías y tíos—, si ella no formulaba

preguntas, ¿cómo iba a formularlas yo?

Barrían y limpiaban la casa muy temprano, por lo general antes de que yo despertara. Hilda servía el café, y en la bandeja siempre había dos rosas. A veces, Hilda me dirigía una dulce e infantil sonrisa, a veces soltaba agudas risitas, dejaba ruidosa y bruscamente la bandeja en la mesa, y se iba corriendo. Yo decía:

—Estúpida muchacha.

—No, no. Es timidez. Aquí, las chicas son muy tímidas.

Después del almuerzo, al mediodía, había silencio hasta la comida de la tarde, que se servía mucho más tardíamente que en Inglaterra. Estoy seguro de que todo se debía a los caprichos y manías de Christophine. Luego, nos dejaban solos. A veces, una mirada de soslayo o de astuta comprensión me molestaba, aunque la irritación me duraba poco. Pensaba, «Ahora no, todavía no».

Cuando despertaba por la noche, a menudo llovía. Eran leves y caprichosos chaparrones, y una juguetona y danzarina lluvia, o bien lluvia de sonido amortiguado, que iba arreciando, más y más persistente, más y más poderosa, en sonido inexorable. Pero siempre era música, una música que en mi vida había oído.

Entonces, contemplaba a Antoinette durante largos minutos, a la luz de la vela, y me preguntaba por qué razón parecía tan triste, dormida. Maldecía las fiebres y la cautela que me habían dejado tan ciego, tan débil, tan dubitativo. Recordaba sus intentos de huir. (*No, lo siento, pero no quiero casarme contigo.*) ¿Había Antoinette cedido en méritos de los argumentos de aquel hombre, Richard, probablemente amenazas, ya que poco confiaba yo en él, o bien a mis requerimientos, no del todo serios, y a mis promesas? El caso es que había cedido, aunque fríamente, con desgana, procurando protegerse con el silencio y la cara sin expresión. Débiles armas que de poco le sirvieron y poco tiempo utilizó. Por una parte, yo me había olvidado de la cautela, y, por otra, ella había olvidado el silencio y la frialdad.

¿La despierto y escucho lo que dice, en un murmullo, ahora, en la oscuridad? En la oscuridad, que no de día.

—Antes de conocerte, no quería vivir. Nunca quise vivir. Siempre pensé que más me valía morirme. Hay que esperar mucho tiempo para que todo termine.

—¿Y lo dijiste a alguien, alguna vez?

—No había nadie a quien decirlo, nadie que escuchara. No puedes imaginar lo que era Coulibri.

—Pero ¿y después de Coulibri?

—Después de Coulibri, ya era tarde. No cambié. Durante todo el día era igual que cualquier otra muchacha, sonreía ante el espejo (*¿Te gusta este perfume?*) e intentaba enseñarme canciones, unas canciones que me obsesionaban.

Adieu foulard, adieu madras, o Ma belle ka di maman li. Mi niña hermosa dijo a su madre (*No, no es así. Escucha. Es así*). Se encerraba en el silencio o se irritaba sin

razón alguna, y parloteaba con Christophine en patois.

Yo le decía:

—¿Por qué abrazas y besas a Christophine?

—¿Y por qué no he de hacerlo?

—Pues yo no abrazaría a esa gente. No podría.

Al oír estas palabras reía largamente, y nunca me decía por qué.

Pero, por la noche, qué diferente era, incluso su voz cambiaba. Y siempre hablaba de la muerte. (¿Intenta decirme que la muerte es el secreto de este lugar? ¿Que la muerte es lo más importante, aquí? Sabe el secreto. Lo sabe.)

—¿Por qué me has hecho desear la vida? ¿Por qué me has hecho esto?

—Porque quería que así fuera. ¿No te parece bastante?

—Sí, es bastante. Pero si llegara el día en que no lo quisieras, ¿qué haría? Supón que un día te llevaras nuestra felicidad, mientras yo estuviese distraída...

—¿Perdiendo la mía? ¿Crees que soy tan insensato?

—No estoy acostumbrada a la felicidad. Me da miedo.

—No tengas miedo jamás. Y si lo tienes, a nadie lo digas.

—Comprendo. Puedo intentarlo, pero esto nada soluciona.

—¿Y cuál es la solución?

No contestó a esta pregunta, pero una noche murmuró:

—Me gustaría morirme, ahora que soy feliz. ¿Quieres que lo hagamos? No tendrías que matarme, bastaría con que dijeras «muérete», y me moriría. ¿No me crees? Anda, Pruébalo, di «muérete» y verás como me muero.

—¡Pues muérete! ¡Muérete!

La vi morir muchas veces. Pero a mi manera, no a la suya. A la luz del sol, en la penumbra, a la luz de la luna, a la luz de las velas. En las largas tardes, cuando la casa estaba vacía. Sólo el sol nos hacía compañía, entonces. No lo dejábamos entrar. ¿Por qué? Muy pronto llegaba el momento en que Antoinette ansiaba tanto como yo el acto que se denomina amar, y, luego, quedaba más perdida y confusa que yo.

—Aquí, puedo hacer lo que quiera —decía.

Lo que ella. quisiera, no lo que yo quisiera. Y, entonces, también yo lo decía. Parecía lo adecuado, en aquel solitario lugar:

—Aquí, puedo hacer lo que quiera.

Raras eran las personas que encontrábamos, cuando salíamos de casa. Y aquellas que encontrábamos nos saludaban y seguían su camino.

Llegué a sentir simpatía hacia aquellas gentes de montaña, silenciosas, reservadas, jamás serviles, jamás curiosas (al menos, esto pensaba), aunque nunca supe que sus rápidas miradas de soslayo veían cuanto deseaban ver.

Por la noche, tenía sensación de peligro, y procuraba olvidarme de ello, alejar la sensación.

—Estás seguro —decía.

A Antoinette le gustaba esto, que le dijeran que estaba segura O, al tocar levemente su cara, tocaba lágrimas. Lágrimas: nada. Palabras: menos que nada. En cuanto a la felicidad que le daba, era peor que nada. No la amaba. Estaba sediento de ella, pero esto no es amor. Muy poca ternura sentía hacia ella, era una desconocida para mí, una desconocida que no pensaba ni sentía como yo.

Una tarde, la visión de un vestido de mi mujer, que había dejado caído en el suelo de su dormitorio, suscitó en mí un deseo salvaje que me dejó jadeante. Cuando quedé agotado, me aparté de ella y dormí, sin decirle una palabra, sin hacerle una caricia. Desperté, y me estaba besando. Leves y suaves besos.

—Es tarde —dijo.

Y sonrió. Luego, añadió:

—Deja que te tape. La brisa terral suele ser fría.

—¿Y tú, no tienes frío?

—Bueno, yo me voy a vestir en, seguida. Esta noche, me pondré el vestido que te gusta.

—Sí, pónitelo.

El suelo estaba sembrado de prendas de vestir, suyas y mías. Pasó tranquilamente sobre ellas, al dirigirse al armario ropero. Feliz, prometió:

—Creo que voy a hacerme otro vestido exactamente igual que éste. ¿Te gusta?

—Mucho.

Si niña era, no podía decirse que fuera niña estúpida sino obstinada. A menudo me hacía preguntas acerca de Inglaterra, y escuchaba atentamente mis respuestas, pero tenía yo la certeza de que nada de lo que le decía pesaba en su mente. Antoinette había llegado ya a conclusiones firmes al respecto. Bastaba una novela romántica, una observación casual jamás olvidada, un dibujo, un cuadro, una canción, un vals, unas notas musicales, para que sus ideas quedaran fijadas. Sobre Inglaterra y sobre Europa. No podía yo alterarlas y probablemente nada ni nadie podría. Cuando la realidad la desconcertaba, la pasmaba, la hería, no era realidad para ella. Se convertía en un error, una desdicha, una senda equivocada, y sus ideas fijas no cambiaban.

Nada de cuanto le decía ejerció influencia en ella. Muérete, pues. Duerme. Es cuanto puedo darte... y me pregunto si llegó a intuir lo muy cerca que estuvo de la muerte. A su manera, no a la mía. No era un juego sin riesgos, en aquel lugar. El Deseo, el Odio, la Vida y la Muerte estaban muy cerca, en la oscuridad, Más valía no saber cuán cerca estaban. Más valía no pensar, siquiera por un instante. No, no están cerca. Y siempre lo mismo. «Estás a salvo», le decía y me decía a mí mismo. «Cierra los ojos. Descansa». Escuchaba la lluvia, con su canción adormecida que parecía no fuera a terminar nunca... Lluvia, lluvia eterna, Ahógame mientras duermo. Y pronto.

La mañana siguiente, pocos rastros quedaban de estos chaparrones. Y si bien

algunas flores parecían golpeadas, otras olían más intensamente, y el aire era más azul, de burbujeante frescor. Sólo la arcilla del sendero junto a mi ventana estaba embarrada. Pequeños charcos destellaban al sol cálido, La tierra roja no se seca de prisa.

Amélie dijo:

—La han traído esta mañana, a primera hora, para usted, mi amo. Se la dieron a Hilda.

Y me entregó un voluminoso sobre, escrito con cuidadosa caligrafía, en uno de cuyos ángulos se leía, «A mano. Urgente».

Pensé: «Uno de nuestros vecinos ermitaños. Y quizás un regalo para Antoinette». Entonces, vi a Baptiste en pie, cerca de los peldaños de la terraza, me metí el sobre en el bolsillo, y me olvidé de él.

Aquella mañana me había levantado más tarde de lo habitual, y cuando me hube vestido, estuve largo rato sentado, escuchando el sonido de la cascada, con los ojos entornados, adormilado y satisfecho. Cuando metí la mano en el bolsillo para extraer el reloj, toqué el sobre. Lo abrí.

Muy señor mío: tomo la pluma después de largos pensamientos y meditaciones, pero pienso que, a fin de cuentas, la verdad es mejor que la mentira. Tengo que decirle lo siguiente. Ha sido usted vergonzosamente engañado por la familia Mason. Quizá le hayan dicho que el apellido de su esposa es Cosway, y que el caballero inglés, el señor Mason, sólo es su padrastro, pero no le han dicho qué clase de gente eran los Cosway. Malvados y detestables propietarios de esclavos durante muchas generaciones. Sí, en Jamaica, todos los odian y también en esta hermosa isla en donde espero permanezca largo tiempo, feliz y contento, a pesar de todo, porque los hay que no merecen que uno se preocupe por ellos. Y la maldad no es lo peor. También hay locura, en esta familia. El viejo Cosway murió rabiando, igual que su padre, antes que él.

Se preguntará qué pruebas tengo y por qué me meto en sus asuntos. Pues le voy a contestar. Soy hermano de su esposa, aunque mi madre no es su madre, sino que es otra señora. El padre de su esposa y padre mío era un .sinvergüenza, y de entre todos sus hijos ilegítimos yo soy el más desdichado y el más pobre.

Mi mamá se murió cuando yo era muy pequeño, y mi madrina cuidó de mí. Y el viejo soltó algún dinero, al susodicho fin, aunque no me quería. No, no, el viejo diablo no me quería nada, y, cuando se hizo viejo, me di cuenta de ello, y pensé que si esperaba llegaría el día de mi venganza. Pregunte a los viejos, señor, pregúnteles sobre las repugnantes costumbres de este viejo malvado, que

algunos todavía se acuerdan.

Cuando su Señora Esposa falleció, el réprobo se volvió a casar en seguida con una chica joven de la Martinica, que era demasiado para él. Estaba borracho perdido de la mañana a la noche, y se murió rabiando y maldiciendo.

Entonces vino la gloriosa Ley de la Emancipación, y, también, problemas grandes para los importantes y poderosos. Nadie quería trabajar por cuenta de la joven señora y sus dos hijos, y la finca de Coulibri se fue a paseo, como pasa con todas las fincas cuando nadie suda y trabaja en la tierra. La joven señora no tenía dinero y no tenía amigos, porque los ingleses y los franceses siempre han estado como perro y gato, en estas islas, desde hace mucho tiempo. Se pelean, se matan, todo.

Y la mujer llamó a Christophine, también de la Martinica, y llamó a un viejo, llamado Godfrey, tan tonto que no sabía lo que allí pasaba. A algunos les gustó, esto. Esta joven señora Cosway no vale nada y es una mujer mimada y no sabe hacer nada, y pronto la locura, que llevaba dentro, como les pasa a todos los criollos blancos, salió fuera. Se encerró, riendo y hablando sola, y hay muchos testigos de esto. Y la niña, Antoinette, tan pronto empezó a andar, se escondía cuando veía a alguien.

Todos esperábamos que nos dijeran que la mujer se había tirado de cabeza por un precipicio, «fini batt'e», como aquí decimos, que significa «terminada la lucha».

Pero no. Se casó otra vez con el rico caballero inglés señor Mason, y aquí podría contarle muchas cosas que usted no creería, por lo que cierro la boca. Dicen que el señor Mason la quería tanto que si hubiera tenido el mundo en sus manos se lo hubiese regalado. Pero de nada sirvió.

Se puso más y más loca y la tuvieron que encerrar porque quiso matar a su marido, aunque esto no sólo a la locura se debió.

Y ésta es, señor, la madre de su esposa, y éste es, señor, el padre. Me fui de Jamaica, y no sé qué fue de aquella mujer. Algunos dicen que ha muerto y otros lo niegan. Pero el viejo Mason le cogió mucho cariño a la niña Antoinette, y le dejó la mitad de su dinero, al morir.

Yo fui de un lado para otro, arriba y abajo, y aunque no tuve mucha suerte pude guardar un poco de dinero, y me dijeron que había una casa en venta, en esta isla, cerca de Massacre. Era muy barata y la compré. En este salvaje lugar las noticias corren de prisa, y lo primero que me cuentan de Jamaica es que el viejo Mason ha muerto, y que la familia quiere casar a la chica con un inglés joven que no sabe nada de ella. Entonces pienso que tengo el deber cristiano de decir a este caballero que no es chica con que casarse, con la mala sangre que lleva, por parte de padre y por parte de madre. Pero ellos son blancos, y yo soy

mulato. Ellos son ricos, y yo soy pobre. Y mientras yo pienso en estas cosas, ellos actúan a toda prisa, mientras usted está todavía débil, por las fiebres, en casa del magistrado, antes de que usted pueda hacer preguntas. Si lo que digo es verdad o no, usted lo sabe mejor que yo.

Entonces, viene usted a esta isla, para pasar la luna de miel, y veo con claridad que el Señor me ha encomendado que cumpla con mi deber, y que debo decirle la verdad. Pero todavía dudo.

Me han dicho que es usted joven y apuesto, y que es amable con todos, blancos y negros, y también mulatos, Pero también me dicen que la chica es guapa, como lo era su madre, y que le tiene embrujado. Que se la ha metido en la sangre y en los huesos. De día y de noche. Pero usted, que es un caballero con honor, sabe que, en el matrimonio, esto no basta. Esto no dura. El viejo Mason quedó embrujado por la madre de su esposa, y mire lo que le pasó. Señor, espero haber llegado a tiempo para decirle lo que debe usted hacer.

Señor, pregúntese si es posible que me haya inventado esta historia, y por qué razón me la he inventado. Cuando salí de Jamaica, sabía leer y algo de cuentas. En Barbados, un hombre bueno me enseñó más, me regaló libros, me dijo que leyera la Biblia todos los días, y adquirí conocimientos, sin esfuerzo. Se sorprendió de lo muy de prisa que yo aprendía. Pero sigo siendo un ignorante y no me he inventado esta historia. No sabría. Es la verdad.

Me siento junto a la ventana, y las palabras vuelan ante mí, como pájaros. Con la ayuda de Dios, atrapo algunos.

Una semana he tardado en escribir esta carta. Y por la noche no puedo dormir, pensando en cómo decir las cosas. Por esto, ahora, terminaré rápidamente la misiva, y acaba. re mi tarea.

¿Todavía no me cree? Entonces hágale tres preguntas a este diablo, Richard Mason, y dígame que se las conteste. ¿Encerraron a la madre de su esposa, por loca de atar, y peor todavía? Aunque no sé si está viva o muerta.

¿El hermano de su esposa fue idiota de nacimiento, aunque Dios se apiadó y se lo llevó pronto?

¿Su esposa sigue los mismos pasos que su madre, y todos lo saben?

Richard Mason es astuto y le dirá muchas mentiras sobre lo que pasaba en Coulibri y sobre esto y lo otro. No le haga caso. Oblíguele a contestar sí o no.

Si Richard Mason mantiene la boca cerrada, pregunte a otros, porque muchos piensan que es una vergüenza la manera en que esta familia le trata a usted y a sus parientes.

Le ruego, señor, que venga a verme porque todavía hay más cosas que debe saber. Pero me duele la mano, me duele la cabeza, y tengo el corazón como una piedra al pensar en el dolor que le causo. El dinero es buena cosa, pero no hay

dinero que pague el tener una esposa loca en la cama. Loca y peor todavía.

Dejo la pluma con una última petición. Venga a verme pronto. Su seguro servidor. Daniel Cosway.

Amélie le dirá donde vivo. Lo sabe y me conoce. Es de esta isla.

Doblé cuidadosamente la carta y la guardé en el bolsillo. No me había sorprendido. Incluso la había esperado. Estuve un rato, corto o largo, lo ignoro, escuchando el sonido del río. Por fin, me levanté, ahora el sol era ardiente. Pasé junto a la orquídea con largas ramas de flores pardo—doradas. Con la mejilla rocé una de ellas, y recordé que un día cogí unas cuantas para ofrecérselas a Antoinette. Le dije: «Son como tú». Ahora, arranco una rama y la pisoteo en el barro. Esto me devolvió la serenidad. Me apoyé en un árbol, temblando, sudoroso, y en voz alta dije: «Hace mucho calor, hoy. Mucho calor». Cuando divisé la casa guardé silencio y seguí adelante. No había nadie. La puerta de la cocina estaba cerrada, y el lugar parecía desierto. Subí los peldaños, recorrí la terraza, y, cuando oí voces, me detuve tras la puerta del dormitorio de Antoinette. Vi la escena reflejada en el espejo. Antoinette estaba en cama, y Amélie barría. Antoinette dijo:

—Date prisa, y dile a Christophine que quiero verla.

Amélie dejó de barrer y se apoyó en la escoba:

—Christophine se va.

Antoinette repitió:

—¿Se va?

—Sí, se va. A Christophine no le gusta esta dulce casa de luna de miel.

Al darse la vuelta y verme, Amélie se echó a reír.

—Su marido está en la puerta —dijo—, y parece que haya visto a un zombi. Seguramente también está cansado de la dulce luna de miel.

Antoinette saltó de la cama y abofeteó a Amélie, quien dijo:

—Te voy a contestar los golpes, cucaracha blanca, te los voy a contestar.

Y lo hizo.

Antoinette la cogió por el cabello. Amélie, quien mostraba los dientes, parecía querer morderla. Desde la puerta, dije:

—Antoinette, por el amor de Dios.

Muy pálida la cara, Antoinette dio media vuelta. Amélie se ocultó el rostro con las manos, y fingió sollozar, aunque advertí que me observaba por entre los dedos.

—Vete, criatura —le ordené.

—Es más vieja que el mismísimo diablo —dijo Antoinette—, y el diablo no es más cruel que ella.

—Dile a Christophine que suba —le pedí a Amélie.

Baja la vista, con humilde acento, Amélie dijo:

—Sí, mi amo, sí, mi amo.

Pero, tan pronto hubo salido, comenzó a cantar:

La cucaracha blanca se ha casado

La cucaracha blanca se ha casado

La cucaracha blanca se ha comprado un hombre

La cucaracha blanca se ha casado...

Antoinette dio unos pasos hacia fuera. Fueron pasos vacilantes. Fui a sostenerla, pero me apartó de un empujón, se sentó en la cama, prietos los dientes, arrancó la sábana, y emitió un seco sonido de irritación. Cogió unas tijeras que había en la mesa circular, cortó el orillo de la sábana, y la rasgó por la mitad, luego, rasgó cada una de las dos mitades, formando tiras.

El ruido me impidió oír la llegada de Christophine, pero Antoinette la había oído.

—¿Te vas? —preguntó.

—Sí.

—¿Y qué será de mí?

—Levántate, muchacha, y vístete. La mujer ha de ser valiente para vivir en este mundo de maldad.

Christophine llevaba un sencillo vestido de algodón, y se había quitado los pesados pendientes de oro.

—Veo muchos problemas y también tengo derecho a descansar —dijo—. Tengo la casa que tu madre me dio hace ya tanto tiempo, y tengo el huerto y tengo un hijo que puede trabajar. Es perezoso, el muchacho, pero lo haré trabajar. Además, no le gusto al joven amo, y quizá tampoco él me guste a mí. Si me quedo crearé problemas, y seré fuente de más problemas.

—Si aquí no estás a gusto, vete —dijo Antoinette.

Amélie entró en la habitación con dos jarras de agua caliente. Me miró de soslayo y sonrió. En voz baja, Christophine dijo:

—Amélie. Vuelve a sonreír de esta manera, aunque sólo sea una vez, y te aplastaré la cara como se aplasta una patata hervida. ¿Me has oído? Contesta.

Amélie repuso:

—Sí, Christophine.

Parecía asustada. Christophine siguió:

—Y te daré un dolor de tripas más fuerte que el más fuerte que hayas tenido en tu vida. Quizás estés muchos días en cama, con el dolor de tripas que te daré. Quiero que te portes con discreción y decencia. ¿Me has oído?

—Sí, Christophine.

Y, después de decir estas palabras, Amélie se fue con la cabeza baja. En tono de desprecio, Christophine dijo:

—No vale nada y para nada sirve. Se arrastra como un ciempiés.

Christophine besó a Antoinette en la mejilla. Luego, me miró, sacudió la cabeza, murmuró algo en patois, y se fue. Antoinette dijo:

—¿Has oído lo que esa chica cantaba?

—No siempre comprendo sus palabras y sus cantos. Ni a ellos.

—Era una canción referente a una cucaracha blanca. La cucaracha soy yo. Así llaman a todos los que estábamos aquí antes de que su propia gente, en África, los vendieran a los tratantes de esclavos. Y he oído a inglesas llamarnos negros blancos. Por esto, ante ti, a menudo me pregunto quién soy, cuál es mi tierra, a qué mundo pertenezco, y por qué nací. Y, ahora, vete por favor. Debo vestirme, tal como ha dicho Christophine.

Después de esperar media hora, llamé a la puerta de Antoinette. No contestó, por lo que le dije a Baptiste que me trajera algo que comer. Baptiste estaba sentado junto al naranjo, en el extremo de la terraza. Me sirvió la comida con una expresión tan lúgubre que me indujo a pensar que esa gente forzosamente ha de ser muy vulnerable. ¿Qué edad tenía yo, cuando aprendí a ocultar mis sentimientos? Era un niño de muy pocos años. Seis, cinco, quizá menos. Me dijeron que era necesario, y siempre lo he creído así. Si estas montañas me desafían, si me desafía la cara de Baptiste o los ojos de Antoinette, es que están equivocados, son melodramáticos, irreales. (Inglaterra ha de ser muy irreal y como un sueño, dijo Antoinette.)

La tisana de ron que había bebido era muy fuerte, por lo que, al terminar la comida, sentía grandes deseos de dormir. ¿Y por qué no? Esta es la hora en que todos duermen. Imaginé a los gatos, los perros, los gallos y las gallinas durmiendo todos, e incluso las aguas del río bajaban más lentas.

Desperté, recordé al momento a Antoinette, y abrí la puerta de su dormitorio, pero también ella dormía. Estaba de espaldas a mí, muy quieta. Miré por la ventana. El silencio era agobiante, absoluto. Me hubiera gustado oír el ladrido de su perro, el ruido producido por un hombre aserrando madera. Nada. Silencio. Calor. Eran las tres menos cinco.

Tomé el sendero que veía desde mi ventana. Seguramente había llovido mucho, por la noche, ya que la arcilla roja estaba muy embarrada. Pasé junto a un raquítico cafetal, y, después, junto a los ralos guayabos. Mientras caminaba, recordé la cara de mi padre, sus delgados labios, y los ojos saltones y vanidosos de mi hermano. Lo sabían. Y Richard, el insensato, también lo sabía. Y lo sabía la chica, con su inexpresiva sonrisa. Todos lo sabían.

Comencé a caminar muy de prisa. Y, luego, me detuve porque la luz era diferente. Una luz verde. Había llegado al bosque, y no se puede bromear con el bosque. Es

hostil. La maleza cubría el sendero, pero aún podía seguirse. Avancé sin mirar los altos árboles a uno y otro lado. En una ocasión, pisé una rama caída, cubierta de hormigas blancas. Pensé en cómo se puede saber la verdad, y este pensamiento a ninguna conclusión me llevó. Nadie me diría la verdad. Ni mi padre, ni Richard Mason, y, ciertamente, tampoco me la diría la muchacha con la que me había casado. Me detuve, y tan seguro estaba de que alguien me observaba que miré hacia atrás. Nada vi, salvo los árboles y la luz verde bajo los árboles. El sendero apenas se veía, pero seguí adelante, mirando a uno y otro lado, y, de vez en cuando, con mucha rapidez, hacia atrás. Esto fue causa de que metiera la punta del pie debajo de una piedra, y poco faltara para que me cayera. La piedra no era una roca, sino pieza del empedrado de un camino. Aquí, un camino empedrado había cruzado el bosque. La senda me llevó a un amplio espacio abierto. Allí se alzaban las ruinas de una casa de piedra, y alrededor de las ruinas crecían unos rosales que habían alcanzado una altura increíble. Detrás de las ruinas, un naranjo silvestre, cargado de fruto, con hojas de verde oscuro. Un lugar hermoso. Y tranquilo, tan tranquilo que pensar o planear parecía una insensatez. ¿Sobre qué iba a pensar y cómo iba a trazar planes? Bajo el naranjo, vi unos ramos de flores atados con larga hierba.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que comencé a sentir frío. La luz había cambiado y las sombras eran largas. Más valía que regresara antes de la anochecida, pensé. Entonces, vi a una niña de corta edad, con un gran cesto en la cabeza. La niña me miró a los ojos, y, ante mi pasmo, lanzó un fuerte chillido, levantó los brazos y echó a correr. Se le cayó el cesto, la llamé, pero volvió a chillar y corrió más de prisa aún. Mientras corría lloraba, produciendo un sonido expresivo de terror. La niña desapareció. Pensé que seguramente me encontraba a pocos minutos del sendero, pero, después de haber caminado largo rato, o así me lo pareció, me encontré con que la maleza me entorpecía el movimiento de las piernas, y las copas de los árboles se cernían sobre mi cabeza. Decidí regresar al claro y volver a iniciar el camino de vuelta, pero obtuve el mismo resultado. Oscurecía. De nada servía que me dijera que no podía estar lejos de mi casa. Me había perdido y estaba atemorizado, entre aquellos árboles enemigos, y tan cierto estaba de que el peligro me acechaba que, cuando oí pasos y un grito, no contesté. Los pasos y la voz se acercaban. Entonces, contesté con un grito. Al principio no reconocí a Baptiste. Llevaba los azules pantalones de algodón subidos por encima de las rodillas, y se ceñía la estrecha cintura con un ancho y adornado cinturón. Iba con el machete en la mano, y la luz rebrillaba en el filo, fino como el de una navaja, blanco azulado. Al verme, no sonrió.

—Llevamos mucho tiempo buscándole —dijo.

—Me he perdido.

Por toda contestación lanzó un gruñido, y emprendió el camino de vuelta, caminando ante mí, muy de prisa, y cortando las ramas y la maleza que nos

obstaculizaban el paso, con gráciles y certeros machetazos.

—Antes, aquí, había un camino empedrado, ¿adónde llevaba? —pregunté.

—No había camino.

—Lo he visto. Un camino *pavé*, como los que hacían los franceses en las islas.

—No había camino.

—¿Quién vivía en esta casa?

—Dicen que un cura. El *Pére Lilièvre*. Hace mucho tiempo de eso.

—Ha pasado una niña. Cuando me ha visto, se ha asustado mucho. ¿Qué tiene de particular esta zona?

Encogió los hombros. Insistí:

—¿Es que hay fantasmas o un zombi?

—No sé nada de esta clase de tonterías.

—Aquí hubo un camino empedrado, en otros tiempos.

Tozudo, contestó:

—No había camino.

Cuando llegamos al sendero de arcilla roja, había casi oscurecido. Ahora, Baptiste avanzaba más despacio. Se volvió y me sonrió. Parecía que se hubiera puesto la máscara del criado sobre el salvaje rostro que antes había visto. Le pregunté:

—¿No te gusta encontrarte en el bosque, de noche?

No me contestó, pero indicó una luz, y dijo:

—Le he estado buscando largo rato. La señorita Antoinette tenía miedo de que le pasara algo.

Cuando llegamos a casa, estaba muy fatigado. Baptiste dijo:

—Mientras no coja las fiebres...

—Ya las he tenido.

—Se pueden tener muchas veces.

Nadie había en la terraza y en la casa reinaba el silencio. Los dos quedamos unos instantes en la senda, alzada la vista, y, entonces, Baptiste dijo:

—Le mandaré a la chica, mi amo.

Hilda me trajo un gran cuenco de sopa, y fruta. Probé la manecilla de la puerta de Antoinette. La puerta estaba cerrada con llave y dentro no había luz. Hilda soltó una risita ahogada. Nerviosa.

Le dije que no quería comer, y que me trajera una jarra de ron y un vaso. Bebí y, después, cogí el libro que había estado leyendo. Se llamaba *La brillante corona de islas*, y busqué el capítulo titulado «Obeah»:

«Un zombi es una persona muerta que parece estar viva o una persona viva que está muerta. El zombi puede también ser el espíritu de un lugar, generalmente maligno pero que, a veces, puede aplacarse mediante sacrificios y mediante ofrendas de flores y de fruta». Al momento pensé en los ramos de flores que vi junto a la casa

en ruinas del sacerdote. «El grito del viento es su voz, y la furia del mar es su furia».

«Así me lo contaron, pero he advertido que los negros, por norma general, se niegan a hablar de esa magia negra en la que tantos de ellos creen. Se la llama Vudú en Haití, Obeah en algunas de las islas, y recibe otro nombre en América del Sur. Si se exhorta a los negros a que hablen al respecto, cuentan mentiras, con lo que crean mayor confusión. Los blancos, aunque a veces son crédulos, fingen no dar importancia a este asunto, calificándolo de tontería. Los casos de muerte repentina se atribuyen a un veneno que los negros conocen pero cuya naturaleza no se ha podido descubrir. Todo ello queda mayormente complicado por...

No levanté la vista, a pesar de que le vi de pie a la ventana, y seguía cabalgando sin pensar hasta que llegué a las rocas. Aquí, la gente las llama Mounes Mors (los Muertos). Preston les tiene miedo, y se dice que todos los caballos les tienen miedo. Luego, Preston ha tropezado, por lo que ha desmontado, y le he llevado de la brida. Comenzaba a hacer calor y me sentía cansada, cuando he llegado al sendero que conduce a la casa de dos habitaciones de Christophine, con techumbre de madera. Christophine estaba sentada en una caja de madera, bajo la copa del mango, fumando en su blanca pipa, y, al verme, ha gritado:

—¿Eres tú, Antoinette? ¿Cómo es que vienes tan temprano?

—Quería verte.

Me ha ayudado a aflojar la cincha de Preston y a llevarlo al cercano arroyo. Preston ha bebido como si tuviera mucha sed, luego ha sacudido el cuerpo y ha bufado. Le ha salido agua por los ollares. Le hemos dejado mordisqueando hierba, y hemos vuelto junto al mango. Christophine se ha sentado en la caja de madera y ha empujado otra hacia mí, pero yo me he arrodillado a su lado, y he tocado la delgada pulsera de plata que siempre lleva. Le he dicho:

—Hueles igual.

—¿Y has venido hasta aquí sólo para decirme esto?

Sus ropas huelen a algodón limpio, almidonado y planchado. Infinidad de veces la había visto, en Coulibri, metida en el río hasta las rodillas, lavando sus vestidos y sus blancos delantales que, después, golpeaba contra las piedras. A veces, había otras mujeres, todas ellas golpeando la ropa lavada contra las piedras, una y otra vez, lo que producía un sonido alegre y diligente. Por fin, extendían las ropas mojadas al sol, se enjugaban la frente, y se echaban a reír y a hablar. Christophine también olía, olía igual que sus ropas, un olor que, para mí, es cálido y confortante (pero que a él no le gusta). Al través de las verdes hojas del mango, veía el cielo azul oscuro, y pensé: «Este es mi sitio, el sitio al que pertenezco, y este es el sitio en que quiero quedarme». Luego, pensé: «Es un árbol muy hermoso, pero es tierra muy alta para los mangos, y no dan fruto», y pensé en quedarme sola, yacente en cama, con la suave y

blanda sensación del colchón y de las leves sábanas, escuchando. Por fin, dije:

—Christophine, mi marido no me ama. Creo que me odia. siempre duerme en su vestidor y, ahora, los criados lo saben. Cuando me enfado, me trata con silencioso desdén, a veces pasa horas sin hablarme, y ya no puedo aguantarlo más, de veras no puedo. ¿Qué he de hacer? Al principio, no era así.

Ante la puerta crecían hibiscos rojos y rosados. Christophine prendió la pipa y no contestó.

—Contéstame —le dije.

Eché al aire una nube de humo.

—Si me haces una pregunta difícil —dijo—, te voy a dar una solución difícil. Haz las maletas y vete.

—¿A dónde? ¿A un lugar extraño en el que nunca más podré volverle a ver? No, no lo haré. Entonces, no sólo los criados, sino el mundo entero, se reiría de mí.

—Si te vas, no se reirán de ti, sino de él.

—No lo haré.

—Entonces, ¿por qué me pides consejos que no quieres seguir? ¿Por qué vienes aquí, si, cuando te digo la verdad, tú contestas no?

—Ha de haber otras soluciones.

Apareció en su rostro una expresión de tristeza:

—Los hombres así, cuando no te aman te odian más y más al intentar tú que te amen. Si los amas, te tratan mal, y si no los amas te persiguen día y noche para conquistar tu alma. Ya, me han hablado de lo que os pasa, a tu marido y a ti.

—No puedo irme. A fin de cuentas, es mi marido.

Escupió hacia atrás, por encima del hombro.

—Todas las mujeres, sea el que sea su color, son tontas. Tengo tres hijos. Uno vive en este mundo, cada uno es de padre diferente, pero no tengo marido, y doy gracias a Dios por ello. Guardo mi dinero. No se lo doy a un hombre inútil.

—¿Y a dónde quieres que vaya, adónde puedo ir?

—¡Hay que ver qué problemas! ¡Una chica blanca y rica y es más tonta que las demás! Si un hombre no te trata, bien, lo que tienes que hacer es recogerte la falda e irte. Si lo haces, te seguirá.

—No me seguirá. Además, debes tener en cuenta que no soy rica, ahora. No tengo dinero propio, todo pertenece a él.

Secamente dijo:

—¿Y cómo es esto?

—Es la ley inglesa.

—¡La ley! Es un amaño del chico Mason, este chico Mason es más malo que Satán, y cualquiera de estas noches tan hermosas se irá al infierno, en donde arderá para siempre jamás. Dile a tu marido que te encuentras mal y que quieres visitar a tu

prima de la Martinica. Pídele con amabilidad que te dé parte de tu propio dinero, y te lo dará porque no tiene mal corazón. Y, cuando te hayas ido, no vuelvas. Pídele más dinero. También te lo dará, feliz y contento. Y, por fin, irá a tu lado para saber de ti, para saber cómo te van las cosas sin él, y cuando te vea tranquila y feliz, querrá que vuelvas a su lado. Los hombres son así. Más te valdrá no quedarte en esta vieja casa. Vete de esta casa, te lo digo yo.

—¿Crees que debo dejarlo?

—Tú me has preguntado y yo te contesto.

—Sí. A fin de cuentas, puedo hacerlo, pero, ¿por qué he de ir a la Martinica? Me gustaría ver Inglaterra, podría pedir dinero para ir a Inglaterra. No se lo pediría a él. Sé dónde conseguirlo. Caso de irme, debo irme lejos.

Pensé que era muy desdichada, y que aquello no podía durar, porque tanta desdicha acabaría por matarme. Cuando viva en Inglaterra, seré una persona diferente, y me ocurrirán cosas diferentes... Inglaterra es de color de rosa en el mapa del libro de geografía, pero en la página siguiente las palabras aparecen atestadas, densas. Exportaciones, carbón, hierro, lana. Luego, viene Importaciones y Carácter de los Habitantes. Nombres, Essex, Chelmsford on the Chelmer. Los altos de Yorkshire y de Lincolnshire. ¿Altos? ¿Significa colinas? ¿Cuán altas? ¿La mitad que las nuestras o ni siquiera esto? Frescas hojas verdes en breve y fresco verano. Verano. Hay campos de trigo que son como los campos de caña, aunque el trigo es dorado y no tan alto como la caña. Después del verano, los árboles quedan pelados, y llega el invierno y la nieve. ¿Como plumas blancas cayendo del cielo? ¿Como porciones de papel? Dicen que la escarcha dibuja flores en los cristales de las ventanas. He de saber más de lo que sé. Ya conozco esa casa en la que pasaré frío, y en la que seré una extraña, la cama en la que yaceré tiene cortinas rojas, y he dormido en ella muchas veces, hace mucho tiempo. ¿Cuánto? En esta cama, soñaré el final de mi sueño. Pero mi sueño nada tenía que ver con Inglaterra, y no debo tener estos pensamientos, sino que debo recordar candelabros y bailes, cisnes, rosas y nieve. Y nieve.

Christophine, que me había observado, dijo:

—¿Inglaterra? ¿Crees que existe este sitio?

—¿Cómo te atreves a preguntarlo? Claro que existe.

—Nunca he visto el maldito lugar, ¿cómo voy a saberlo?

—¿No crees en la existencia de un sitio llamado Inglaterra?

Parpadeó y contestó muy de prisa:

—Yo no digo que no crea, yo sólo digo que no lo sé. Yo sé lo que veo con mis ojos, y no he visto Inglaterra. Además, yo me pregunto, ¿es este sitio tal como nos dicen que es? Unos dicen una cosa, y otros dicen cosas diferentes. He oído decir que hace un frío que hiela los huesos, y que te roban el dinero porque son listos como el diablo. Tienes dinero en el bolsillo, miras a ver si lo tienes, y ¡bam!, ya no hay dinero

en el bolsillo. ¿Por qué quieres ir a esta helada cueva de ladrones? Si este sitio existe, nunca lo veré, puedes estar segura.

La miré, pensando: «¿Cómo esta vieja negra ignorante y tozuda, que ni siquiera está segura de la existencia de Inglaterra, puede saber lo que más me conviene?» Sacudió las cenizas de la pipa y me miró. En sus ojos no había el menor rastro de expresión.

—Christophine —dije—, quizá siga tu consejo, pero no lo haré ahora. —Pensé, «Ahora debo decir lo que he venido a decir»—. Tan pronto me has visto has sabido lo que quería de ti, y, ahora, sigues sabiéndolo. ¿No es verdad?

Mi voz se había vuelto aguda y quebradiza. Christophine dijo:

—Cállate. Si tu hombre no te quiere, yo no puedo hacer que te quiera.

—Sí, puedes, sé muy bien que puedes. Esto es lo que quiero, y esta es la razón por la que he venido. Puedes conseguir que la gente ame u odie... O... o muera.

Inclinó la cabeza atrás y se echó a reír a carcajadas. (Nunca ríe a carcajadas, y, ahora, ¿porqué se ríe?)

—¿De manera que crees en estos tontos chismorreos sobre la *obeah*, que llegan hasta tus oídos, a pesar de tu alta posición? ¡Tonterías y locuras, son! Y, además, no son cosas para *béké*. Todos serán líos y problemas si *béké* se mezcla en estos asuntos.

—Debes hacerlo.

—Calla. Jo—Jo, mi hijo, viene a verme hoy, y si te ve llorando, lo contará a todos.

—No lloraré. Pero escucha, Christophine, si él, mi marido, vuelve a mí una noche. Una vez más. Haré que me ame.

—No, *doudou*. No.

—Sí, Christophine.

—Dices locuras. Incluso en el caso de que yo pudiera llevar a tu marido a tu cama, no podría hacer que te amara. Después, tu marido te odiaría.

—No. ¿Y qué me importa si después me odia? Ya me odia ahora. Todas las noches le oigo pasear por la terraza. Arriba y abajo. Y, cuando pasa ante la puerta de mi dormitorio, dice, «Buenas noches, Bertha». Ahora, nunca me llama Antoinette. Ha descubierto que es el nombre de mi madre. «Espero que hayas dormido bien, Bertha». Es horrible. Aquella noche que vino, no pude dormir, después. Ahora duermo muy mal. Y tengo sueños.

—No, no voy a mezclarme en este asunto, aunque me lo pidas.

Entonces, di un puñetazo en una piedra, y me impuse hablar con calma.

—Irme a la Martinica o a Inglaterra, o a cualquier otra parte, sería inútil. Jamás me daría dinero para irme, y se pondría furioso si se lo pidiera. Si le dejara, se produciría un escándalo, y odia los escándalos. Incluso en el caso de que me fuera (¿cómo?), me obligaría a volver. Y Richard también. Y todos. Huir de él, huir de esta

isla, es inútil. ¿Qué razón podría dar, para irme, y quién me creería?

Cuando Christophine inclinó la cabeza adquirió aspecto de vieja, y pensé: «Oh, Christophine, no envejecas. Eres la única amiga que tengo y no quiero que te alejes en la vejez». Christophine dijo:

—A tu marido realmente le gusta el dinero. Y mucho. El dinero es cosa buena para todos, pero, para este hombre, es su mismo ser, no ve otra cosa que el dinero.

—Entonces, ayúdame.

—Escucha, *doudou ché*. Mucha gente habla mal de ti y de tu madre. Lo sabes muy bien. Yo sé quiénes son los que hablan, y sé lo que dicen. Tu hombre no es mal hombre, a pesar de que ame el dinero, pero oye tantas historias que ya no sabe cuál creer. Esta es la razón por la que se aleja de ti. Y, por mi parte, no confío en ninguna de las personas que te rodean. No aquí, sino en Jamaica.

—¿Tampoco en la tía Cora?

—Tu tía Cora es una vieja, ahora, y se ha vuelto de cara a la pared.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Por que esto fue, exactamente, lo que hizo.

Cuando pasé ante la puerta de la tía Cora, oí que discutía con Richard, y supe que discutían por mi matrimonio, La tía Cora decía:

—Es una vergüenza, es indigno. Entregáis cuanto la pobre niña tiene a un total desconocido. Tu padre jamás lo hubiera permitido. Hubierais debido proteger legalmente a la chica. Se pueden concertar capítulos matrimoniales, y esto es lo que hay que hacer. Esta era la intención de tu padre.

Richard repuso:

—Estamos hablando de un hombre de honor, no de un sinvergüenza. No me encuentro en situación de imponer condiciones, y lo sabes muy bien. Si tenemos en cuenta todas las circunstancias, la chica ha tenido una suerte inmensa al poder casarse con este hombre. ¿Por qué he de insistir en los capítulos matrimoniales, cuando confío en el futuro marido de Antoinette? Hasta mi misma vida le confiaría.

—Pero es que, ahora, le confías la vida de Antoinette, no la tuya.

Richard le dijo que era una vieja loca y que, por el amor de Dios, cerrara la boca de una maldita vez, y se fue dando un portazo. Tan furioso estaba que no me vio, allí, en el pasillo. Mi tía estaba en cama, sentada, cuando yo entré.

—Este muchacho es tonto o finge serlo —dijo—. Y por lo poco que he visto, este caballeroso señor no me gusta ni pizca. Es engreído. Más duro que una piedra, y un perfecto estúpido, en todo lo que no concierne a sus intereses.

Estaba muy pálida y temblaba de la cabeza a los pies, por lo que le di las sales olorosas que había en el tocador. Estaban en un frasco rojo, de vidrio, con tapón dorado. Se llevó la botella a la nariz, pero la mano descendió desmayadamente, como

si la tuviera tan fatigada que no pudiese sostener con firmeza la botella. Entonces, la tía Cora se abstrajo, alejándose de la ventana, del cielo, del espejo, de los lindos objetos en el tocador. La botella roja y dorada cayó al suelo. La tía Cora volvió la cara hacia la pared.

—El Señor nos ha abandonado —murmuró.

Cerró los ojos. No volvió a hablar y, al cabo de un rato, pensé que se había dormido. Su enfermedad no le permitía asistir a mi boda, y yo había acudido para despedirme. Estaba yo excitada y feliz, pensando que había llegado el momento de mi luna de miel. La besé y ella me dio una bolsita de seda:

—Mis anillos. Dos son valiosos. No se los enseñes. Escóndelos. Prométemelo.

Se lo prometí, pero, cuando abrí la bolsita, sólo uno de los anillos era de oro. Ayer pensé en vender otro, pero, aquí, ¿quién puede comprar lo que yo puedo ofrecer en venta?

Christophine decía:

—Tu tía es muy vieja y está muy enferma. Y el chico Mason es un inútil. Debes armarte de valor y luchar por ti misma. Habla con tu marido, con calma y frialdad, háblale de tu madre y de lo que pasó en Coulibri, de las causas que la pusieran enferma, y de lo que hicieron con ella. No le grites y no pongas cara de loca. Y tampoco llores. Ante este hombre, llorar de nada sirve. Háblale con amabilidad, y hazle comprender la realidad.

—Ya lo he intentado, pero no me cree. Ahora, es demasiado tarde (pensé: «Siempre es tarde para decir la verdad»). Si haces lo que te he pedido, lo volveré a intentar. Christophine, tengo mucho miedo. No sé por qué, pero tengo mucho miedo. Siempre, constantemente. Ayúdame.

Dijo algo que no oí bien. Luego, cogió un palo puntiagudo y con él trazó rayas y círculos en la tierra, bajo el árbol, que después borró con el pie.

—Si hablas primero con él, haré lo que me pides.

—¿Ahora?

—Sí. Mírame. Mírame a los ojos.

Cuando me puse en pie, estaba mareada, Christophine entró en la casa murmurando para sí, y salió con una taza de café. Dijo:

—Le he echado un buen chorro de ron blanco. Tienes cara de muerta, y los ojos rojos como el *couciant*. Calla, no hables que ahí viene Jo—jo que cuenta a todos cuanto oye. Este muchacho es como una calabaza agujereada.

Después de tomarme el café, me eché a reír.

—Parece mentira lo desdichada que he sido por nada, por nada, nada —dije.

El hijo de Christophine llevaba un gran cesto en la cabeza. Me fijé en sus fuertes piernas de oscura piel, recorriendo con fácil gracia el sendero. Al verme, dio muestras de sorpresa y curiosidad, pero me preguntó cortésmente, en patois, si estaba bien, y si

el amo gozaba de buena salud.

—Sí, Jo—jo, gracias, los dos estamos muy bien.

Christophine le ayudó a descargar de la cabeza el cesto, y, después, sacó una botella de ron blanco, y escancié el líquido en un vasito menudo, llenándolo hasta la mitad. Jo—jo se lo bebió muy de prisa. Entonces, Christophine llenó de agua el vaso, y Jo—jo también se lo bebió. En inglés, Christophine dijo:

—La señora se va, ha dejado el caballo ahí detrás, ensíllalo.

Siguiendo a Christophine, entré en la casa. En la primera estancia, había una mesa de madera, un banco y dos sillas rotas. El dormitorio era grande y estaba oscuro. Todavía tenía la colorida colcha de retazos, la palma del Domingo de Ramos, y la oración por una muerte feliz. Pero, cuando vi un montón de plumas de gallo, en un rincón, dejé de observar el cuarto.

—De modo que ya tienes miedo, ¿verdad?

Cuando vi la expresión de su rostro, me saqué del bolsillo el monedero y lo arrojé sobre la cama.

—No tienes que darme dinero. Hago esta locura para complacerte, no por dinero.

En un murmullo, pregunté:

—¿Es una locura?

Volvió a reírse, aunque lo hizo sin estridencia:

—Si *béké* dice que es una locura, es una locura. Beké es lista como el diablo. Más lista que Dios, ¿verdad? Y, ahora, escúchame que voy a decirte lo que debes hacer.

Cuando salimos a la luz del sol, Jo—Jo tenía a Preston junto a una gran piedra. Me subí a ella, y monté.

—Adiós, Christophine, adiós, Jo—jo.

—Adiós, señora.

—¿Vendrás a verme pronto, Christophine?

—Sí, iré.

Al llegar al final del sendero, volví la vista atrás. Christophine hablaba con Jo—jo quien parecía curioso y divertido. Cerca de mí cantó un gallo, y pensé: «Esto es para cometer una traición, pero ¿quién es el traidor?». Christophine no quería, pero yo la he obligado con mi feo dinero. ¿Y quién sabe algo acerca de los traidores, y quién sabe por qué Judas hizo lo que hizo?

Puedo recordar todos los segundos de aquella mañana. Si cierro los ojos, puedo ver el profundo color azul del cielo y puedo ver las hojas del mango, el hibisco rojo y rosado, el amarillo pañuelo que Christophine llevaba en la cabeza, atado al modo de la Martinica, con las puntas delante, pero, ahora, lo veo todo quieto, fijo para siempre, como los colores de un vidrio policromo. Sólo las nubes se mueven. Envuelto en una hoja estaba, lo que Christophine me había dado, y lo sentía en la piel, fresco y suave.

Aquella mañana, cuando me sirvió el café, Baptiste me dijo:

—La señora ha salido de visita. Volverá esta noche o mañana. Se le ocurrió la idea de repente, y se fue.

Por la tarde, Amélie me entregó una segunda carta.

¿Por qué no contesta? ¿Es que no me cree? Pregunte, en Spanish Town todos lo saben. ¿Por qué cree que le han mandado a este sitio? ¿Quiere que vaya a su casa y que se lo cuente todo a gritos, para que todos se enteren? O viene a mi casa o yo voy a la suya...

Al llegar a este punto, dejé de leer. Hilda, la niña, había entrado en mi cuarto, y le pregunté:

—¿Está Amélie?

—Sí, mi amo.

—Dile que quiero hablar con ella.

—Sí, mi amo.

Se llevó la mano a la boca, como si quisiera ahogar la risa, pero sus ojos, que eran los más negros que había visto en mi vida, tanto que no cabía distinguir las pupilas de los iris, expresaban alarma y curiosidad.

Me senté en la terraza, de espaldas al mar, y me pareció que esto fuera lo que había hecho durante toda mi vida. No podía imaginar un clima o un cielo diferentes. Conocía la forma de las montañas tan bien como conocía la forma de las dos jarritas castañas con blancas flores de dulce aroma, sobre la mesa de madera. Sabía que la muchacha llevaría un vestido blanco. Oscuro y blanco, con los rizos, su cabello de blanca, como ella decía, parcialmente cubiertos con un pañuelo rojo, desnudos los pies. El cielo y las montañas, las flores y la muchacha, y la sensación de que todo era una pesadilla, con la levemente consoladora esperanza de poder despertar.

La muchacha se apoyó levemente en una de las columnas de la terraza, con grácil indiferencia, con respeto sólo suficiente, y esperó. Le pregunté:

—¿Has sido tú quien ha recibido esta carta?

—No, mi amo. Ha sido Hilda.

—¿Y el hombre que la ha escrito es amigo tuyo?

—No es amigo mío.

—Pero te conoce... Al menos esto dice.

—Sí, claro, conozco a Daniel.

—Muy bien. Pues, en este caso, dile que sus cartas me molestan, y que lo que debe hacer, por su propio bien, es no escribirme más. Y si vuelve a mandar cartas, devuélveselas. ¿Comprendido?

—Sí, mi amo, comprendido.

Aún apoyada en la columna, me sonreía, y tuve la impresión de que su sonrisa podía transformarse en carcajadas, en cualquier instante. Para impedirlo, proseguí:

—¿Por qué me escribe este hombre?

Contestó con inocencia:

—¿Es que no se lo dice? ¿Le escribe cartas y no le dice por qué las escribe? Si usted no lo sabe, tampoco lo sé yo.

—Pero ¿le conoces? ¿Se llama Cosway?

—Algunos dicen que sí y otros dicen que no. El dice que se llama así.

Con expresión reflexiva, añadió que Daniel era un hombre superior, muy superior, que estaba siempre leyendo la Biblia, y que vivía como los blancos. Le pregunté qué quería decir con estas palabras, y me explicó que Daniel tenía una casa como las de los blancos, con una habitación destinada solamente a estar sentado en ella. Que en la pared tenía dos retratos, uno de su padre y otro de su madre.

—¿Blancos?

—No, no, mulatos.

—Pero, en su primera carta, me decía que su padre era blanco.

Encogió los hombros.

—No sé. Hace mucho tiempo de eso.

Se advertía su desprecio hacia los viejos tiempos.

—Le diré lo que me ha dicho, mi amo —dijo. Luego, añadió—: ¿Y por qué no va a verle? Creo que sería mejor. Daniel es malo, y vendrá aquí, a molestarle. Más vale que no venga. Dicen que, en otros tiempos, fue predicador en Barbados, habla como un predicador y tiene un hermano en Jamaica, en Spanish Town, que se llama el señor Alexander. Es muy rico. Tiene tres tiendas de licores y dos mercerías.

Me dirigió una cortante mirada, afilada como un cuchillo, y dijo:

—Una vez, me dijeron que la señorita Antoinette y el hijo de este señor tan rico, que se llama el señor Sandi, iban a casarse, pero es una estupidez. La señorita Antoinette es una chica blanca, con mucho dinero, y no iba a casarse con un mulato, a pesar de que no parece mulato. Pregúntele a la señorita Antoinette, ella se lo explicará.

Lo mismo que Hilda, se tapó la boca con la mano, como si no pudiera contener la risa, y se dispuso a irse.

Pero, a los pocos pasos, se dio la vuelta y, en voz muy baja, dijo:

—Me da usted pena.

—¿Qué dices?

—Nada, mi amo.

Una gran mesa cubierta con un paño rojo parecía hacer todavía más calurosa la pequeña estancia. La única ventana estaba cerrada. Daniel dijo:

—He puesto su silla cerca de la puerta. Por debajo, pasa un poco de aire.

Pero no pasaba ni un soplo. La casa se encontraba en la parte baja de la montaña, casi al nivel del mar.

—Cuando le oí llegar, tomé un buen trago de ron y, después, un vaso de agua para quitarme el ardor, pero no me lo ha quitado, y se me ha salido por los ojos, en lágrimas y lamentaciones. ¿Por qué no me contestó la primera carta?

Siguió hablando, con la vista fija en una frase enmarcada, que colgaba de la sucia pared blanca, «Tuya será la venganza». Dirigiéndose a la frase, dijo:

—Tardas mucho en dármele, Señor. Tendré que empujarte un poco.

Se enjugó la cara delgada, de amarillenta piel, y se sonó las narices con una punta del paño que cubría la mesa. Todavía sin mirarme, dijo:

—Me llaman Daniel, pero me llamo Esaú. Maldiciones e insultos fue lo único que recibí de aquel maldito diablo, mi padre. Mi padre, el viejo Cosway, con su lápida de mármol blanco en la iglesia inglesa de Spanish Town, a la vista de todos. La lápida tiene un escudo y palabras en latín, y grandes letras negras. En mi vida he visto mayores mentiras. Espero que llegue el día en que le aten la lápida al cuello, y en que la lápida lo arrastre al infierno. Escribieron, en la lápida, «Piadoso», «Amado por todos». Ni media palabra dijeron sobre los hombres y mujeres que compró y vendió como ganado. Escribieron: «Valedor de los débiles». ¡Y tenía el corazón de piedra! A veces, cuando se cansaba de una mujer, que se cansaba en seguida, le daba la libertad, como se la dio a mi madre, e incluso le regalaba una cabaña y un poco de tierra (un huerto, lo llaman algunos), pero no lo hacía por caridad, sino por perverso orgullo. En mi vida he visto a un hombre más orgulloso y altanero. Hablaba como si fuera el dueño del mundo. Siempre decía: «Me importa un pimiento.» Espera, espera y verás... Me parece estar viendo la lápida. Tantas y tantas veces he ido a mirarla que, ahora, me parece tenerla ante la vista. Me sé de memoria todas las mentiras de la lápida. Y nadie sale y dice: «¿Por qué escribís mentiras en la iglesia?» Y se lo digo a usted para que sepa en qué clase de familia se ha metido. El corazón sabe la amargura que padece, pero es difícil mantenerla siempre oculta. Recuerdo como si fuera ayer la mañana en que me lanzó una maldición. Tenía yo dieciséis años y estaba apurado. Me puse en camino muy a primera hora de la mañana. Cinco o seis horas tardé en ir, a pie, a Coulibri. No se negó a verme. Me recibió con mucha calma, muy frío, y lo primero que me dijo fue que siempre estaba dándole la lata, pidiéndole dinero. Y me lo dijo porque a veces le pedía que me ayudara un poco, para comprarme un par de zapatos y cosas parecidas. Para no ir descalzo, como un negro, porque no soy negro. Me miró como si fuera basura y, además, se enfadó. Le dije: «A fin de cuentas, también tengo derechos», ¿y sabe qué hizo?, pues se echó a reír en mis narices. Cuando terminó de reír, me preguntó el nombre, y, como si hablara para sí, dijo: «No puedo recordar el nombre de todos, sería pedir demasiado». A la luz del sol de la

mañana, se le veía muy viejo. Y yo le dije: «Usted mismo fue quien me puso Daniel, y no soy esclavo, como lo era mi madre». Y él que dijo: «Tu madre era la mujer más zorra que he conocido en mi vida, y yo no soy imbécil. De todas maneras tu madre ha muerto, así es que no hay problemas. Ahora bien, si en tu miserable cuerpo hay una sola gota de sangre mía, estoy dispuesto a comerme el sombrero». Pero, ahora, ya me hervía la sangre, se lo aseguro, y, por esto, le grité: «Pues cómetelo, cómetelo que poco tiempo te queda por delante, como poco tiempo te queda para besar y amar a tu nueva esposa. Y es demasiado joven para ti, tu nueva esposa». Y, entonces dijo: «¡Dios!», y se le puso la cara roja y, luego, gris. Intentó levantarse del sillón pero se volvió a caer sentado. Sobre el escritorio tenía un gran tintero de plata, y me lo tiró a la cabeza, maldiciéndome, pero yo me agaché y el tintero fue a dar en la puerta. Me reí, pero me fui de prisa. Me mandó dinero, sin nota ni nada, sólo dinero. Esta fue la última vez que le vi.

Daniel jadeaba. Volvió a enjugarse la cara, y me ofreció ron. Cuando rechacé la oferta con un movimiento negativo de la cabeza, y dándole las gracias, se sirvió medio vaso de ron, y se lo bebió de un trago.

—Hace mucho tiempo de eso —dijo.

—¿Y por qué quería verme, Daniel?

Parecía que el trago de ron le hubiera serenado. Me miró y habló con más naturalidad.

—Porque tengo que decirle una cosa. Preguntará si lo que le digo es verdad, sí, lo preguntará, a pesar de que no me tiene simpatía. Pero sabe muy bien que mi carta no dice mentiras. Tenga mucho cuidado con quien habla. Mucha gente dice cosas a espaldas de usted, pero no se las dicen cara a cara porque tienen miedo, y porque no quieren meterse en líos. El magistrado sabe muchas cosas, pero la mujer del magistrado es amiga de la familia Mason, y no le deja hablar. Luego, está mi hermanastro Alexander, que también es mulato, como yo, pero que no ha tenido mala suerte, como yo, y Alexander le contará mentiras, muchas mentiras. Era el favorito del viejo, y prosperó desde el principio. Sí, ahora, Alexander es rico, pero no lo dice. Y, porque es rico, tiene dos caras, y nada dice contra los blancos. Y usted, en su casa, tiene a esa mujer, Christophine. Esa es la peor. Tuvo que huir de Jamaica porque la metieron en la cárcel, ¿no lo sabía?

—¿Quién la encarceló? ¿Qué hizo?

Apartó su mirada de mis ojos, y dijo:

—Ya le he dicho que me fui de Spanish Town, y que no lo sé todo. Es algo muy malo lo que hizo. Esta mujer es *obeah*, y la cogieron. Yo no creo en el asunto de *obeah*, pero muchos creen. Christophine es una mala mujer y le contará más mentiras que su esposa todavía. Su esposa habla con mucha dulzura y dice muchas mentiras.

El reloj negro y dorado, sobre la repisa, dio las cuatro. Tengo que irme. Tengo que

alejarme de esta sudorosa cara amarilla, y de esta odiosa estancia. Pero me quedé sentado, inmóvil, insensible, con la mirada fija en el mulato.

—¿Le gusta mi reloj? —preguntó—. Tuve que trabajar mucho para poder comprarlo. Lo tengo por mi gusto. No para dar gusto a una mujer. Siempre están igual, cómprame esto, cómprame lo otro, demonios en carne y hueso son. Pero Alexander no sabía vivir sin mujeres y, por fin, se casó con una mulata de piel muy clara, y de una familia muy respetable. Su hijo Sandi es igual que un blanco, pero más guapo que los blancos, y, según dicen, le reciben en muchas casas de blancos. Su esposa conoce a Sandi desde hace mucho tiempo. Pregúntele y se lo dirá. Pero no se lo dirá todo, me parece.

Se echó a reír.

—No se lo dirá todo, no... Ya les vi a los dos, un día en que creían que nadie les veía. Y vi como su esposa... ¿Se va?

De un salto se plantó ante la puerta.

—No se irá sin que le diga una última cosa. Quiere que cierre la boca y que no diga lo que sé. Su esposa comenzó con Sandi. Bien que le han engañado, con esa chica. Le mira a los ojos y le dice palabras dulces, pero son mentira. Todo mentira. Su madre era igual. Dicen que la chica es peor aún que su madre, pese a que casi es una niña. Tiene usted que ser sordo para no haber oído las risas de la gente, cuando se casó con ella. Y no se enfade conmigo, señor. No soy yo quien le engaña. Yo sólo quiero abrirle los ojos. Un alto y elegante caballero inglés, como usted, no querrá ni siquiera tocar a una rata amarilla como yo, ¿verdad? Le comprendo muy bien. Me cree, pero quiere hacerlo todo discretamente, como lo hacen los ingleses. Muy bien. Pero, si cierro la boca, creo que merezco recompensa. ¿Qué son quinientas libras para usted? Para mí, representan la vida.

Dentro de mí se alzó una oleada de asco, como un mareo. Asco y rabia. Se apartó de la puerta, y gritó:

—¡Muy bien! Váyase. Sí, soy yo quien se lo digo. Fuera. Fuera. Y si no quiere darme el dinero, verá lo que soy capaz de hacer.

Mientras me alejaba, gritó con venenoso acento:

—Y dele recuerdos a su señora esposa, mi hermana. No ha sido usted el primero en besar su linda cara. Linda cara, linda piel, lindo color. No es amarilla, como yo. Pero es mi hermana.

Al llegar al final del sendero, donde ya no podía ver, la casa y el sonido en ella no llegaba a mis oídos, me detuve. Me encontraba en un mundo de calor y moscas, y, después de haber estado en el oscuro cuartucho, la luz del sol me deslumbraba. Un chivo blanco y negro, atado cerca del lugar en que me hallaba, me miraba y, durante un tiempo que me pareció de varios minutos, sostuve la mirada de aquellos ojos rasgados, amarillo verdoso. Luego, anduve hasta el árbol al que había atado el

caballo, y me fui cuan de prisa pude.

Pusieron el telescopio en un lado de la mesa con el fin de dejar sitio en donde poner una bandeja de manchada plata, con una jarra mediada de ron y dos vasos. Escuchaba los incesantes sonidos nocturnos, fuera, y contemplaba la procesión de pequeñas mariposas y de moscardones que acudían atraídos por las llamas de las velas. Me serví ron y bebí. Inmediatamente, los sonidos de la noche se amortiguaron, se alejaron, y llegaron a ser soportables, incluso placenteros.

Antoinette dijo:

—Por el amor de Dios, ¿quieres hacer el favor de escucharme?

Me lo había dicho antes, sin que yo le contestara. Ahora dije:

—Naturalmente. Sería ese bruto que tú, indudablemente, crees que soy, si no lo hiciera.

—¿Por qué me odias?

—No te odio, sino que me tienes muy preocupado, extremadamente inquieto.

No era verdad. No estaba inquieto sino tranquilo. Era la primera vez en muchos días que me sentía tranquilo y dueño de mí mismo.

Antoinette llevaba el vestido blanco que me gustaba, pero ahora se le había torcido, de modo que le colgaba un hombro, y parecía venirle ancho. Vi que se cogía la muñeca izquierda con la mano derecha, hábito que me irritaba.

—Entonces, ¿por qué procuras estar siempre lejos de mí? —preguntó—. ¿Por qué no me besas, por qué no me hablas siquiera? ¿Por qué imaginas que puedo soportarlo? ¿Qué razón tienes para tratarme así? ¿Tienes alguna razón?

—Sí, tengo una razón.

Y, en voz muy baja, añadió:

—Mi Dios.

—Siempre invocas a Dios. ¿Crees en Dios?

—Naturalmente, creo en el poder y en la sabiduría de mi creador.

Alzó las cejas, y bajó las comisuras de los labios en expresión de burlona curiosidad. Durante un instante tuvo gran parecido con Amélie. Pensé que quizás estuvieran emparentadas. Era posible, incluso probable, en aquel maldito lugar.

—¿Y tú? ¿Crees en Dios? —pregunté.

Con calma, repuso:

—Carece de importancia el que crea o no crea en Dios porque nosotros no podemos influir en Él. Somos como esto.

Y de un manotazo quitó de la mesa una mariposa muerta. Siguió:

—Pero no sé si recuerdas que te he hecho una pregunta. ¿Estás dispuesto a contestarla?

Volví a beber. Tenía la mente clara y fría.

—De acuerdo —repuse—, pero, ya que has hecho una pregunta, yo voy a hacerte otra. ¿Vive tu madre?

—No. Murió.

—¿Cuándo?

—No hace mucho.

—Entonces, ¿por qué me dijiste que murió en tu infancia?

—Porque así me lo dijeron y porque es verdad. Realmente murió, cuando yo era niña. Siempre hay dos muertes, la verdadera, y la que la gente sabe.

—Al menos dos, para los afortunados.

Guardamos silencio unos instantes y, luego, añadí:

—He recibido una carta de un hombre que se hace llamar Daniel Cosway.

Rápidamente, contestó:

—No tiene derecho a este apellido. Su apellido, caso de tenerlo, es Boyd, se llama Daniel Boyd. Odia a todos los blancos, y a mí de modo especial. No hace más que calumniarnos, y tiene la seguridad de que le creerás a él, sin escuchar a la otra parte.

—¿Hay otra parte?

—Siempre hay otra parte.

—Luego, me escribió otra carta, esta última amenazadora, y estimé que lo mejor era que fuese a verle.

—Y le viste. Ya sé lo que te dijo. Que ni madre estaba loca, que era una mujer indigna, y que mi hermano menor, el que murió, era cretino e idiota de nacimiento, y que también yo estoy loca. Esto te dijo, ¿verdad?

Con calma y frialdad, repuse:

—Sí, esto me contó. ¿Qué hay de verdad en ello?

La llama de una de las velas dio un súbito salto, y, a su luz, vi el rostro de Antoinette, delgado, tenso, con ojeras, sumida la boca.

—No hablemos ahora de esto —dije—. Esta noche, descansa.

Habló con voz alta y quebradiza:

—Tenemos que hablar de ello.

—De acuerdo, pero solamente si me prometes ser razonable.

Sin embargo, pensé: «No son estos el lugar ni el momento adecuados, no, más vale no hablar en esta terraza larga y oscura, con la débil luz de las velas, y la noche vigilante, escuchándonos afuera».

—No hablemos esta noche —dije—. Hagámoslo en otra ocasión.

Imitando la voz de los negros, en un insolente sonsonete, dijo:

—Quizá no pueda hablar en ningún otro sitio y en ningún otro momento. Ya no hay otro momento. ¿Es que tienes miedo?

Entonces, advertí que Antoinette temblaba, y recordé que poco antes llevaba un chal de seda amarilla. Me levanté (con la mente clara y fría y el cuerpo torpe y

pesado). El chal estaba en una silla, en la habitación contigua, y en el aparador había velas. Las saqué a la terraza, encendí dos, y puse el chal sobre los hombros de Antoinette.

—¿Por qué no hablamos mañana, a la luz del día? —propuse.

En tono feroz, dijo:

—No tienes derecho a hacerme preguntas sobre mi madre, y a negarte a escuchar mis respuestas.

—Escucharé, como es natural, y, desde luego, puedes hablar ahora, si lo deseas.

Pero me sentía agobiado por la presencia de algo desconocido y hostil.

—Me siento como un extraño, aquí —dije—. Me parece que este lugar está contra mí y a favor de ti.

—Te equivocas. No está de tu parte ni de la mía. Nada tiene que ver con ninguno de los dos. Esta es la razón por la que le temes, le temes porque es otra cosa diferente. Lo descubrí siendo niña. Lo amaba porque no tenía otra cosa a la que amar, pero es una realidad tan indiferente como este Dios al que tanto invocas.

—Podemos hablar aquí o en cualquier otro sitio, como tú quieras.

La jarra de ron estaba casi vacía, por lo que fui al comedor a buscar otra botella. Antoinette nada había comido y se había negado a probar el vino, pero ahora se sirvió ron, lo tocó con los labios y dejó el vaso.

—Si quieres enterarte de quién era mi madre, te contaré la verdad; toda la verdad, y no mentiras.

Luego, guardó silencio durante un rato tan largo, que le dije dulcemente:

—Sé que, al morir tu padre, tu madre se quedó muy sola, y fue muy desdichada.

—Y muy pobre. No lo olvides. Durante cinco años. Se dice pronto. Pero se tarda mucho en vivirlos. Fueron años de desolación. Tan desolada estaba que se alejó de los demás. Esto suele ocurrir. También yo vivía en soledad, pero, para mí, fue más fácil porque apenas recordaba otra cosa. Para ella fue extraño y temible. Y era muy hermosa. Yo pensaba que cada vez que me miraba al espejo forzosamente tenía que concebir esperanzas e imaginar cosas. Yo también imaginaba cosas. Cosas muy diferentes, desde luego. Se puede fantasear durante mucho tiempo, pero, un día, las fantasías se derrumban, y una se queda sola. Las dos estábamos solas en el más hermoso lugar del mundo. No, no era posible que hubiera un sitio más hermoso que Coulibri. No nos encontrábamos lejos del mar, pero no lo oíamos, sino que siempre oíamos el río. No el mar. Era una casa antigua, y, en otros tiempos, tenía una avenida formada por palmeras, pero muchas habían caído y otras fueron cortadas, y las que quedaban parecían perdidas. Árboles perdidos. Luego, envenenaron el caballo de mi madre, y ya no pudo cabalgar más. Trabajaba en el jardín, incluso cuando más ardiente era el sol y cuando le decían: «Ahora, tiene que entrar en la casa, señora».

—¿Quiénes eran los que esto le decían?

—Con nosotros teníamos a Christophine, el viejo jardinero Godfrey, y un chico del que he olvidado el nombre...

Se echó a reír:

—Sí, ahora lo recuerdo. Se llamaba Disastrous, Desastroso, porque a su madre le parecía una palabra muy bonita. El cura dijo: «Yo no puedo imponer el nombre Disastrous a un niño, hay que darle otro nombre». Por esto, se llamaba Disastrous Thomas, y le llamábamos Sass. Christophine compraba la comida en el pueblo, y conseguía que unas cuantas muchachas jóvenes vinieran a casa, para ayudarla a barrer y a hacer la colada. Mi madre siempre decía que hubiéramos muerto, si Christophine no se hubiese quedado. En aquellos días, fueron muchos los que murieron, blancos y negros, en especial los viejos, pero no se habla de esto, ahora. Todo se ha olvidado, salvo las mentiras. Las mentiras nunca se olvidan, sino que permanecen y crecen.

—¿Y tú? ¿Cómo era tu vida?

—Nunca estaba triste por la mañana, y cada día era un día nuevo. Recuerdo el sabor de la leche y del pan, el sonido del reloj del abuelo, con su lento tic—tac, y la primera vez que me ataron el cabello con un cordel porque no teníamos cinta, ni dinero con que comprarla. En nuestro jardín estaban todas las flores del mundo, y, a veces, cuando tenía sed, después de un chaparrón, lamía las gotas de lluvia sobre las hojas del jazmín. No puedo mostrarte el lugar porque lo destruyeron y, ahora, sólo está aquí.

Se tocó la frente. Siguió:

—Una de las cosas mejores que allí había era una escalinata, de peldaños anchos y a poca distancia los unos de los otros, que llevaba del *glacis* al poyo de montar a caballo y la escalinata tenía baranda de hierro adornado.

—De hierro forjado —corregí.

—Eso, de hierro forjado, y al final, junto al último peldaño, la baranda formaba una curva, como un signo de interrogación, y, cuando lo tocaba, el hierro estaba caliente, esto me daba sensación de consuelo.

—Pero antes has dicho que siempre eras feliz...

—No he dicho esto. He dicho que siempre era feliz por mañana, no siempre por la tarde, y nunca al ocaso, ya que después del ocaso la casa quedaba hechizada, como tantos sitios quedan. Y, entonces, llegó el día en que mi madre se dio cuenta de que yo crecía como una blanca negra, se avergonzó de mí, y, a partir de aquel día, todo cambió. Sí, yo tuve la culpa de que mi madre comenzara a trazar planes y a actuar frenéticamente, febrilmente, a fin de cambiar nuestro vivir. Entonces, la gente volvió a visitarnos, y, a pesar de que todavía odiaba a la gente y de que sus fríos y burlones ojos me daban miedo, aprendí a ocultarlo.

—No.

—¿No, qué?

—No has aprendido a ocultarlo.

—Aprendí a intentarlo.

Pero no muy bien, pensé. Dijo:

—Y, luego, vino la noche de la destrucción.

Se reclinó en la silla, muy pálida. Escancié ron, y le ofrecí el vaso, pero lo apartó de sí con tal brusquedad que salpicó el vestido.

—Ahora ya no queda nada. Lo arrasaron. Era un lugar sagrado. Estaba consagrado al sol.

Comencé a preguntarme hasta qué punto era verdad, hasta qué punto imaginación, deformación. Ciertamente era que gran número de fincas antiguas fueron incendiadas. En todas partes se veían sus ruinas.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, Antoinette prosiguió, con calma:

—Pero quería hablarte de mi madre. Luego, tuve fiebre. Estaba en casa de la tía Cora, en Spanish Town. Oí gritos, y ruidosas carcajadas. La mañana siguiente, la tía Cora me dijo que mi madre estaba enferma y que se había ido al campo. No me pareció raro, debido a que mi madre formaba parte de Coulibri, y si Coulibri había sido destruido, y había desaparecido de mi vida, me parecía natural que también mi madre desapareciera de ella. Estuve mucho tiempo enferma. Iba con la cabeza vendada porque me habían arrojado una piedra. La tía Cora me dijo que la herida de la cabeza se estaba curando y que no me avergonzaría en el día de mi boda. Pero creo que en realidad me estropeó el día de la boda, y todos los demás días y noches.

—Antoinette, ni tus noches ni tus días han quedado estropeados. Aparta de la mente los pensamientos tristes. Si no los tienes, te prometo que nada quedará estropeado.

Pero el corazón me pesaba como si fuera de plomo. Igual que si no hubiera oído, siguió:

—Pierre se murió, y mi madre odiaba al señor Mason. No dejaba que se le acercara o la tocara. Dijo que mataría al señor Mason, y creo que lo intentó. El señor Mason alquiló una casa y contrató a un negro y una negra para que, en ella, cuidaran de mi madre. El señor Mason estuvo triste durante una temporada, pero a menudo se iba de Jamaica y pasaba mucho tiempo en Trinidad. Casi se olvidó de mi madre.

No pude evitar decirle:

—Y también tú la olvidaste.

—No soy mujer dada a olvidar. Pero mi madre no me quería. Cuando iba a verla, me apartaba a empujones y gritaba. Me dijeron que mis visitas la empeoraban. La gente hablaba de ella, la gente no la dejaba en paz. A veces, estaban hablando de ella, y, cuando yo llegaba, se callaban. Un día, tomé la decisión de visitarla sola. Antes de llegar a la casa, la oí gritar. Pensé que mataría a quien fuera que le causara daño.

Desmonté y, corriendo, me dirigí a la terraza, desde donde podía ver el interior de la casa. Recuerdo el vestido que mi madre llevaba. Era muy corto e iba descalza. Vi a un negro gordo, con un vaso de ron en la mano. El negro dijo: «Bebe y olvidarás». Mi madre se bebió el ron de un trago. El negro le sirvió más, mi madre cogió el vaso, se rió, y lo arrojó hacia atrás, por encima del hombro. Se hizo añicos. El negro dijo a la mujer, también negra: «Barre el suelo, no sea que pise los vidrios rotos». La mujer dijo: «Mejor, mejor que los pise, a ver si así se calla». Pero, a pesar de esto, fue en busca de pala y escoba y los barrió. Esto es lo que vi. Mi madre ni siquiera miraba a los negros. Paseaba arriba y abajo, y decía: «Es una sorpresa muy agradable, señor Luttrell. Godfrey, hazte cargo del caballo del señor Luttrell». Luego, pareció cansarse, y se sentó en la mecedora. Vi que el negro la levantaba de la mecedora y la besaba. Vi como la boca del negro quedaba pegada a la de mi madre, y cómo el cuerpo de mi madre se desmadejaba y quedaba inerte en los brazos del negro, quien se echó a reír. La negra también se rió, pero se la veía furiosa. Entonces, huí corriendo. Llegué a casa llorando, y Christophine me esperaba. Cuando me vio, dijo: «¿Y por qué vas allá?». Y yo le contesté: «¡Cállate, vieja bruja, bruja negra del infierno!» Entonces, Christophine dijo: «Ay, ay, ay... qué enfadada está mi niña... »

Después de una larga pausa, oí que Antoinette decía, como si hablara para sí:

—He dicho lo que quería decir. He procurado que comprendieras. Pero nada ha cambiado.

Y se rió. Le dije:

—No rías de esta manera, Bertha.

—No me llamo Bertha. ¿Por qué me llamas Bertha?

—Porque es un nombre que me gusta mucho. Siempre pienso en ti como Bertha.

—Da igual..

—¿A dónde has ido, esta mañana?

—A ver a Christophine. Te diré todo lo que quieras saber, pero en pocas palabras porque las palabras no sirven para nada. Ahora lo sé.

—¿Y por qué has ido a verla?

—Para pedirle un favor.

—¿Y te lo ha hecho?

—Sí.

Otra larga pausa.

—¿Le has pedido consejo?

No contestó.

—¿Qué te ha dicho Christophine?

—Me ha dicho que debiera irme, dejarte.

Sorprendido dije:

—¿De veras?

—Este ha sido su consejo.

—Quiero hacer lo que sea más beneficioso para los dos. Lo que me has contado es muy extraño, muy diferente de lo que cabía esperar. ¿No crees que quizá Christophine esté en lo cierto? ¿No crees que si te fueras de esta casa o yo me fuera (lo que tú prefieras, desde luego), y estuviéramos una temporada separados, adoptaríamos una prudente medida?

Secamente, añadió:

—Bertha, ¿te has dormido? ¿Te encuentras mal? ¿Por qué no me contestas?

Me levanté, me acerqué a ella y cogí sus manos heladas. Dije:

—Llevamos mucho rato sentados aquí y es ya muy tarde.

—Pues vete. Yo quiero quedarme aquí, en la oscuridad...

Y, tras una pausa, añadió:

—Que es donde me corresponde estar.

—Qué tontería...

Le rodeé el cuerpo con el brazo para ayudarla a levantarse. La besé, pero se apartó de mí.

—Tus labios son más fríos que mis manos —observó.

Intenté reír. En el dormitorio, cerré los postigos, y le dije:

—Ahora, duerme. Mañana hablaremos.

—Sí, claro. ¿Vendrás a darme las buenas noches?

—Claro que sí, mi querida Bertha.

—No me llames Bertha esta noche.

—Esta noche, más que en cualquier otra, has de ser Bertha.

—Como quieras.

Cuando entré en su dormitorio, vi polvillo blanco esparcido en el suelo. Esto motivó mi primera pregunta, el polvillo. Le pregunté qué era. Dijo que servía para ahuyentar a las cucarachas.

—¿No has notado que en esta casa no hay cucarachas ni ciempiés? No sabes lo horribles que son esos bichos.

Antoinette había encendido todas las velas y el cuarto estaba poblado de sombras. Había seis velas en el tocador y tres en la mesa junto a la cama. La luz había cambiado a Antoinette. Jamás la había visto tan alegre y tan hermosa. Escancié vino en dos vasos y me entregó uno, pero juro que fue antes de beber el vino cuando ansié enterrar la cara en su cabellera, como solía hacer. Dije:

—Estamos permitiendo que fantasmas se interpongan entre nosotros. ¿Por qué no ser felices?

Christophine también sabe de fantasmas, pero no los llama así.

Ninguna necesidad tuvo Antoinette de hacerme lo que me hizo. Siempre juraré que no tenía necesidad alguna de hacerlo. Cuando me entregó el vaso, sonreía.

Recuerdo que dije, con voz que no parecía mía, que había demasiada luz. Recuerdo que apagué las velas de la mesa contigua a la cama, y esto es cuanto recuerdo. Todo lo que recordaré de aquella noche.

Desperté en la oscuridad, después de soñar que estaba enterrado vivo, y, cuando estuve despierto, subsistió la sensación de ahogo. Sentía algo en la boca, pero de dulce y pesado olor. Lo arrojé de ella, pero seguí sin poder respirar bien. Cerré los ojos y me estuve quieto durante unos segundos. Cuando volví a abrirlos, vi las velas consumidas en el abominable tocador, y supe dónde me hallaba. La puerta de la terraza estaba abierta, y la brisa era tan fresca que me reveló que corrían las primeras horas de la madrugada, los minutos que precedían al alba. Tenía frío, un frío mortal, sentía dolor, y me encontraba mareado. Sin mirar a Antoinette, abandoné la cama, fui tambaleándome al vestidor, y me vi en el espejo. Aparté inmediatamente la vista. No podía vomitar. Sólo podía eructar dolorosamente.

Pensé: «Me han envenenado». Pero fue un pensamiento sin vida. Pensé de la misma manera que un niño deletrea una palabra que no sabe leer, o que, caso de saber, carece para él de significado. Tan mareado estaba que no podía sostenerme en pie, y caí de espaldas en la cama, en donde quedé con la mirada fija en la manta, que era de un raro matiz amarillo. Después de mirar la sábana durante un rato, pude acercarme a la ventana y vomitar. Me pareció pasar horas en este estado. Me apoyaba en la pared, me enjugaba la cara, eructaba y volvía el mareo. Cuando esto hubo terminado, me tumbé en la cama, tan débil que ni moverme podía.

En mi vida he hecho un esfuerzo mayor. Deseaba seguir yacente y dormir, pero me obligué a levantarme. Me sentía débil y mareado, pero ya no enfermo ni dolorido. Me puse la bata, me eché agua a la cara, y abrí la puerta del dormitorio de Antoinette.

La fría luz del amanecer la iluminaba, y me fijé en el triste rictus de sus labios, en el frunce entre las espesas cejas, un frunce profundo, como cortado a cuchillo. Mientras la observaba, rebulló y extendió un brazo. Fríamente, pensé, sí, muy hermosa, la delgada muñeca, la dulce curva del antebrazo, el redondeado codo, y la curva del hombro, nacida en lo alto del brazo. Todo presente, todo correcto. Mientras la miraba, con odio, su rostro se suavizó, volvió a parecer muy joven, e incluso me causó la impresión de que sonriera. Quizá fue todo un juego de luces. ¿Qué, si no?

«Puede despertar en cualquier instante», me dije. Tenía que actuar de prisa. Su viso desgarrado estaba en el suelo. La cubrí cuidadosamente con la sábana, como se cubre a una muerta. Uno de los vasos estaba vacío, era aquel del que Antoinette había bebido. En el otro, que se hallaba en el tocador, quedaba un poco de vino. Mojé el dedo en él, y lo probé. Era amargo. No volví a mirarla, y, con el vaso en la mano, salí a la terraza. Allí estaba Hilda, escoba en ristre. Me llevé el dedo a los labios, y Hilda me miró con los ojos muy abiertos, para, después, imitándome, ponerse el índice ante

los labios.

Cuando me hube vestido, salí de casa, y eché a correr. No recuerdo con claridad aquel día, ni a dónde fui corriendo, ni cómo me caí, ni cómo lloré, o, exhausto, descansé yacente. Pero sí sé que me encontré al fin cerca de la casa en ruinas y el naranjo silvestre. Allí, con la cabeza apoyada en los brazos, seguramente dormí, y, cuando desperté, ya era tarde, y el viento era frío. Me levanté y fui hasta el sendero de regreso a mi casa. Supe evitar la maleza y no tropecé ni una vez. Fui al vestidor, y si me crucé con alguien no lo vi, y si alguien me dirigió la palabra no lo oí.

Sobre la mesa había una bandeja, con una jarra de agua, un vaso y una porción de pardo pastel de pescado. Me bebí casi toda el agua, ya que tenía una gran sed, pero no toqué la comida. Esperé sentado en la cama porque sabía que Amélie vendría, y sabía que me diría: «Me da usted pena». Llegó sigilosamente, descalza.

—Le voy a traer algo que comer —dijo.

Volvió con pollo frío, pan, fruta y una botella de vino del que bebí un vaso en silencio, y, luego, otro. Amélie cortó los alimentos, se sentó a mi lado, y me dio de comer como si yo fuera un niño de corta edad. Su brazo, en la parte trasera de mi cabeza, era cálido, pero la parte exterior, cuando la toqué, estaba fresca, casi fría. Miré su rostro hermoso y sin sentido, me erguí, y alejé de mí el plato. Entonces fue cuando dijo:

—Me da usted pena.

—Ya me lo has dicho en otra ocasión, Amélie. ¿Es que no sabes otra canción?

Apareció en sus ojos una chispa de alegría, pero, cuando me eché a reír, puso temerosa su mano sobre mi boca. La empujé, derribándola en la cama, en donde quedó a mi lado, y los dos reímos. Esto es lo que mejor recuerdo de aquel encuentro. Amélie era tan alegre y tan natural que algo de esta alegría me transmitió, puesto que en momento alguno experimenté remordimientos. Y tampoco sentí deseos de saber qué ocurría al otro lado del tabique que separaba el vestidor del dormitorio de mi esposa.

Desde luego, en la mañana siguiente, diferentes eran mis sentimientos.

Otra complicación. Imposible. Y su piel era más oscura, sus labios más gruesos, de lo que anteriormente creía. Dormía profundamente y en silencio, pero, cuando despertó, había clara percepción en sus ojos, y, momentos después, risa contenida. Me sentía satisfecho y en paz, pero no tan alegre como ella, por Dios, no, no tan alegre. No sentía deseos de tocarla y ella lo sabía, por lo que se levantó en seguida, y comenzó a vestirse.

—Muy gracioso vestido, el que llevas —comenté.

Y me enseñó las muchas maneras en que podía llevarse, ya arrastrando la falda por el suelo, ya alzada, mostrando unas enaguas de encaje, ya más levantada todavía, por encima de la rodilla.

Le dije que pronto me iría de la isla, pero que, ahora, quería ofrecerle un regalo. Fue un regalo cuantioso, que aceptó sin dar las gracias, y sin expresión alguna en su rostro. Cuando le pregunté qué pensaba hacer en la vida, repuso:

—Hace mucho tiempo que sé lo que quiero, pero también sé que no puedo conseguirlo aquí.

—Con tu belleza, puedes conseguir lo que quieras.

Contestó con sencillez:

—Sí, pero no aquí.

Al parecer, quería ir a casa de su hermana, que era modista en Demerara, pero dijo que no pensaba quedarse en Demerara. Quería ir a Río. Allí, había hombres ricos. Divertido, le pregunté:

—¿Y cuándo lo harás?

—Ahora.

A bordo de una barca de pesca de Massacre, iría a la ciudad.

Reí y la embromé. Le dije que huía de la vieja Christophine.

Sin sonreír, repuso:

—A nadie quiero mal, pero no me quedaré aquí.

Le pregunté cómo iría a Massacre, y contestó:

—No quiero caballo ni mula, mis piernas tienen fuerza suficiente para llevarme.

Cuando se iba, no pude resistir la tentación de decirle, en parte llevado por el deseo, y en parte triunfalmente:

—Bueno, Amélie, ¿todavía te doy pena?

—Sí. Me da pena, pero, en mi corazón, también me apiado de ella.

Cerró la puerta con cuidado. Y yo, tumbado en cama, esperé el momento de oír el sonido que sabía oíría, el ruido de los cascos del caballo, al irse mi esposa de casa.

Me di la vuelta y dormí hasta que Baptiste me desperté con el café. La expresión de su rostro era grave. Me dijo:

—La cocinera se va.

—¿Por qué?

Encogió los hombros y abrió los brazos, mostrándome las palmas de las manos.

Me levanté, miré por la ventana, y la vi salir a grandes zancadas de la cocina. Era una mujer corpulenta. No sabía hablar el inglés o decía que no sabía. Olvidé esto, cuando dije:

—Debo hablar con ella. ¿Qué es ese gran paquete que lleva en la cabeza?

—El colchón. Volverá para recoger todo lo demás. Es inútil que hable con ella. No quiere estar más en esta casa.

Me reí, y dije:

—¿También te vas tú?

—No. Yo soy el capataz.

Advertí que no me daba el tratamiento de «señor» o «mi amo.

—¿Y la niña, Hilda?

—Esta hará lo que yo le diga. Se quedará.

—Magnífico. En este caso, ¿por qué tienes la cara tan triste? Tu ama no tardará en volver.

Volvió a encoger los hombros y murmuró algo, aunque ignoro si habló de mi moral o del trabajo suplementario que tendría que hacer, ya que habló en patois.

Baptiste se encargó de las comidas, pero rara vez sonrió, y jamás habló, como no fuera para contestar una pregunta. Mi esposa no regresó. Sin embargo, no por ello me sentía solo o desdichado. Me bastaba con el sol, el sueño y el agua fresca del río. El tercer día, escribí una cautelosa carta al señor Fraser.

Le dije que tenía la intención de escribir un libro sobre el *obeah*, y recordé el relato que él mismo me hizo de un caso en el que había intervenido. ¿Tenía alguna idea acerca del paradero de la mujer que fue protagonista del caso en cuestión? ¿Estaba aún en Jamaica?

Mandé esta carta por el mensajero que venía dos veces por semana, y el señor Fraser seguramente la contestó a vuelta de correo, ya que, a los pocos días, recibí la siguiente respuesta:

He pensado a menudo en su esposa y en usted. En realidad, pensaba escribirles uno de los próximos días. No he olvidado el caso que usted menciona. La mujer en cuestión se llamaba Josephine o Christophine Dubois, o algo parecido, y había sido sirvienta en casa de los Cosway. Al salir de la cárcel, desapareció, pero se sabía que el viejo señor Mason la protegía. Me dijeron que había comprado o había recibido en donación una casita y una parcela de terreno cerca de Granbois. Es una mujer inteligente, a su manera, y sabe expresarse bien, pero no me gustó su aspecto, y la considero persona muy peligrosa. Mi esposa afirma que esa mujer regresó a la Martinica, de donde es nativa, y no le gustó en absoluto el que yo hiciera referencia a este asunto, a pesar de haberme expresado en términos vagos. Me consta que esa mujer no ha vuelto a la Martinica, por lo que he escrito, con suma discreción, una carta a Hill, el inspector de policía blanco de su pueblo. Si esa mujer vive en las vecindades de su casa y vuelve a cometer insensateces, dígamelo inmediatamente. Mandaré un par de policías a su casa, y, en esta ocasión, no será tratada con tanta benevolencia. Tomaré las medidas precisas para que así sea...

Pensé:. «Vas aviada, Josephine o Christophine, vas aviada, Pheena».

Corría aquella media hora subsiguiente a la puesta del sol, la media hora azul, como yo la llamaba. El viento cesa, la luz es muy hermosa, las montañas quedan muy delineadas, y cada hoja de los árboles es nítida y perfectamente recortada. Estaba sentado en la hamaca, observando, cuando Antoinette llegó a caballo. Pasó junto a mí sin mirarme, desmontó y entró en la casa. Oí el golpe de la puerta de su dormitorio, y el sonido de la campanilla violentamente agitada. Baptiste recorrió a toda prisa la terraza, acudiendo a la llamada. Abandoné la hamaca y fui a la sala de estar. Baptiste había abierto la alacena y tenía una botella de ron en la mano. Llenó una jarra, y puso la jarra y un vaso en una bandeja. Le pregunté:

—¿Para quién es?

No contestó. Le dije:

—¿No había camino?

Y me eché a reír. Baptiste respondió

—Yo no sé nada, no sé nada.

En voz aguda, Antoinette gritó:

—¡Baptiste!

—Voy, señora, voy.

Me miró rectamente a los ojos, y se fue con la bandeja. En cuanto a la vieja, vi su sombra antes de verla a ella. También pasó junto a mí sin volver la cabeza. No fue al dormitorio de Antoinette, ni miró hacia allá. Recorrió la terraza, bajó los peldaños y entró en la cocina. En este tiempo, muy breve por cierto, había oscurecido, y llegó Hilda para encender las velas. Cuando le dirigí la palabra, me miró alarmada, y salió corriendo. Abrí la alacena y miré las botellas que en ella había. Allí estaba el ron que mataba en cien años, el brandy, y el vino rojo y el vino blanco llegado de contrabando, supongo, de St. Pierre, Martinica, el París de las Antillas. Decidí beber ron. Sí, era suave al paladar, y esperé, cosa de un segundo, la explosión de calor y de luz en mi pecho, y que la cálida fortaleza se extendiera por mi cuerpo. Entonces, empujé la puerta del dormitorio de Antoinette, que cedió con cierta resistencia a la presión. Seguramente había puesto un mueble tras ella, quizá la mesa circular. Volví a empujar hasta que se abrió lo suficiente para permitirme ver a Antoinette. Yacía en cama, boca arriba. Tenía los ojos cerrados y jadeaba. Se había subido la sábana hasta la barbilla. En la silla, junto a la cama, había una jarra vacía, un vaso con restos de ron, y una campanilla de bronce.

Cerré la puerta y me senté, apoyando los codos en la mesa, ya que creía saber lo que iba a ocurrir, y lo que yo debía hacer. La estancia me parecía insoportablemente calurosa, por lo que apagué casi todas las velas, y esperé en la penumbra. Luego, salí a la terraza, para vigilar la puerta de la cocina, en la que brillaba una luz.

De la cocina, pronto salió la niña, seguida de Baptiste. Al mismo tiempo, en el dormitorio sonó la campanilla. Los dos entraron en la sala de estar y yo los seguí.

Dirigiéndome miradas asustadas, Hilda encendió todas las velas. La campanilla seguía sonando.

—Baptiste —dije—, sírreme una copa de ron fuerte. En estos momentos me apetece.

Baptiste retrocedió un paso y dijo:

—La señorita Antoinette...

Antoinette gritó:

—Baptiste, ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes?

—Voy en seguida, señora.

Cuando Baptiste alargó la mano para coger la botella, se la quité. Hilda salió corriendo de la estancia. Baptiste y yo nos mirábamos en silencio. Pensé que sus grandes ojos saltones y su expresión de pasmo eran cómicos.

En el dormitorio, Antoinette gritó:

—Baptiste! ¡Christophine! ¡Pheena, Pheena!

Baptiste dijo:

—*Que komese!* Voy a buscar a Christophine.

Y salió corriendo, casi tan de prisa como la niña.

Se abrió la puerta del dormitorio de Antoinette. Cuando la vi, tan fuerte fue mi impresión que quedé sin habla. El cabello enmarañado y sucio le caía sobre los ojos inflamados y de fijo mirar, y tenía la cara colorada e hinchada. Iba descalza. Sin embargo, habló en voz baja, casi inaudible.

—He tocado la campanilla porque tengo sed. ¿Es que nadie la ha oído?

Antes de que pudiera impedirlo, se abalanzó sobre la mesa y cogió la botella de ron. Le dije:

—No bebas más.

—¿Y qué derecho tienes a decirme lo que debo hacer?

Volvió a gritar:

—¡Christophine!

Pero se le quebró la voz.

—Christophine es una vieja malvada —dije—, y lo sabes tan bien como yo. No va a estar mucho tiempo más en esta casa.

Imitando mi acento, dijo:

—No va a estar mucho tiempo más en esta casa... ¡Y tampoco tú, tampoco tú!

Sin abandonar el acento remilgado, siguió:

—Yo creía que querías mucho a los negros, pero era mentira, como todo lo demás. Te gustan más las jovencitas mulatas, ¿no es cierto? Insultaste a los plantadores y te inventaste calumnias contra ellos, pero haces lo mismo que ellos hacían. Despediste a la muchacha antes de lo que ellos solían hacerlo, y sin darle dinero o dándole menos dinero que el que ellos les daban. Esta es la única diferencia.

Haciendo un esfuerzo para hablar con calma, dije:

—La esclavitud no es una cuestión de gustos, sino de justicia.

—Justicia. He oído esta palabra. Es una palabra fría.

Hizo una pausa, y siguió hablando en voz baja:

—La he pronunciado. La he escrito. La he escrito varias veces, y siempre me ha parecido una fría y fea mentira. No hay justicia.

Bebió más ron, y prosiguió:

—A mi madre, de quien todos habláis, ¿qué justicia se le hizo? Mi madre, sentada en una mecedora, hablando de caballos muertos y de mozos de cuadra muertos, con un diablo negro besando su triste boca. Como tú besabas la mía.

En la habitación hacía un calor insoportable.

—Voy a abrir la ventana, para que entre un poco el aire —dije.

—También entrará la noche, y la luna, y el aroma de esas flores que tanto te desagradan.

Cuando regresé de la ventana, de nuevo bebía.

—Bertha —murmuré.

—No me llamo Bertha. Quieres convertirme en otra, dándome otro nombre. También esto es *obeah*.

Sus ojos rebosaban lágrimas.

—Si mi padre, mi verdadero padre viviera, no te hubieras quedado aquí, después de que él se las hubiera entendido contigo. Si viviera. ¿Sabes lo que me has hecho? No, no es por lo de la chica. Yo amaba este lugar y tú lo has transformado en un lugar odioso. Solía pensar, antes, que si dejara de tener cuanto tengo, esto sería siempre mío, y, ahora, tú lo has destrozado. Ahora, sólo es un lugar más en el que he sido desdichada, y todo lo demás es nada comparado con lo que aquí ha ocurrido. Odio este sitio tanto como te odio a ti, y antes de morir te demostraré cuánto te odio.

Entonces, ante mi sorpresa, dejó de llorar y dijo:

—¿Es mucho más bella que yo? ¿Es que no me quieres nada?

—No, no te quiero —y al mismo tiempo, recordé que Amélie dijo: «¿Le gusta mi cabello? ¿Verdad que es más bonito que el de ella?»—. En este momento, no.

Se echó a reír. Fue una risa de loca.

—¿Ves? Esto es lo que eres. Una piedra. Pero me está bien empleado porque la tía Cora ya me dijo que no me casara contigo. Ni que estuvieras relleno de diamantes. Y muchas cosas más me dijo, la tía Cora. Le dije, hablas de Inglaterra, y hablas del abuelo, cuando pasaba el vaso de vino por encima de la jarra de agua, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas, al pensar en todos sus amigos muertos o idos, a los que jamás volvería a ver... Y ella dijo, esto nada tiene que ver con la Inglaterra de la que yo he oído hablar. Al contrario, era la Inglaterra en que se cantaba:

Démosle una buena patada

A Charlie, al otro lado del agua,
Charlie, Charlie...^[4]

Había cantado con voz ronca. Y levantó la botella para beber más. No fue muy serena mi voz, cuando dije:

—No.

Conseguí sujetarle la muñeca con una mano, y la botella de ron con la otra, pero, cuando sentí sus dientes en el brazo, solté la botella. El aroma llenó la estancia. Pero, ahora, estaba enfurecido, y Antoinette se dio cuenta. Rompió otra botella contra la pared, y quedó con el cuello de la misma en la mano, dispuesta a matar.

—Tócame, tócame aunque sólo sea una vez —dijo—, y te darás cuenta de que no soy una cobarde como tú.

Entonces, me maldijo extensamente, puesto que maldijo mis ojos, mi boca, todos los miembros y partes de mi cuerpo, y aquello fue como un sueño, en la amplia estancia desmantelada, con la luz de las velas parpadeando, mientras aquella desconocida que era mi esposa, rojos los ojos y desgreñado el cabello, me dirigía obscenas injurias. En este instante de la pesadilla, oí la calma voz de Christophine:

—Calla ahora, y guarda silencio después. Y no llores. Con este hombre, para nada sirve el llanto. Ya te lo he dicho. De nada sirve llorar.

Antoinette se derrumbó en el sofá, y siguió sollozando. Christophine me miró, y en sus ojos menudos había una gran tristeza:

—¿Por qué ha hecho esto? ¿Por qué no se lleva a esta pobre chica, a esta inútil insensata, a otro lugar? A mi niña le gusta el dinero igual que le gusta a usted, seguramente esto es lo que les ha unido. Tienen los mismos gustos.

No podía aguantar más aquello, por lo que volví a salir de la estancia, y me senté en la terraza.

La herida del brazo sangraba y me dolía, por lo que la vendé con el pañuelo. Tenía la impresión de que todo lo que me rodeaba era hostil. El telescopio se alejó y dijo, no me toques. Los árboles eran amenazadores, y las sombras de los árboles, alargándose lentamente sobre el suelo, me amenazaban. La amenaza verde. La sentí desde el primer instante en que vi este lugar. Nada sabía, nada que pudiera serenarme.

Escuché. Christophine hablaba en voz baja, suavemente. Mi esposa lloraba. Después, se cerró una puerta. Habían ido al dormitorio. Alguien cantaba «*Ma belle ka di*», o quizá era aquella canción referente a un día y mil años. Pero, fuese lo que fuere aquello que cantaban o que decían, era peligroso. Debo protegerme. Recorrí silenciosamente la terraza. Vi a Antoinette tendida en cama, absolutamente inmóvil. Como una muñeca. Incluso cuando me amenazó con la botella, había en ella cierta calidad de marioneta. «*Ti moun*», oí y «*Doudou ché*», y, entonces, la punta de un pañuelo de cabeza dibujó un dedo en la pared. «*Do do l'enfant do*». Mientras escuchaba, comencé a adormilarme y a sentir frío.

Con paso inseguro, regresé a la gran estancia iluminada por las velas, que todavía olía fuertemente a ron. A pesar de ello, abrí la alacena y saqué otra botella. En esto pensaba, cuando Christophine entró. Pensaba en tomar una última copa, una buena copa, en mi cuarto, en atrancar ambas puertas y dormir.

—Espero que estará usted contento y satisfecho, y le digo que de nada le servirá decir mentiras. No, conmigo de nada le servirá. Sé lo que está haciendo con esa muchacha tan bien como usted mismo. Mejor que usted. Y no imagine que le temo.

—¿De modo que fue corriendo a contarte que la trataba mal? Hubiera debido imaginarlo.

Christophine dijo:

—Nada me ha dicho. Ni media palabra. Siempre igual. Nadie tiene pizca de orgullo, salvo usted. Pues no, ella tiene más orgullo que usted, y nada ha dicho. La vi en pie ante la puerta de mi casa, con aquella cara, y supe que algo malo le pasaba. Supe que tenía que actuar de prisa, y actué.

—No cabe la menor duda de que has actuado. ¿Y qué le has hecho, antes de devolverla aquí en este estado?

—¡Qué he hecho! ¡Cuidado! No me provoque, que bastante me ha provocado ya. No vale la pena decírselo. ¿Sabe qué he hecho? Le he dicho, *doudou*, si tienes problemas, haces bien en venir a verme. Y la he besado. Entonces, cuando la he besado, y no antes, es cuando se ha echado a llorar. Creo que ha estado mucho, mucho tiempo conteniéndose. Por esto, la he dejado llorar. Esto ha sido lo primero. Más vale que lloren, porque alivia el corazón. Cuando ya no ha podido llorar más, le he dado un vaso de leche. Sí, por suerte tenía leche. No quería comer, no quería hablar. Le he dicho: «Tiéndete en cama, *doudou*, y procura dormir, porque a mí no me importa dormir en el suelo». He visto que no podía dormir de sueño natural, por lo que la he hecho dormir. Esto es lo que he hecho. Y, en cuanto a lo que usted ha hecho, algún día lo pagará.

Tras una pausa, siguió:

—Cuando se ponen así, lo primero que deben hacer es llorar, y lo segundo, dormir. No me hable de médicos. Sé más que los médicos. He desnudado a Antoinette, para que durmiera fresca y cómoda, y entonces he visto la brutalidad con que usted la trata, ¿comprende?

En este punto se echó a reír, y su risa fue alegre y cordial.

—Pero esto tiene poca importancia. No tiene importancia. Cuando se ve lo que yo veo, en este lugar, con el machete reluciendo en un rincón, no se le pone a una la cara larga por cosas tan pequeñas. De esta manera, todavía le querrá más, si es esto lo que le interesa. No por esto llevaba la muerte en la cara. Oh, no.

Prosiguió:

—Una noche, tuve que sostener la nariz de una mujer porque su marido casi se la cercenó con el machete. Le sostuve la nariz, y mandé a un chico a buscar al médico, y vino el médico al galope, siendo negra noche, para coser la nariz de la mujer. Cuando terminó, me dijo: «Christophine, tienes gran presencia de ánimo». Esto me dijo. Pero, ahora, el marido lloraba como un niño. Y el marido va y dice: «Doctor, yo no quería hacerlo, lo he hecho sin querer». Y el doctor va y dice: «Lo sé, Rupert, pero no debe volver a ocurrir, ¿por qué no dejas el machete de marras en el otro cuarto?». Sólo tenían dos cuartos pequeños, y yo digo: «No, doctor, es mucho peor tenerlo al lado de la cama porque, entonces, se harían picadillo el uno al otro, en menos que canta un gallo». Y el doctor se rió, y se rió. Era un buen doctor, el doctor. No diré que a aquella mujer le dejó la nariz igual que antes, pero la verdad es que no se notaba mucho. Rupert se llamaba el marido. Hay muchos Ruperts aquí, ¿se ha fijado? Uno de ellos es Prince Rupert, y el que se inventa canciones es Rupert Rine. ¿Le conoce? Vende las canciones junto al puente, en la ciudad. Cuando dejé Jamaica viví en la ciudad. Es nombre bonito Rupert, ¿verdad? Pero ¿de dónde ha salido este nombre? Me parece que es de los tiempos antiguos. Y aquel doctor era un doctor de los viejos tiempos. No me gustan estos doctores nuevos. La primera palabra que dicen es «policía». La policía... Nunca me ha gustado la policía.

—Estoy seguro de ello. Pero no me has contado lo que pasó, mientras mi esposa estaba contigo. Más exactamente, ¿qué has hecho?

—*¡Su esposa!* No me haga reír. No sé todo lo que usted ha dicho, pero algo sé. Todos saben que usted se casó por dinero, y que se ha quedado con todo el que ella tenía. Y, después, quiere avasallarla, porque tiene celos. Es mejor que usted, tiene mejor sangre que usted, y el dinero no le importa, no le importa nada. Me di cuenta la primera vez que le vi a usted. Es joven, pero ya está endurecido. Engañó a la chica. Le hizo creer que al verla a ella, ya no podía ver el sol.

Así fue, pensé. Fue así. Pero más vale callar. Quizá, entonces, se irán las dos, y podré dormir. Una larga y profunda dormida será la mía, lejos, muy lejos.

Con su voz de acentos judiciales, Christophine siguió:

—Y, entonces, hizo el amor con ella hasta embriagarla, y no había ron que la embriagara tanto, hasta que llegó el momento en que no podía vivir sin ello. Ahora, es ella quien no ve el sol. Sólo le ve a usted. Pero lo único que usted quiere es avasallarla.

(No del modo que imaginas, pensé.)

—Pero se resistió, ¿verdad? Se resistió.

(Sí, se resistió. Lo cual es una lástima.)

—Y, entonces, usted fingió creer todas las mentiras que le contó aquel maldito hijo de mala madre.

(Que le contó aquel maldito hijo de mala madre.)

Ahora todas sus palabras sonaban, en eco, dentro de mi cabeza, sonaban fuertemente.

—Para poder abandonarla.

(Abandonarla.)

—Sin decirle por qué.

(¿Por qué?)

—No más amor, ¿verdad?

(No más amor.)

Fríamente, dije:

—Y, en este momento, es cuando tú interviniste, ¿no es eso? Intentasteis envenenarme.

—¿Envenenarle? ¡Ten paciencia, Christophine, que este hombre está loco! Vino a pedirme algo que consiguiera que usted volviese a amarla, y yo le dije que *béké* no se mezcla en estas cosas. Y le dije que esto es una locura.

(Locura, locura.)

—E incluso si no es locura, es demasiado fuerte para *béké*.

(Demasiado fuerte para béké. Demasiado fuerte.)

—Pero ella lloró y suplicó.

(Lloró y suplicó.)

—Y le di una cosa para el amor.

(Para el amor.)

—Pero usted no ama. Usted sólo quiere avasallarla. Y se sirvió del amor para avasallarla.

(Avasallarla.)

—Me ha dicho que, mientras pasaba lo que pasaba, usted comenzó a ponerle motes. Marionette. Algo así.

(Marionette, Antoinette, Marionetta, Antoinetta.)

—Efectivamente, lo recuerdo.

—Esta palabra significa muñeca, ¿no es verdad? Y se la dijo porque no hablaba. Quería obligarla a gritar y a hablar.

(Obligarla a gritar y a hablar.)

—Pero no quiso. Y, entonces, a usted se le ocurrió otra cosa. Llamó a aquella muchacha indigna, para jugar con ella, en el cuarto contiguo, y los dos hablaron, rieron y amaron, de manera que ella lo oyó todo. Usted quería que lo oyera.

—Sí, no fue por casualidad. Lo hice adrede.

(Cuando ellos se durmieron yo quedé despierta en cama y pasé toda la noche en vela, y tan pronto llegó el día me levanté y vestí, y ensillé a Preston. Y vine a verte. Oh Christophine. Oh, Pheena, Pheena, ayúdame.)

—Todavía no me has dicho exactamente lo que hiciste con mi... con Antoinette.

—Sí, se lo he dicho. La hice dormir.

—¿Todo el tiempo?

—No, no. La desperté para que tomara el sol y se bañara en el agua fresca del río. Sí, a pesar de que se caía de sueño. Le hice una sopa fuerte, una buena sopa. Le di leche, cuando la tenía, y le di fruta que arranqué de mis árboles. Y, si no quería comer, le decía: «Hazlo por mí, *doudou*». Y comía, y, luego, volvía a dormir.

—¿Y por qué lo hiciste?

Hubo un largo silencio. Luego, dijo:

—Más valía que durmiera. Más valía que durmiera mientras yo hacía lo preciso para curarla. Pero de esto no le voy a hablar.

—Por desgracia, tu cura no surtió efectos. En lugar de mejorarla la has empeorado.

Irritada, repuso:

—Sí, la curé, la curé. Pero tuve miedo de que durmiera demasiado. Había mañanas en que no podía despertar, y otras mañanas en que despertaba pero era igual que si siguiera durmiendo. Y no quise darle más... más de aquello que le daba.

Después de otra pausa, siguió:

—Y en vez de darle lo que le daba, le di ron. Sabía que no podía hacerle daño. No le di mucho. Y tan pronto se hubo bebido el ron, comenzó a gritar diciendo que tenía que volver al lado de usted, y no pude calmarla. Dijo que, si yo no la acompañaba, iría sola, pero que quería que la acompañara. Y, entonces, he oído como usted le decía que no la quería, y que se lo decía con calma y frialdad, deshaciendo así todo el bien que yo hice.

—¡Todo el bien que hiciste! Estoy ya cansado de tus estupideces, Christophine. Lo único que has hecho es dejarla borracha perdida, con, ron barato, y, ahora, da pena verla. Al principio, no la reconocía. Ignoro por qué lo hiciste. Supongo que lo hiciste impulsada por el odio hacia mí. Y si tanto has escuchado, quizá hayas oído todo lo que Antoinette ha reconocido, incluso alardeando de ello, y todos los insultos que me ha dirigido. No cabe duda de que tu *doudou* maneja bien el lenguaje obsceno.

—No es verdad. Le digo que no es verdad. Usted la hace tan desdichada, que no sabe lo que dice. Su padre, el viejo señor Cosway, era muy mal hablado, y ella le oía. Una vez, cuando era pequeña, se escapó de casa, y se fue con los pescadores y los marineros de la bahía. ¡Qué gente!

Levantó la vista al techo.

—Parece mentira que en otros tiempos fueran inocentes niños. Y la niña, cuando regresó, hablaba como ellos. Pero no comprendía lo que decía.

—Creo que comprendía todas las palabras y que las decía con toda intención. Pero tienes razón, Christophine, fue cosa de poca monta. Total, nada. Aquí no hay machete, y, en consecuencia, no ha habido heridas de machete. Esta vez, nada ha

pasado. Tengo la seguridad de que hiciste lo preciso para que así fuese, por borracha que Antoinette estuviera.

—Es usted un hombre muy endurecido, a pesar de su juventud.

—Como quieras, Christophine, como quieras.

—Se lo dije. Se lo advertí. Le dije, este hombre no te ayudará, cuando te vea derrumbada. Esto es algo que sólo los mejores pueden hacerlo. Los mejores y, a veces, los peores.

—Pero ¿tú crees que yo soy uno de los peores?

Con indiferencia, repuso:

—No, no es de los mejores y no es de los peores. Es...

Encogió los hombros, y concluyó:

—No la ayudará. Esto es todo. Y se lo dije.

Casi todas las velas se habían consumido. Christophine no encendió más velas. Y yo tampoco. Estábamos sentados en la penumbra. Pensé que debía interrumpir aquella inútil conversación, pero no podía evitar el escuchar hipnotizado aquella voz oscura procedente de la oscuridad.

—Conozco a esta chica. Jamás volverá a pedirle que la ame. Preferirá morir a hacerlo. Pero yo, Christophine, se lo suplico a usted. Le quiere mucho. Está sedienta de usted. Espere, espere usted, y quizá pueda volverla a amar. A amarla un poco, como ella dice. Un poco. Que es cuanto usted puede amar.

Sacudí la cabeza, y seguí sacudiéndola mecánicamente.

—Esto se debe a las mentiras que ese amarillo hijo de mala madre le contó. Y no es un Cosway, ése. Su madre era una mala mujer que quiso engañar al viejo Cosway, pero el viejo no se dejó engañar. El viejo dijo: «Uno más o una menos, poco importa», y se echó a reír. Pero se equivocó. Cuando más se hace en beneficio de esa gente, más le odian a uno. El odio que siente este hombre, Daniel, no le da ni un momento de reposo. Si yo hubiera sabido que iba usted a venir aquí, se lo hubiera impedido. Pero se casó usted de prisa, y de prisa se fue de Jamaica. No tuve tiempo.

—Antoinette me ha dicho que todo lo que me contó ese hombre es verdad. Y, en estos momentos, Antoinette no mentía.

—Usted la había ofendido, y ella quería ofenderle a usted. Por esto lo dijo.

—¿Y que su madre estaba loca es también mentira?

Christophine no contestó inmediatamente. Cuando lo hizo, su voz no era calma:

—La llevaron a la locura. La pérdida de su hijo fue, para ella, la pérdida de sí misma, durante una temporada, y la encerraron. Le dijeron que estaba loca, y se portaron como si lo estuviera. Le hicieron preguntas y preguntas. Pero no le dijeron ni una palabra amable, no tenía amigos, y su marido se fue, abandonándola. No me dejaron verla. Lo intenté, pero no. No dejaron que Antoinette la viera. Y, por fin, no sé si loca, se rindió, y nada le importaba. El hombre que la cuidaba la poseía cuando

quería, y la mujer de este hombre hablaba. Sí, este hombre y otros. Así era. No hay Dios.

Le recordé:

—Sólo tus espíritus.

Con firmeza, dijo:

—Sólo mis espíritus. La Biblia de ustedes dice que Dios es un espíritu, pero no dice que no haya otros espíritus. No, señor. Me apenó mucho lo que le pasó a su madre, y no quiero que se repita. ¿La llamó usted muñeca? ¿Es que no le dejaba satisfecho? Pruebe otra vez, porque creo que, ahora, le dejaré satisfecho. Si usted la abandona, la hará trizas, como hicieron trizas a su madre.

Cansado, repuse:

—No la abandonaré. Haré cuanto pueda por ella.

—¿Y la amaré tal como antes la amaba?

(*Dele a mi hermana, su esposa, un beso de mi parte. Amarla como la amé, oh, sí, la amé. ¿Cómo puedo prometer semejante cosa?*) Nada dije.

—Será ella quien no quede satisfecha. Es criolla y lleva el sol en el cuerpo. Ahora, diga la verdad. Ella no fue a su casa, en ese lugar llamado Inglaterra, del que a veces me hablan, ella no fue a su hermosa casa, para suplicarle que se casara con ella. Usted fue quien hizo el largo viaje hasta la casa de Antoinette, para pedirle que se casara con usted. Y ella le amó y le dio cuanto tenía. Ahora, usted dice que no la ama, y la avasalla. ¿Y qué piensa hacer con el dinero de Antoinette, eh?

Había hablado, como antes, en voz baja, pero advertí un siseo, al pronunciar la palabra «dinero». Naturalmente, pensé, ahí está la causa y razón de toda esa comedia. Ya no me sentía átono, ni cansado ni medio hipnotizado, sino despierto y alerta, dispuesto a defenderme.

Me dijo que por qué no devolvía la mitad de la dote de Antoinette y me iba de la isla:

—Váyase de las Antillas, si no quiere verla más.

Le pregunté qué cantidad estimaba que debía yo entregar, pero contestó con vagas palabras:

—Para eso están los abogados y gentes de oficio parecido.

—¿Y qué sería de Antoinette, después?

Ella, Christophine, se encargaría de Antoinette (y del dinero, naturalmente).

Con la esperanza de que mi voz fuera tan equilibrada como la suya, dije:

—¿Y os quedaríais las dos aquí?

No, se irían a la Martinica, y, luego, a otros sitios.

—Me gustaría ver mundo, antes de morir.

Quizá debido a mi serenidad y compostura, añadió con mala intención:

—Se casaría con otro. Se olvidaría de usted, y viviría feliz.

Entonces, sentí una punzada de rabia y de celos. No, no, no me olvidaría... Me eché a reír.

—¿Se ríe de mí? ¿Por qué se ríe de mí?

—Claro que me río de ti, vieja ridícula. No pienso hablar ni un minuto más de mis asuntos contigo. Ni con tu ama. He escuchado todo lo que tenías que decir, y no creo ni media palabra. Despídete de Antoinette y vete. Tú tienes la culpa de todo lo que ha ocurrido, así es que no vuelvas.

Se levantó, muy erguida la espalda, y se puso las manos en las caderas:

—¿Quién es usted para decirme que me vaya? Esta casa era de la madre de la señorita Antoinette, y, ahora, es de ésta. ¿Quién es usted para decirme que me vaya?

—Ten la seguridad de que, ahora, esta casa es mía. O te vas o digo a los hombres que te echen.

—¿Y cree que los hombres de aquí se atreverán a tocarme? No son tan estúpidos como usted, y nunca se atreverán a tocarme.

—En este caso, llamaré a la policía. Incluso en esta isla abandonada de la mano de Dios, hay agentes de la autoridad que hacen cumplir la ley.

—No hay policía aquí, no hay cadenas, no hay oscuros calabozos. Es un país libre y soy una mujer libre.

—Christophine, viviste varios años en Jamaica, y conoces bien al señor Fraser, el magistrado de Spanish Town. ¿Te gustaría oír lo que me ha dicho?

Me miró fijamente. Le leí el final de su carta: *he escrito, con suma discreción, una carta a Hill, el inspector de policía blanco de su pueblo. Si esa mujer vive en las vecindades de su casa y vuelve a cometer insensateces, dígamelo inmediatamente. Mandaré un par de policías a su casa, y, en esta ocasión, no será tratada con tanta benevolencia. Tomaré las medidas precisas para que así sea...*

—¿Diste a tu ama el veneno que me echó en el vino?

—Ya se lo he dicho antes. Dice usted tonterías.

—Habría que verlo. Conservo una muestra de aquel vino.

—Se lo advertí a la señorita Antoinette... No siempre produce los efectos que *béké* desea. A veces, crea problemas... Y, ahora, usted me echa y se queda con todo el dinero de la señorita Antoinette. ¿Qué va a hacer con ella?

—No tengo por qué contarte mis planes. Proyecto regresar a Jamaica para consultar con los médicos de Spanish Town, y con el hermano de Antoinette. Y haré lo que me digan. Esto es todo lo que pienso hacer. Antoinette no está bien.

—¡Su hermano!

Escupió en el suelo. Siguió:

—Richard Mason no es su hermano. ¿Piensa que me engaña? Usted quiere su dinero, pero no la quiere a ella. Quiere hacerla pasar por loca. Lo sé, lo sé. Los médicos dirán lo que usted quiera. Richard dirá lo que usted quiera, y sé que lo dirá

contento y a gusto. Antoinette terminará como su madre. ¿Y hace usted eso por dinero? ¡Es más malvado que Satán!

Furioso, a gritos, dije:

—¿Y crees que he querido llegar a esta situación? Daría mi vida para deshacer lo hecho. Daría los ojos por no haber visto jamás este abominable lugar.

Se rió.

—Por primera vez dice la verdad. Pero tenga cuidado al decir lo que daría. Tenga cuidado. Se está usted metiendo en algo que quizá no sepa lo que es...

Comenzó a murmurar para sí, pero no en patois. Ahora, yo sabía distinguir el sonido del patois.

Pensé: «Está tan loca como la otra». Di media vuelta y me encaminé hacia la ventana.

Los criados se hallaban en pie, agrupados, bajo la copa del nogal. Baptiste, el muchacho que le ayudaba en la cuadra, y la niña Hilda.

Christophine llevaba razón. No querían mezclarse en el asunto.

Cuando miré a Christophine, su rostro parecía una máscara, y no había miedo en sus ojos. Era una luchadora, tuve que reconocerlo. Contra mi voluntad, repetí:

—¿Quieres despedirte de Antoinette?

—Le di una cosa para que durmiera, algo que no le hará daño. No quiero despertarla a la desdicha. Eso lo hará usted.

Secamente le dije:

—Puedes escribirle

—Escribir y leer no sé. Otras cosas, sí.

Y se fue, sin volverla vista atrás.

Todo deseo de dormir me había abandonado. Anduve por la estancia, arriba y abajo, y sentí el cosquilleo de la sangre en las puntas de los dedos. La sensación ascendió por mis brazos y alcanzó el corazón, que comenzó a latir muy de prisa. Mientras caminaba, hablaba en voz alta. Y, hablando, redacté la carta que me disponía a escribir.

—Sé que planeaste esto porque deseabas desembarazarte de mí. No me querías. Y mi hermano tampoco. Tu plan se convirtió en realidad debido a que yo era joven, vanidoso, insensato y confiado. Sobre todo, debido a que era joven. Por esto, pudiste hacerme lo que me hiciste...

Pero, ahora, ya no soy joven, pensé. Dejé de pasear, y bebí. Realmente, este ron es suave cual la leche materna o la bendición del padre.

Imaginé la expresión del rostro de mi padre al leer semejante carta.

Escribí:

Querido padre: En breve, dejaremos esta isla, para trasladarnos a Jamaica. Circunstancias imprevistas, al menos por mí., me han obligado a tomar esta decisión. Tengo la seguridad de que sabes, o adivinas, lo que ha pasado, y también estoy seguro de que comprendes que cuanto menos hables de mis asuntos, en especial de mi matrimonio, mejor será para todos. Lo digo en beneficio de tus intereses y de los míos. Volveré a escribirle. Pronto, espero.

Después, escribí a los abogados de Spanish Town que se habían encargado de mis asuntos. Les dije que deseaba alquilar una casa amueblada, no muy cerca de la ciudad, y que fuera lo bastante amplia para permitir la convivencia de dos personas, en habitaciones separadas. También les dije que contrataran servidumbre, a la que estaba dispuesto a retribuir con largueza —siempre y cuando mantengan la boca cerrada, pensé—, a condición de que sea gente discreta, escribí. Mi esposa y yo llegaríamos a Jamaica dentro de una semana, aproximadamente, y esperábamos encontrarlo todo dispuesto.

Mientras escribía esta carta, un gallo cantó persistentemente, fuera. Cogí el primer libro que mi mano alcanzó y lo arrojé al gallo, pero el gallo se apartó unos metros, y volvió a cantar.

Apareció Baptiste, quien dirigió la vista al silencioso dormitorio de Antoinette.

—¿Te queda mucho más de este espléndido ron?

—Mucho.

—¿Realmente tiene cien años?

Con indiferencia, afirmó en silencio, mediante un movimiento de la cabeza. Cien años o mil años, lo mismo le daba a le bon Dieu, y también a Baptiste.

—¿Por qué diablos canta tanto este maldito gallo?

—Es que el tiempo va a cambiar.

Sus ojos seguían fijos en la puerta del dormitorio, por lo que grité a Baptiste:

—¡Está durmiendo! ¡Dormi, dormi!

Sacudió la cabeza y se fue.

Y creo que, al irse, me miró con ceño. También tuve el entrecejo fruncido mientras leí la carta que había escrito a los abogados. Por alto que fuera el salario que pagara a los criados de Jamaica, con ello jamás compraría discreción. Murmurarían, se inventarían canciones (se inventan canciones acerca de todo, de cualquier cosa, de todo el mundo. Había que oír la canción referente a la esposa del gobernador...). Fuera donde fuese, se hablaría de mí. Bebí más ron, y bebiendo, dibujé una casa rodeada de árboles. Una casa muy grande. Dividí en cuartos el tercer piso, y en uno de estos cuartos dibujé una mujer de pie. Era una figura infantilmente dibujada, una circunferencia por cabeza, una raya por cuerpo, y un triángulo en vez de falda, con líneas en diagonal que representaban brazos y pies. Pero la casa era inglesa.

Árboles ingleses. Me pregunté si volvería a ver Inglaterra.

Bajo las adelfas... Contemplaba las ocultas montañas, y las nieblas que las cubrían. Hoy hace fresco. Es un día fresco, calmo y nuboso, cual los del verano inglés. Pero, por mucho que viaje, jamás veré un lugar tan hermoso como éste.

Falta poco para la temporada de los huracanes, pensé, y advertí como aquel árbol hundía más sus raíces en la tierra, para resistir el empuje de los vientos. Inútil. Cuando llegan los vientos los árboles caen. Algunas palmeras reales quedan en pie (me lo dijo ella). Quedan sin ramas, como altas columnas pardas, pero en pie, desafiantes. Por algo se denominan reales. Los bambúes adoptan una actitud más cómoda, se inclinan hacia la tierra, yacen en la tierra, y, allí, gimen, se estremecen y suplican clemencia. Y el viento pasa despectivo, sin fijarse en aquellos miserables seres. (*Dejémosles vivir.*) El viento salvaje pasa, rugiendo, gritando, riendo.

Sin embargo, para esto, aún faltan unos meses. Ahora, tenemos un verano inglés, fresco y gris. Pero pienso en mi venganza y en huracanes. Las palabras pasan veloces por mi cabeza (y también pasan hechos). Palabras. Lástima es una de ellas. No me deja en paz.

La lástima, como un recién nacido desnudo, cabalgando en el viento.

Esto lo leí hace mucho tiempo, cuando era joven. Ahora, odio a los poetas y a la poseía. Como odio la música, que tanto me gustaba. Canta tus canciones, Rupert Rine, que yo no las escucharé, a pesar de que dicen que es dulce tu voz.

Lástima. ¿Es que nadie me la tiene? Atado a una loca para toda la vida, una yacente loca borracha que ha seguido el mismo camino que su madre.

«*Le quiere mucho, mucho. Está sedienta de usted. Dice que la ame un poco. Es cuanto usted puede amar, un poco.*»

Sarcástica fuiste hasta el último momento, bruja. ¿Crees que no lo sé? Está sedienta de cualquiera, no de mí...

Se suelta la negra cabellera, y ríe, prodiga caricias y halaga (está loca, y ni se fija en quien ama). Gime, grita y se entrega como ninguna mujer en su sano juicio hace o puede hacer. O puede hacer. Luego, yace quieta y en silencio, tan en silencio como este día nuboso. Una loca que siempre sabe cuál es el momento oportuno. Pero que nunca lo aprovecha.

Y tantas veces se ha embriagado, tantas veces ha empleado sus artimañas, que incluso los seres más bajos encogen los hombros y se mofan de ella. ¿Y tengo que ofenderme? ¿Yo? No, estoy por encima de esto.

«*Le quiere mucho, mucho. Pruebe otra vez.*»

Pero yo te digo que a nadie quiere. Ni tocarla podría. Salvo del modo en que el huracán tocará al árbol, tronchándolo. ¿Dices que esto hice? No. Aquello era furia de amar. Ahora, sí, lo haré.

No volverá a reír al sol. No volverá a vestirse con esmero y a sonreírse a sí misma

ante aquel maldito espejo. Tan contenta, tan satisfecha.

Tonta y vana criatura, ¿Nacida para amar? Sí, pero no tendrá amante, porque yo no la deseo, y a otro no verá.

El árbol se estremece. Se estremece y reúne todas sus fuerzas. Espera.

(Ahora, sopla viento fresco, viento fresco. ¿Lleva en sí el niño recién nacido que cabalgará en los soplos del huracán?)

Dijo que amaba este lugar. No volverá a verlo. Esperaré ver una lágrima, una lágrima humana. No esa cara vacía, animada por el odio, enloquecida por la luz de la luna. Escucharé... Y si dice adiós, quizá adieu... *Adieu*, como en esas viejas canciones que cantaba... Siempre adieu (y todas las canciones lo dicen)... Y si también ella lo dice, la tomaré en brazos, tomaré en brazos a mi loca. Está loca pero es mía, mía. ¡Qué me importan los dioses y los demonios, o el propio Destino! Si sonrío o llora, o sonrío y llora. *Para mí*.

Antoinette, también yo puedo prodigar dulzura. Esconde tu rostro. Escóndete, pero hazlo en mis brazos. Pronto verás cuanta dulzura puedo dar. Mi loca. Mi muchacha loca.

Y he aquí que el día gris viene en mi ayuda. No hay ardiente sol.

No hay sol... No hay sol. El tiempo ha cambiado.

Baptiste esperaba y los caballos estaban ensillados. El muchacho se hallaba junto al nogal, y, a su lado, tenía el cesto que iba a transportar. Estos cestos son ligeros e impermeables. Decidí servirme de uno de estos cestos para llevar en él las ropas imprescindibles. Nuestros restantes efectos nos serían enviados dentro de un par de días. En Massacre nos esperaba un coche. Lo había previsto todo.

Antoinette estaba en la *ajoupa*. Se había vestido cuidadosamente, con ropas de viaje, pero en su rostro no había expresión alguna. ¿Lágrimas? No le queda ni una lágrima dentro. Pero, en fin, ya veremos. Me pregunté si Antoinette recordaba algo, sentía algo. (La nube azul, esa sombra, es la Martinica. El aire es diáfano, ahora... O si recordaba los nombres de las montañas. No, no montañas. *Morne* las llamaba. «Montaña es una palabra fea...» O las historias referentes a Jack Spaniards. Muy antiguas. Y cuando dijo: «¡Mira! ¡La Gota Esmeralda! Trae buena suerte». Sí, por un momento el cielo fue verde, de un luminoso verde de ocaso. Extraño. Pero no tan extraño como extraño era decir que traía buena suerte.

De todo modos, estaba, yo, preparado para su indiferencia. Sabía que mis sueños eran sueños. Pero la tristeza que sentía al contemplar la desvencijada casa blanca... No, para esto no estaba preparado. Más que en cualquier otro momento anterior la casa pugnaba por apartarse del bosque negro, reptante cual serpiente. Más alto y con mayor desesperación gritaba: Salvadme de la destrucción, de la ruina, de la desolación. Salvadme de la larga y lenta muerte que me darán las hormigas. Pero

¿qué haces tú aquí, loca? Tan cerca del bosque. ¿No sabes que el bosque es peligroso? ¿Y que los oscuros bosques siempre triunfan? Siempre. Si no lo sabes, pronto lo sabrás, y yo nada puedo hacer para defenderte.

Baptiste parecía un hombre distinto. No había en él el más leve rastro del cortés criado que antes era. Se tocaba con un sombrero de paja, con alas muy anchas, como los sombreros de los pescadores, pero con la copa chata, y no alta y puntiaguda. Su ancho cinturón de cuero brillaba, al igual que la empuñadura de su machete envainado, e inmaculada era su camisa de algodón azul, y sus pantalones. Sabía que el sombrero también era impermeable. Se había preparado para las lluvias que, ciertamente, se avecinaban.

Dije que quería despedirme de la niña que reía: Hilda. En su cuidadoso inglés, Baptiste repuso:

—Hilda no está. Se fue ayer.

Habló en tono ciertamente cortés, pero pude percibir el desprecio que sentía, y su antipatía. Era el mismo desprecio que sentía aquella bruja, cuando dijo: «Pruebe mi sangre de toro». Con lo que quiso decir que el brebaje me haría hombre. Quizá. ¡Poco me importaba lo que de mí pensarán! En cuanto a Antoinette, debo decir que, por el momento, me había olvidado de ella. Pero nunca comprenderé por qué razón, de repente, de un modo desconcertante, tuve la certidumbre de que cuanto había imaginado ser verdad era falso. Falso. Sólo la magia y los sueños son verdad, todo lo demás es mentira. Y más vale olvidarlo. Aquí está el secreto. Aquí.

(Pero se ha perdido, este secreto, y quienes lo saben no pueden decirlo.)

No, no está perdido. Lo he encontrado en un escondrijo, y lo conservaré, lo retendré con fuerza. Como la retendré a ella.

La miré. Miraba el mar lejano. Era la encarnación del silencio.

Canta, Antoinette. Ahora, te oigo:

*Aquí el viento dice ha sido, ha sido
Y el mar dice ha de ser, ha de ser
Y el sol dice puede ser, será
¿Y la lluvia?*

—Tienes que escuchar esto. Nuestra lluvia sabe todas las canciones.

—¿Y todas las lágrimas?

—Todas, todas, todas.

Sí, escucharé la lluvia. Escucharé al pájaro de montaña. Para el latir del corazón la única nota solitaria, alta, dulce, desolada y mágica. Se contiene la respiración, para volverla a escuchar... No... Ya se ha ido. ¿Qué debía decir a Antoinette?

No estés triste. O piensa *Adieu*. Nunca *Adieu*. Volveremos a ver la puesta del sol, muchas veces, y quizá veamos la Gota Esmeralda, el verde resplandor que trae buena

suerte. Y debes reír y parlotear como solías, debes contarme la batalla de los Santos o la merienda de Marie Galante, la famosa merienda que terminó en pelea. O hablarme de los piratas y de lo que hacían entre una y otra expedición. Porque cada expedición podía ser la última. El sol y el ron forman una mezcla que se sube a la cabeza. Y, luego, el terremoto. Oh, sí, la gente dice que Dios se enfadó al saber las cosas que los piratas hacían, y Dios despertó de su sueño, sopló, y los barrió. Volvió a dormir. Pero dejaron sus tesoros, oro y más que oro. Algunos se descubren, pero los descubridores nunca lo dicen, porque, ¿sabes?, si lo dicen, sólo se quedan con la tercera parte, ya que ésta es la ley de los tesoros. Como quieren quedarse con todo, no lo dicen. Son objetos preciosos y, a veces, joyas. No sabes las cosas que encuentran y que venden en secreto a hombres cautelosos que pesan y miden, dudan, hacen preguntas que no se contestan, y, luego, dan dinero. Todo el mundo sabe que, se descubren monedas de oro y tesoros, en Spanish Town (y también aquí). En todas las islas hay tesoros que surgen de la nada, que surgen de lugares que nadie sabe. Sí, porque más vale no hablar de tesoros. Más vale a nadie decirlo.

Sí, más vale a nadie decirlo. No puedo decirte que apenas escucho tus historias. Ansiaba que llegara la noche y la oscuridad, y el momento en que las flores de luna se abren.

*Borra la luna,
Arranca las estrellas.
Ama en la oscuridad, porque en ella estaremos
Pronto, muy pronto.*

Lo mismo que los jaques piratas, saquemos el mayor partido, el mejor y el peor partido, de lo que tenemos. No demos un tercio, sino todo. Todo—todo—todo. Nada guardemos...

No, no diría esto, yo. Sabía lo que diría. «He cometido un terrible error. Perdóname».

Lo dije, mirándola, viendo el odio en sus ojos, y sintiendo que mi odio se alzaba para enfrentarse con el suyo. Otra vez el abismal cambio, el recuerdo, el enfermizo regreso al odio. Me compraron, a mí, con su sucio dinero. Y tú les ayudaste a hacerlo. Me engañaste, me traicionaste, y peor aún te portarás, si tienes ocasión... (*Esa chica le mira a los ojos y le dice dulces palabras, pero son mentiras. Mentiras. Su madre era igual. Dicen que es peor que su madre.*)

Si mi destino ineludible era el infierno, que infierno sea. Basta ya de falsos cielos. No más magia maldita. Me odias y te odio. Ya veremos quién odia mejor. Pero, primero, destruiré tu odio. Ahora. Mi odio es más frío y más fuerte, y te quedarás sin odio en el que calentarte. Nada tendrás.

Y lo hice. Vi como el odio desaparecía de sus ojos. Lo eché. Y al desaparecer el

odio, desapareció su belleza. Entonces, sólo fue un fantasma. Un fantasma a la gris luz del día. Nada quedó, salvo desesperanza. Di «*muérete*» y me *moriré*. Di «*muérete*» y verás como me muero.

Alzó la vista. Hermosos ojos vacíos. Ojos locos. Muchacha loca. No sé lo que hubiera hecho o lo que hubiese dicho. En total, todo. Pero en aquel instante, el chico cuyo nombre ignoraba, apoyó la frente en el tronco del nogal y comenzó a sollozar. Sonoros sollozos que partían el alma. Pero conseguí dominarme, me acerqué a aquella gente, y pregunté fríamente:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué llora?

Baptiste no contestó. Su rostro ceñudo se puso algo más ceñudo, y esta fue la repuesta de Baptiste.

Antoinette me había seguido, y contestó mi pregunta. Apenas pude reconocer su voz. No había calor ni dulzura en ella. La muñeca tenía voz de muñeca, una voz ahogada y de curiosa indiferencia:

—Cuando llegamos, este chico me preguntó si le dejaríamos, si tú le dejarías, venir con nosotros, cuando nos fuéramos. No quiere dinero. Sólo quiere estar a tu lado. Sí, porque...

Se detuvo y se pasó la punta de la lengua por los labios. Siguió:

—Te quiere mucho. Le dije que sí. Que le dejarías venir. Ahora, Baptiste le ha dicho que no. Y por esto llora.

Irritado, dije:

—Naturalmente que no.

(¡Dios! ¡Lo que faltaba! ¡Un niño medio salvaje además de una... una...!)

Sin abandonar su tono de indiferencia, Antoinette dijo:

—Habla inglés. No sabes lo mucho que se ha esforzado en aprender el inglés.

—Pues no ha conseguido aprender un inglés que yo comprenda.

Y, al mirar el blanco y rígido rostro de Antoinette, mi furia aumentó:

—¿Y qué derecho tienes tú a hacer promesas en mi nombre? ¿O a hablar en mi nombre?

—No, no tenía derecho, y lo lamento. No te comprendo. Nada sé de ti, y no puedo hablar en tu nombre.

Y esto fue todo. Me despedí de Baptiste, quien se inclinó rígidamente, con desgana, y murmuró algo... Sus deseos de que tuviéramos buen viaje, supongo. Tengo la certeza de que en aquel momento deseé que aquel hombre no volviera a verme en su vida.

Antoinette ya había montado a caballo, y Baptiste se acercó a ella. Cuando Antoinette le ofreció la mano, Baptiste la cogió, y, sin soltarla, le habló con gran vehemencia. No oí sus palabras, pero pensé que Antoinette se iba a echar a llorar. Pero no, la sonrisa de muñeca volvió a aparecer, y quedó clavada en su cara. E

incluso en el caso de que hubiera llorado más que la Magdalena, de nada hubiera servido. Estaba agotado. Todas las locas emociones contradictorias habían desaparecido, dejándome cansado y vacío. Cuerdo.

Estaba cansado de aquella gente. Me desagradaban sus risas y sus lágrimas, sus halagos y su envidia, sus engaños y su vanidad. Y odiaba aquel lugar.

Odiaba las montañas y las colinas, los ríos y la lluvia. Odiaba los ocasos, fuera cual fuese su color, odiaba su belleza y su magia, y odiaba el secreto que nunca llegaría a descubrir. Odiaba la indiferencia de aquel lugar, así como la crueldad que formaba parte de su belleza. Y, sobre todo, odiaba a Antoinette. Sí, porque pertenecía a aquella magia y belleza. Me había dejado sediento, y toda mi vida sentiría sed y deseo de aquello que había perdido, antes de encontrarlo.

Nos alejamos, abandonando el lugar, el lugar oculto. Un lugar que no era para ella, ni era para mí. Y de que así fuera, yo me encargaría, eso por descontado. Antoinette cabalgaba delante, por la carretera, y al poco se había ya distanciado mucho de mí.

Muy pronto, Antoinette pasará a formar parte de aquellos que saben el secreto y no lo dicen. O no pueden decirlo. O que lo intentan y no lo consiguen, debido a que no saben lo suficiente. Se les puede reconocer. Blancas caras, ojos pasmados, gestos vagos, agudas risas. El modo en que caminan y hablan y gritan e intentan matar (a sí mismos o a uno) si uno contesta con risas sus risas. Sí, hay que vigilarlos. Sí, porque llega el momento en que intentan matar y, después, desaparecer. Pero siempre hay otros que esperan el momento de ocupar el lugar de los que desaparecen, otros que forman una larguísima cola. Y en la cola está ella. También yo puedo esperar, esperar el día en que Antoinette sólo sea un recuerdo que evitar, encerrado, y, como todos los recuerdos, una leyenda. O una mentira...

Recuerdo que, en el momento en que doblamos la esquina, pensé en Baptiste, y me pregunté si acaso tenía apellido. Nunca se lo había preguntado. Luego, pensé que vendería la casa por lo que quisieran darme. Pensaba devolvérsela a Antoinette. Pero, ahora, ¿de qué le serviría?

Aquel estúpido muchacho nos siguió, con el cesto en la cabeza. Con el dorso de la mano se enjugaba las lágrimas. ¿Quién hubiera pensado que el chico iba a llorar tanto? Para nada. Nada...

Tercera parte

«*S*abían que estaba en Jamaica cuando su padre y su hermano murieron», dijo Grace Poole. «Lo heredó todo, pero antes era ya rico. Los hay con suerte, decían, y hacían insinuaciones acerca de una mujer que trajo con él a Inglaterra. El día siguiente, la señora Eff quiso verme, y se quejó de las murmuraciones. No permito las murmuraciones. Ya se lo dije cuando usted llegó. La servidumbre habla y no hay modo de hacerla callar, le dije. Y, además, no estoy muy convencida de que este empleo me guste, señora. Cuando contesté su anuncio, usted me dijo que la persona a la que, tendría que cuidar no era una muchacha. Le pregunté si se trataba de una señora vieja, y me dijo que no. Ahora que la he visto, no sé qué pensar. Se pasa el día sentada, temblando, y está muy delgada. Si muere, mientras yo la tengo a mi cargo, ¿a quién se culpará? Espere, Grace, me dijo. Tenía una carta en la mano. Antes de tomar una decisión, Grace, quiero que escuche lo que el señor de esta casa dice con respecto a este asunto. "Si la señora Poole reúne las condiciones precisas, que se le pague el doble o el triple", leyó, y dobló la carta, no sin que yo pudiera leer las siguientes palabras, en la página siguiente, "pero, por el amor de Dios, no volváis a hablarme de este asunto". En el sobre, había un sello extranjero. Dije: «No sirvo al Diablo por dinero». Ella dijo: «Si imagina que al servir a este caballero sirve usted al Diablo, comete usted el mayor error de su vida. Le conozco desde que era un muchacho. Lo traté asimismo en su juventud. Era amable, generoso y valiente. Su estancia en las Antillas lo transformó en otra hombre. Tiene canas en la cabeza y desdicha en la mirada. Jamás me apiadaré de quienes fueron causa de estos cambios. He dicho ya bastante, y quizá demasiado. No puedo triplicar su sueldo, Grace, pero sí puedo doblárselo. Sin embargo, no debe haber murmuraciones. Si las hay, la despediré inmediatamente. No me parece imposible encontrar una sustituta. Creo que me ha comprendido". Sí, he comprendido, dije.»

»Entonces, despidió a la servidumbre, y contrató una cocinera, una doncella y a ti, Leah. Los criados se fueron, pero ¿cómo iba a impedirles que hablaran? Si quieres que te diga la verdad, todo el condado lo sabe. ¡Y los rumores que he oído...! Rumores totalmente alejados de la verdad. Pero no los contradigo, ya que más vale callar, en estos casos. A fin de cuentas, la casa es grande y segura, un refugio del mundo exterior que, dígame lo que se diga, puede ser un mundo muy negro y muy cruel, para una mujer. Quizás esta sea la razón por la que me quedé.»

Los gruesos muros, pensó. Después de la caseta junto al portalón, una larga avenida con árboles, y, dentro de la casa, los llameantes fuegos de los hogares, y las estancias escarlata y blancas. Pero, principalmente, los gruesos muros que no dejan entrar todas esas cosas contra las que se lucha hasta no poder más. Sí, quizás esta

sea la razón por la que permanecemos aquí, la señora Eff, Leah y yo. Todas, salvo esta muchacha que vive inmersa en sus propias tinieblas. Y debo reconocerle una cosa: no ha perdido los ánimos. Sigue siendo valiente. No le vuelvo la espalda, cuando veo en sus ojos esa expresión. No.

En esta habitación, despierto muy temprano, y me quedo en cama temblando, porque hace mucho frío. Por fin, Grace Poole, la mujer que me cuida, enciende el hogar, con papel, teas y carbón. Se arrodilla y, con un fuelle, da aire al fuego. El papel se encoge, las teas producen secos sonidos y escupen, el carbón se enrojece y resplandece. Por fin, saltan las llamas, muy hermosas. Abandono la cama y me acerco, para contemplar las llamas, y me pregunto por qué me han traído aquí. ¿Por qué razón? Ha de haber una razón. ¿Qué debo hacer? Cuando llegué, pensé que estaría aquí un día, dos días, quizás una semana. Pensé que, cuando le viera y le hablara, me portaría con la prudencia de una serpiente y la inocencia de una paloma. Le diría: «Te lo daré todo a cambio de nada, y no volveré a crearte problemas, si me dejas ir». Pero no vino.

Esa mujer, Grace, duerme en mi dormitorio. A veces, por la noche, la veo sentada ante la mesa, contando dinero. Sostiene una moneda de oro en la mano, y sonrío. Luego, mete todo el dinero en una bolsita de lona, atada con un cordel, y se cuelga la bolsa en el cuello, con lo que queda oculta bajo el vestido. Al principio, me miraba, antes de hacer esto, pero yo fingía dormir. Ahora ya no se preocupa por mí. Bebe de una botella que tiene sobre la mesa y, después, se acuesta, o bien apoya los brazos en la mesa, la cabeza en los brazos, y duerme así. Pero yo yazgo despierta, contemplando como el fuego se apaga. Cuando Grace ronca, me levanto y pruebo la bebida sin color que hay en la botella. La primera vez que lo hice sentí deseos de escupirla, pero conseguí tragármela. Cuando regresé a la cama, recordaba más cosas y volví a pensar. Y no tenía tanto frío.

Hay una ventana, muy alta, por la que no puedo mirar afuera. Mi cama estaba en una alcoba con puertas, pero las han quitado. Y poca cosa más hay en el cuarto. La cama de Grace, un armario negro, la mesa de en medio, y dos sillas negras, con adornos tallados que representan flores y fruta. Tienen el respaldo muy alto y son sin brazos. El vestidor es muy pequeño, y la habitación contigua tiene las paredes cubiertas de tapices. Un día, contemplando un tapiz, reconocí en él a mi madre, vestida de noche, pero descalza. Apartó la vista de mí, dirigiéndola por encima de mi cabeza, tal como solía hacer. No se lo dije a Grace. Esa mujer no debiera llamarse Grace. Los nombres son importantes, ya que, cuando él no quería llamarme Antoinette, yo veía como Antoinette salía por la ventana, con sus perfumes, sus lindos vestidos y su espejo.

Aquí, no hay espejo y no sé qué aspecto tengo, ahora. Recuerdo que me miraba al

espejo, mientras me cepillaba el cabello, y recuerdo que mis ojos me devolvían la mirada. La muchacha que veía era yo, aunque no del todo. Hace mucho tiempo, cuando era niña, sintiéndome muy sola intenté besarla. Pero nos separaba el vidrio, duro, frío y con la niebla de mi aliento. Ahora, se lo han llevado todo. ¿Qué hago en este sitio, y quién soy?

La puerta de la habitación con los tapices esta cerrada con llave. Pero sé que da a un pasillo. En este pasillo es donde Grace habla con otra mujer a la que nunca he visto. Se llama Leah. Escucho pero no comprendo lo que dicen.

De modo que todavía tengo el sonido de los murmullos, que he oído toda la vida, pero, ahora, las voces que murmuran son diferentes.

Cuando es de noche, y Grace se ha tomado varios tragos y duerme, es fácil coger las llaves. Sé dónde las guarda. Entonces, abro la puerta y entro en su mundo. Es, lo cual siempre supe, de cartón. He visto antes, no sé dónde, este mundo de cartón, en el que todo es de color pardo o rojo oscuro o amarillo o sin luz. Mientras recorro los pasillos siento el deseo de saber qué hay detrás del cartón. Me dicen que estoy en Inglaterra, pero no les creo. Nos perdimos, mientras nos dirigíamos a Inglaterra. ¿Cuándo? ¿Dónde? No lo recuerdo, pero nos perdimos. ¿Fue aquella tarde, en la cabina, en que él me encontró hablando con un hombre joven que me había llevado comida? Puse los brazos alrededor de su cuello, y le pedí que me ayudara. Este hombre dijo: «No supe qué hacer, señor». Estrellé platos y vasos contra el vidrio de la portilla, pensando que se quebraría y entraría el mar. Vino una mujer y, luego un hombre mayor que barrió las porciones de vasos y platos, en el suelo. Mientras lo hacía, no me miró. Un tercer hombre me dijo que bebiera un líquido que me dio y que dormiría. Me lo bebí, y dije: «No es lo que parece ser». Y él dijo: «Nunca lo es». Entonces, me dormí. Cuando desperté, estábamos en un mar diferente. Más frío. Aquella fue la noche, me parece, en que cambiamos el rumbo, y dejamos de ir hacia Inglaterra. Esta casa de cartón que recorro por la noche, no es Inglaterra.

Una mañana, me desperté con el cuerpo dolorido. No era frío, sino otra clase de dolor. Vi que tenía las muñecas enrojecidas e hinchadas. Grace Poole dijo:

—Supongo que me dirá que no recuerda nada de lo que pasó anoche.

—¿Cuándo fue anoche?

—Anoche fue ayer.

—No me acuerdo de ayer.

—Anoche la visitó un caballero.

—¿Cuál de ellos?

Lo pregunté porque me constaba que en la casa había gente extraña. Cuando cogía las llaves y recorría el pasillo, les oía hablar y reír a lo lejos, como pájaros, y había luz en el piso inferior.

Un día, al doblar un recodo del pasillo, vi a una muchacha saliendo de su dormitorio. Iba vestida de blanco y tarareaba. Me puse junto a la pared porque no quería que la chica me viera, pero se detuvo y miró alrededor. Sólo vio sombras, puesto que tuve buen cuidado de que así fuera, pero no anduvo hacia la escalera, sino que echó a correr, y, entonces, se encontró con otra muchacha, y ésta le preguntó: «¿Es que has visto un fantasma?», a lo que la primera contestó: «No he visto nada, pero me ha parecido sentir algo». A lo que la segunda chica, dijo: «Pues esto es el fantasma». Juntas bajaron la escalera.

Dije:

—¿Quién vino a verme, Grace Poole?

Él no vino. Incluso si hubiera venido estando dormida, lo hubiera sabido. No ha venido todavía. Y Grace Poole dijo:

—Estoy convencida de que recuerda mucho más de lo que afirma. ¿Por qué se comportó de semejante manera, después de que yo hubiera prometido que se comportaría con compostura y sensatez? Jamás volveré a hacerle un favor. Fue su hermano quien vino a verla.

—No tengo hermano.

—Dijo que era su hermano.

Mi mente recorrió un largo, muy largo, camino hacia atrás:

—¿Se llamaba Richard?

—No me dijo su nombre.

—Sé quien es.

Y salté de la cama:

—Todo está aquí, dentro, pero os lo he ocultado, porque no quiero que vuestros ojos brutales lo vean. Lo he ocultado todo. Pero ¿dónde está? ¿Dónde lo he escondido? ¿En la suela de los zapatos? ¿Debajo del colchón? ¿Sobre el armario? ¿En el bolsillo de mi vestido rojo? ¿Dónde está esa carta? Era una carta corta porque recuerdo que a Richard no le gustaban las cartas largas. Querido Richard, por favor sácame de esta casa en la que estoy muriendo de frío y de oscuridad.

La señora Poole dijo:

—De nada servirá, ahora, ir en busca de este caballero. Se ha ido y no volverá. Tampoco yo volvería, en su lugar.

—No recuerdo lo que pasó. No puedo recordarlo.

—Cuando entró, no la reconoció.

—¿Quiere hacer el favor de encender el fuego? Tengo frío.

—Este caballero llegó sin previo aviso, e insistió en verla, y usted no se lo agradeció. Se abalanzó usted sobre él, con un cuchillo en la mano, y, cuando le arrancó el cuchillo, usted le mordió el brazo. No volverá usted a verle. ¿De dónde sacó el cuchillo? Les dije que me lo había robado, pero la verdad es que no pudo ser,

ya que tomo mis precauciones. Conozco bien a quienes están como usted. No pudo robarme el cuchillo. Seguramente ya lo tenía el día en que me hice cargo de usted. Dije a la señora Eff que más valía que se desembarazase de usted.

—El cuchillo... Fue cuando fuimos a Inglaterra.

—Insensata. ¡Esto es Inglaterra!

—Es mentira. No lo creo y nunca lo creeré.

(La tarde en que fuimos a Inglaterra. Había césped y agua de color verde oliva, y altos árboles que se miraban en el agua. Esto, pensé, es Inglaterra. Si pudiera quedarme aquí, volvería a encontrarme bien, y cesaría ese ruido dentro de la cabeza. Deje que me quede aquí un poco más, dije, y ella se sentó bajo la copa de un árbol, y se durmió. Un poco más allá, había un caballo y un carro, una mujer lo llevaba. Ella fue quien me vendió el cuchillo. A cambio, le di el relicario que llevaba al cuello.)

Grace Poole dijo:

—¿De manera que no recuerda que atacó a este caballero con un cuchillo? Le dije que se portaría usted bien. Él dijo: «Debo hablar con ella». Se lo advertí, pero no quiso hacerme caso. Yo estaba en el cuarto, pero no oí lo que el caballero dijo, salvo «No puedo interponerme, legalmente, entre su marido y tú». En el momento en que dijo «legalmente» se abalanzó usted sobre él, y, cuando él le retorció la muñeca, obligándola a soltar el cuchillo, usted le mordió el brazo. ¿Pretende no recordarlo?

Ahora recuerdo que no me reconoció. Vi que me miraba, y su mirada se dirigió primero a un rincón y luego a otro, porque no encontraba lo que buscaba. Me miró, y me habló como si yo fuera una desconocida. ¿Qué puede una hacer, cuando le ocurre una cosa así? ¿Por qué se ríe de mí?

—¿También ha escondido mi vestido rojo? Si lo hubiera llevado, me habría reconocido.

Grace Poole me miró y dijo:

—Nadie ha escondido su vestido. Está en el armario. Me parece, desgraciada, que no sabe cuánto tiempo lleva aquí.

—No es cierto, lo sé. Noches y días, días y noches, centenares de días y de noches que se me escapan por entre los dedos. Pero esto carece de importancia. El tiempo carece de significado. Pero las cosas que se pueden tocar y pueden sostenerse en las manos, como mi vestido rojo, éstas sí tienen significado. ¿Dónde está?

Con un movimiento de la cabeza indicó el armario ropero, y las comisuras de sus labios efectuaron un movimiento de descenso. Tan pronto di la vuelta a la llave, lo vicolgando, del color del fuego y del ocaso. Del color de alegres flores.

—Cuando una está enterrada bajo un árbol alegre —dije—, el alma se eleva cuando florece. Esto es lo que todos quieren.

Meneó la cabeza, pero no se movió, ni me tocó.

El aroma que desprendía el vestido fue muy débil, al principio, pero, luego, se

fortaleció. Aroma de vetiver y franchipán, de canela y de polen de las limas cuando florecen. Olor a sol y a lluvia.

Llevaba un vestido de este color, cuando Sandi vino a verme por última vez.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó.

—No —repuse.

—¿Entonces, esto significa adiós?

—Sí, significa adiós.

—No puedo dejarte así. Eres desdichada.

—Pierdes el tiempo —dije—, y nos queda muy poco.

Sandi venía a verme a menudo, cuando aquel hombre no estaba, y, cuando yo salía en coche, me reunía con él. Entonces, me dejaban salir en coche. La servidumbre lo sabía, pero callaba.

Ahora, no nos quedaba tiempo por lo que nos besamos, en aquella estúpida estancia. Abanicos abiertos adornaban las paredes. Antes, nos habíamos besado con frecuencia, pero no de aquella manera. Fue el beso de la vida y de la muerte, y sólo mucho después se sabe lo que es el beso de la vida y de la muerte. El blanco barco silbó tres veces, una alegremente, una de llamada, y otra para decir adiós.

Cogí el vestido rojo y me lo puse contra el cuerpo.

—¿Me da aspecto de mujer depravada y sin castidad? —pregunté.

Era lo que me dijo aquel hombre. Descubrió que Sandi había estado en la casa, y que yo iba a verle. No sé quién se lo diría. Y aquel hombre dijo:

—Hija infame de una madre infame.

Grace Poole dijo:

—Guarde el vestido y venga a comer. Ahí tiene el chal gris. Realmente, no sé por qué no le dan mejores prendas. Tienen dinero para ello.

Pero yo conservé el vestido rojo en la mano, mientras me preguntaba si acaso aquella gente no había hecho lo último, lo peor. Si acaso no lo habían cambiado, mientras yo estaba distraída. Si lo hubieran cambiado y no fuera mi vestido... Pero ¿cómo podían conseguir el aroma?

Con bastante amabilidad, teniendo en cuenta su manera de ser, Grace Poole dijo:

—No se quede ahí, temblando.

Dejé caer el vestido en el suelo, y miré el fuego, luego el vestido, luego el fuego, luego el vestido.

Me puse el chal gris sobre los hombros, pero dije a Grace Poole que no tenía apetito, y ella no me obligó a comer, cual a veces hacía.

—Mejor, mejor que no recuerde lo que pasó anoche —dijo—. El caballero se

desmayó, y menudo escándalo se armó en la casa. Sangre por todos lados, y me acusaron de haber permitido que usted atacara al caballero. Y dentro de pocos días llegará el señor. Nunca más seré benévola con usted. Está usted tan mal, que ya nada se puede hacer en su beneficio.

—Si hubiera llevado el vestido rojo, Richard me hubiese reconocido.

—Su vestido rojo.

Y se echó a reír.

Pero miré el vestido en el suelo, y me pareció que el fuego hubiera invadido la estancia. Era hermoso, y me recordó una cosa que tenía que hacer. Pensé, me acordaré. Y, ahora, me acordaré muy pronto.

Aquella era la tercera vez que tenía el sueño, y el sueño terminó. Ahora sé que los peldaños conducen a esta estancia en la que yazgo contemplando a la mujer dormida, con la cabeza apoyada en los brazos. En mi sueño, esperaba a que la mujer comenzara a roncar, y, entonces, me levantaba, cogía las llaves, y salía, con una vela en la mano. Esta vez, fue más fácil que las anteriores, y caminaba como si volara.

Toda la gente que había estado alojada en la casa se había ido, ya que las puertas de los dormitorios estaban cerradas con llave, pero tenía la impresión de que alguien me siguiera, de que alguien me persiguiese, riendo. A veces, miraba a derecha e izquierda, pero nunca miraba hacia atrás, ya que no quería ver el fantasma de aquella mujer que, dicen, vaga por esta casa. Bajé la escalera. Y me adentré más que en las anteriores ocasiones. En una de las habitaciones, alguien hablaba. Pasé por delante, sin hacer ruido, despacio.

Por fin, me encontré en la sala en que ardía una lámpara. La recordé, por haberla visto al llegar. Una lámpara, la oscura escalera, y el velo sobre mi cara. Creen que no lo recuerdo, pero lo recuerdo. Había una puerta a la derecha. La abrí y entré. Era una habitación grande, con alfombra roja y cortinas rojas. Todo lo demás era blanco. Me senté en un diván para contemplar la habitación, y me pareció triste, fría y vacía, como una iglesia sin altar. Deseaba verla con claridad, por lo que encendí todas las velas, y había muchas. Las encendí cuidadosamente, con la vela que llevaba en la mano, pero no pude alcanzar el candelabro colgante. Entonces, busqué con la vista el altar, ya que, con tantas velas y tanto rojo, la habitación me recordó una iglesia. Entonces, oí el tictac de un reloj, que era de oro. El oro es el ídolo al que esa gente rinde culto.

De repente, me sentí muy desgraciada en aquella habitación, pese a que el diván en que me sentaba era muelle y mi cuerpo se hundía en él. Tuve la impresión de que me fuera a dormir. Entonces, imaginé haber oído un paso y pensé, ¿qué dirán, qué harán, si me encuentran aquí? Me cogí la muñeca izquierda con la mano derecha, y esperé. Pero no era nada. Después de esto, me sentí muy cansada. Muy cansada.

Quería salir de aquella habitación, pero la vela se había consumido, por lo que cogí una de las velas que ardían allá. De repente, me encontré en la habitación de la tía Cora. Vi la luz del sol que penetraba por la ventana, el árbol fuera, y las sombras de las hojas en el suelo, pero también vi las velas de cera y las odié. Por esto, las derribé todas al suelo. Casi todas se apagaron al caer, pero una prendió las finas cortinas que había debajo de las cortinas rojas. Me reí al ver lo muy de prisa que el bello color se extendía, pero no me quedé para contemplarlo. Salí con la vela en la mano. Entonces lo vi, el fantasma de la mujer. La mujer con el largo cabello suelto. Estaba rodeada por un marco dorado, pero la conocía. Dejé caer la vela que llevaba, que prendió fuego al extremo de un paño que cubría una mesa, y las llamas se alzaron hacia el techo. Mientras corría, o quizá flotaba, o volaba, grité, diciendo, ayúdame, Christophine, ayúdame, y, al mirar hacia atrás, vi que me habían dado la ayuda. Un muro de fuego me protegía, pero el muro quemaba, por lo que me alejé de él.

Sobre una mesa, había más velas. Cogí una de ellas, y subí corriendo el primer tramo de la escalera, y el segundo. En el segundo piso, arrojé lejos de mí la vela. Pero no me quedé a ver lo que pasaba. Subí corriendo el último tramo, y recorrí un pasillo. Crucé la estancia a la que me llevaron ayer o anteayer, no lo recuerdo bien. Quizá lo hicieron hacía ya mucho tiempo, por cuanto tenía la impresión de conocer bien toda la casa. Sabía la manera de hurtarme al calor y a los gritos, sí, porque ahora gritaban. Fuera, en el torreón, se estaba fresco y apenas oía los gritos. Allí, me senté, en silencio. No sé el tiempo que estuve sentada. Luego, di media vuelta y vi el cielo. Era rojo, y en él estaba toda mi vida. Vi el reloj del abuelo, y la colcha de retazos, de todos los colores, de la tía Cora, vi las orquídeas, el jazmín y el árbol de la vida en llamas. Vi el candelabro y la alfombra, abajo, y los bambúes y los helechos arborescentes, los dorados y los plateados, y el suave terciopelo verde del musgo en el muro del jardín. Vi mi casa de muñecas y los libros y el retrato de *la hija de Miller*. Oí el grito que el loro profería cuando veía a un desconocido, *Qui est lá? Qui est lá?*, y el hombre que me odiaba también gritaba: «¡Bertha! ¡Bertha!» el viento me alzó el cabello, que se extendió como alas. Pensé que el cabello me sostendría en el aire, si saltaba por encima de aquellas duras piedras. Pero, cuando me asomé, vi la lagunilla de Coulibri. Allí estaba Tia. Con la mano me indicó que me acercara a ella, pero yo dudaba, y ella se reía. Oí que decía: «¿Tienes miedo?», y la voz del hombre: «¡Bertha! ¡Bertha!» Todo esto vi y oí, en menos de un segundo. Y qué rojo era el cielo. Alguien gritó, y yo pensé, *¿por qué ha gritado?* Había gritado Tia. Salté y desperté.

Grace Poole estaba sentada ante la mesa, pero también oyó el grito, ya que dijo:

—¿Qué ha sido eso?

Se levantó, se acercó y me miró. Yo me estuve quieta, acompasada la respiración, con los ojos cerrados.

—Estaría soñando —dijo.

Se alejó, pero no regresó a la mesa, sino que fue a su cama. Después de oírla roncar, esperé mucho tiempo, luego, me levanté, cogí las llaves y abrí la puerta. Estaba fuera, con la vela en la mano. Ahora, por fin, sé por qué me trajeron aquí y sé lo que debo hacer. Seguramente había corrientes de aire, ya que la llama de la vela parpadeó y pensé que se había apagado. Pero la protegí con la mano, y la llama volvió a alzarse, y a iluminarme en el largo pasillo.



JEAN RHYS, cuyo verdadero nombre era Ellen Gwendolen Rees Williams, fue una escritora británica nacida en Roseau, Isla Dominicana, el 24 de Agosto de 1890.

Tras pasar su infancia en el Caribe, Jean Rhys fue enviada a Inglaterra para completar su educación, objetivo que se vio interrumpido tras la muerte de su padre y los consiguientes problemas económicos.

Viajó constantemente por Europa viviendo de una manera bohemia y disfrutando del periodo de entreguerras, hasta que en 1922 conoció en París al escritor Ford Madox Ford, con el que mantuvo una relación amorosa que marcó profundamente su vida.

En 1928 publicó su primer libro, *Posturas*, y a la que seguirían dos libros más que no le reportaron demasiado éxito. En 1940 decidió retirarse de la vida literaria y no fue hasta 1966 que consiguió publicar la que está considerada su mejor novela, *Ancho Mar de los Sargazos*, obra ganadora del WH Smith Literary Award.

Jean Rhys murió en Exeter el 14 de Mayo de 1979.

Notas

[1]«Buenos días, medianoche» Editorial Noguer, 1975<<

[2]Clase de magia negra (N. del T.) <<

[3] Zumo de lima (*N. del T.*) <<

[4]El Príncipe «Charlie», jefe de los irlandeses independentistas, desterrado «al otro lado del agua» (mar) por los ingleses, por lo que los irlandeses, al brindar, pasaban el vaso de vino por encima de la jarra de agua, a fin de indicar que brindaban por el Príncipe «Charlie», «al otro lado del agua». (*N. del T.*)<<